
Dulce
armonía
Mentira
LORENA MURIÉN

© 2025 Lorena Murién
SafeCreative © **2504071385847**
instagram.com/lorenamurien_
twitter.com/lorenamurien_
Diseño de cubierta y maquetación:
Verónica Espinosa

Quedan prohibidos (sin la autorización por escrito de los titulares del copyright) bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, reproducción y tratamiento informático, junto a la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos. No obstante, está permitida la reproducción parcial de esta obra con fines promocionales, publicitarios, reseñas del contenido de la misma en cualquier medio escrito o digital, inspiracionales, con la única obligación de mencionar al titular de copyright.

ÍNDICE

PRÓLOGO

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

33

34

35

36

37

38

39

40

41

42

43

44

45

46

EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

Quiero agradecer a Verónica Espinosa León
por su aportación en la revisión de esta novela,
sin su ayuda y consejos el resultado no
habría sido el mismo.

"*Quería saber que te movías y*
respirabas en el mismo mundo que yo."

—F. Scott Fitzgerald



PRÓLOGO

Hay algo curioso en ciertas historias de amor: siempre tienen un precio. Y no me refiero al coste de imprimir unas cuántas páginas de un guion repleto de palabras que alguien inventó en un arrebato de inspiración o desesperación. Hablo de algo más real y tangible; de los sentimientos que estas despiertan en nuestro interior.

Porque cada historia nos cuesta algo cuando llega a su última página. Se lleva un pedazo de nuestro orgullo, un secreto que no queríamos revelar, una versión de nosotros mismos que preferíamos mantener oculta. Cuando liberamos lo que llevamos dentro, quedamos expuestos, vulnerables, a la vista de todos, al escrutinio de las miradas curiosas, de las lenguas afiladas que nunca dejan escapar un detalle. No hay relato sin sacrificio, ni mentira que no termine por cobrarse su precio.

Y créeme, lo sé de primera mano. Porque la peor trampa de las historias sin duda, es terminar por creértela. Pensar que, después de tanto esfuerzo, al fin tienes entre las manos todo aquello por lo que has luchado.

Pero la memoria es caprichosa. No guarda los recuerdos en orden ni con precisión. Al final, solo retiene lo que le place, a su manera. Nos devuelve imágenes distorsionadas, reescritas y adornadas a su antojo. Como si no hubiésemos sido testigos de lo que realmente ocurrió, sino de la historia que hemos construido en

nuestra cabeza. Es un novelista sin editor, un director de cine improvisando las líneas finales. La memoria nos hace creer que los momentos felices duraron más de lo que en verdad lo hicieron, y que los dolorosos son la marca imborrable que se aferra a nuestro corazón.

Pero la verdad, el trasfondo, nunca es tan simple.

A veces, la historia que contamos no es más que la versión más cómoda de la realidad. Una pequeña mentira que nos permite seguir adelante, dormir por las noches sin que el peso de nuestras decisiones nos aplaste. Editamos los errores, retocamos los finales y nos convertimos en héroes, aunque hayamos sido cobardes.

Yo solía pensar que la mejor forma de vivir era evitar cualquier historia con potencial de salir mal, que era más fácil observar desde la barrera que saltar al ruedo. Y ese fue mi peor error durante mucho tiempo.

El amor, por ejemplo, a mí siempre me pareció peligroso. No solo porque puede terminar en desastre, sino porque te muestra de verdad. Te hace vulnerable, te da algo que perder. Y si hay algo que siempre he intentado evitar, es precisamente eso: perder.

Lo que nunca imaginé —y nadie me advirtió— es que, a veces, no eliges la historia que quieres contar.

A veces, la historia te elige a ti.

Y cuando eso ocurre, puedes correr, huir, pelear o fingir que no te importa. Pero nada cambiará el hecho de que ya estás dentro, atrapada en un relato que no puedes escribir a tu antojo.

Hay historias que llegan sin previo aviso, que se deslizan en tu vida de forma silenciosa, como el primer sorbo de café en una mañana fría, como el murmullo del mar en la distancia mientras caminas por un puerto solitario. No te piden permiso. Simplemente suceden. Y cuando por fin te das cuenta de que estás en medio de ese hermoso caos, ya es demasiado tarde.

Puedes intentarlo todo para escapar, convencerte de que saldrás ilesa. Pero no lo harás. Porque la historia se queda dentro de ti, se enreda en tu piel, se filtra en tus recuerdos y, al final, se convierte en parte de quien eres.

Así que sí, todas las historias tienen un precio. El truco está en decidir si vale la pena pagarlo.

Incluso si te cuesta un pedazo de tu orgullo.

Incluso si te deja un millón de cicatrices.

Incluso si, al final, terminas convertida en alguien que ya no reconoce su propio reflejo para intentar ser una mejor versión.

Porque hay historias que merecen ser vividas, incluso cuando parecen un error.

Incluso cuando comienzan con una mentira.



1

Cudillero, Asturias.

25 de marzo de 2025.

Tamara

Volver a Cudillero nunca estuvo en mis planes, la verdad. No después de todo lo que luché por salir de aquí y convertirme en alguien. Pero aquí estoy, con una maleta llena de ropa casi imposible de cerrar, un billete de autobús arrugado en el bolsillo y la sensación de haber retrocedido en el tiempo. Si tuviera que describir este momento con precisión, diría que es como calzar un par de zapatos viejos que ya no me quedan bien y que me destrozan los pies.

El aire que me rodea huele a mar y esa humedad que está impregnada en cada rincón. La estación de autobuses sigue siendo el mismo rectángulo gris sin personalidad, con la única novedad de una máquina expendedora de aperitivos que, conociendo este pueblo, debe llevar meses sin funcionar.

Me ajusto la correa de la mochila y echo un vistazo a mi alrededor. Nada ha cambiado. Mis ojos se posan en los mismos adoquines desgastados, en las mismas fachadas de colores que intentan disimular el paso del tiempo. Y también en las mismas

personas que, en cuanto ponga un pie en la plaza, sabrán que he vuelto antes de que pueda dar mi primer respiro de aire asturiano.

—¿Tamara Orellana? —Una voz aguda me saca de mis pensamientos.

«Mierda, si ni siquiera he cruzado la calle».

Levanto la mirada y ahí está: doña Puri, la radio oficial de Cudillero. Más rápida que *Google* y sin necesidad de wifi. Pequeña, con el pelo blanco perfectamente ondulado y unos ojos capaces de desenterrar secretos con solo mirarte.

La ancianita corre hacia mí y abre los brazos, como si de verdad se alegrara de verme y no quisiera sonsacarme cualquier información jugosa sobre mis fracasos.

—Vaya, vaya… —murmura, observándome como si fuera un pescado recién sacado del puerto—. Cualquiera diría que es el evento del siglo.

Le dedico mi mejor sonrisa de «que alguien se la lleve de aquí» y le doy un par de besos sonoros en las mejillas.

—Pues ya ve, sí que soy yo, en carne y hueso.

—¡Pero cuánto tiempo! —exclama, apoyando una mano en la cadera—. ¿Qué te trae por aquí?

—Vacaciones —miento, y casi me atraganto con mi propia saliva.

Me lanza una mirada escéptica.

—Ajá.

Ya puedo ver los engranajes de su mente conectando hilos invisibles. Porque nadie, absolutamente nadie, vuelve a Cudillero sin una historia dolorosa detrás. Y claro que yo tengo una. Pero no pienso dársela en exclusiva.

—¿Y cómo te ha ido por Zaragoza? Tu madre no ha dejado de hablar de tus éxitos —insiste, aprovechando la oportunidad.

—Maravilloso. Absolutamente espectacular.

«Tan espectacular que aquí estoy, con una maleta llena de ropa de oficina que ya no necesito y una cuenta bancaria que me da miedo mirar».

—Ah, qué bien —asiente, sin creerse ni una palabra—. ¿Y qué tal en el amor? Porque una chica tan guapa como tú… se las habrá llevado de calle.

Ahí está. La pregunta estrella.

—Igual de maravilloso —respondo, sin perder la sonrisa.

Doña Puri me estudia unos segundos más, como un ave rapaz que analiza a su presa. Luego, esboza su sonrisita característica, asiente con la cabeza y se cruza de brazos.

—Bueno, hija, pues si necesitas algo, ya sabes.

—Claro, no se preocupe. —«Si necesito que todo lo que me ha pasado sea la comidilla del pueblo en menos de diez minutos, la buscaré sin dudarlo».

Le dedico un leve gesto con la cabeza y, sin darle tiempo a seguir interrogándome, me escapo por la calle principal.

. . .

Hugo, mi mejor amigo, ya me espera en la entrada de su casa cuando llego.

—Pensé que te habías echado atrás —comenta con una sonrisa, apoyado en el marco de la puerta.

Luego, levanta una botella de sidra y casi suelto un gemido de placer.

—Casi —admito y dejo caer mi mochila al suelo antes de abrazarlo—. Doña Puri ya sabe que he llegado. Me la crucé nada más salir de la estación. ¿Te lo puedes creer?

Hugo chasquea la lengua.

—Esa mujer tiene un sexto sentido. Lo habrá sabido incluso antes de que te bajaras del autobús.

Echo la cabeza hacia atrás y no le doy oportunidad de seguir hablando. Estoy agotada después del viaje, así que entro a su casa y me dejo caer en el sofá con un suspiro.

—Necesito la botella entera —le pido, señalándola con el dedo.

—Te la doy si prometes no ahogar tus penas en ella.

Le lanzo una mirada incrédula.

—No prometo nada.

Hugo suelta una carcajada, pero no tarda en servirme un vaso de sidra. Lo tomo con ambas manos y dejo que el frío del vidrio me haga sentir un poco más anclada a la realidad. A una realidad que es igual de bonita que dolorosa para mi desgracia.

—Entonces… —dice, acomodándose frente a mí—. ¿Tu madre ya sabe que estás aquí?

Hago una mueca.

—No. Pero lo sabrá en… —Miro mi reloj de muñeca y asiento —. Menos de una hora.

—¿Y piensas ir a verla?

Doy un trago a la sidra antes de responder.

—No podría evitarlo, aunque quisiera. Si no aparezco por su casa hoy, vendrá aquí a buscarme. O peor, irá al mercado y les contará a todas sus amigas que me desenterró de las ruinas de mi fracaso.

Hugo se echa a reír, pero a mí no me hace ni pizca de gracia. Sobre todo, porque es una posibilidad muy real. Y no tengo ganas de escuchar los consejos de las vecinas del pueblo.

Carmen Orellana, mi madre, tiene un don sobrenatural para dramatizar cualquier aspecto de mi vida. Si le digo que he vuelto

porque necesitaba un respiro, lo convertirá en: «mi hija ha perdido el rumbo y ha vuelto derrotada, hecha polvo».

Y aunque no estaría tan lejos de la verdad, prefiero no escucharlo de su boca.

—Al menos Cristina no estará por el pueblo hasta el viernes, tienes suerte de que ya no viva aquí —comenta Hugo.

Aprieto los labios con disgusto.

Cristina, mi prima, es el orgullo de esta pequeña familia disfuncional. Tiene un trabajo estable, una relación estable, una vida estable. La personificación de todo lo que mi madre desearía que yo fuera.

—Una pequeña victoria, supongo —murmuro y levanto el vaso en un brindis improvisado antes de bebérmelo de un trago.

Él me observa en silencio un rato, con esa mirada suya que parece capaz de leer todo lo que pasa por mi cabeza.

—Ya verás cómo te irá bien aquí —dice con seguridad—. Y no lo digo solo por animarte, lo pienso de verdad.

Resoplo.

—Solo necesito sobrevivir unas semanas sin que mi madre me obligue a replantearme cada decisión que he tomado en la vida.

Hugo sonríe y alza su vaso.

—Suerte con eso.

. . .

Me planto frente a la casa de mi madre con la mano suspendida en el aire y unas ganas tremendas de dar media vuelta. Respiro hondo antes de tocar el timbre, echo la cabeza hacia atrás y un segundo después, la puerta se abre con una rapidez que sugiere que ella estaba justo detrás, esperándome.

—¡Tamara! —exclama con una sonrisa radiante.

Antes de que pueda reaccionar, me envuelve en un abrazo que casi me deja sin aire.

—Hola, mamá —logro decir, con la voz amortiguada contra su hombro.

Me ha hecho polvo los rizos en cuestión de un segundo.

Se aparta solo lo justo para examinarme de arriba abajo.

—Estás más delgada. ¿Has estado comiendo bien?

—Sí, mamá.

—¿Segura? Porque en las fotos que subías antes te veía mejor.

Cierro los ojos un segundo y cuento hasta tres.

—Estoy bien, de verdad.

Me hace pasar al salón y, antes de que pueda sentarme, suelta la bomba.

—Tu prima ya sabe que has vuelto. Los invité a cenar el sábado. Y he encargado la comida en tu restaurante favorito, ¿qué te parece?

Parpadeo.

—¿Qué? Pero si apenas…

Abro la boca para protestar, pero su expresión de «no pienso cancelar el plan» me detiene.

—Seguro que con su ayuda encontramos algo para ti en el pueblo o en Avilés, ya verás, cariño. —Me aprieta la mano con fuerza, y en su mirada noto ese matiz de decepción.

Suaviza el momento dándome un beso en la mejilla.

«Genial. No llevo ni tres horas en Cudillero y ya quiero largarme otra vez», pienso.

Bienvenida de nuevo a casa, Tamara.



2

Noelia

La masa debe sentirse como la seda bajo mis manos. Ni demasiado húmeda ni demasiado seca. Al presionarla con los dedos, tiene que ceder con suavidad, como una almohada mullida que promete algo delicioso, que se impregne en la piel, digno de los labios de esa rubia del otro día. Repito el movimiento con precisión, una y otra vez; doblo, presiono, estiro. El rodillo se desliza sobre la superficie enharinada con un ritmo acompasado a los latidos de mi corazón. Es una danza entre el trigo, la mantequilla y el placer que encuentro entre estas cuatro paredes.

Los aromas comienzan a cambiar y, de pronto, el aire se impregna del dulzor de los cruasanes dorados y hojaldrados que harán las delicias del pueblo. Sonrío y preparo la masa para que repose. La dejo sobre la encimera y exhalo un suspiro lento, algo cansado, pero que también denota cuánto disfruto este momento. El silencio de *Dulce Armonía* antes de la apertura, antes de que el día comience de verdad.

En una hora exacta, este lugar se convertirá en un caos de café, bollos calientes y clientes más exigentes de lo que cualquiera imaginaría. Pero ahora me concentro en estos minutos a solas, como si fuera el último día que pudiera rodearme de estos ingredientes y aromas.

El teléfono vibra a mi espalda y, cuando lo desbloqueo con las manos manchadas de harina, veo un mensaje que me arranca una pequeña sonrisa.

> **Rubia 3:** La otra noche lo pasé de maravilla. Espero que algún día podamos repetir, aunque no seas de segundos asaltos.

—¿Otra conquista de fin de semana?

—¡Joder!

El susto me hace dar un brinco y, en el proceso, golpeo con la mano un bol lleno de mantequilla lista para la siguiente hornada de cruasanes.

Giro sobre mis talones y veo a Alba llevándose las manos a la boca, aunque en realidad se está partiendo de la risa.

—No tiene ni puta gracia. Sabes lo poco que me gusta desperdiciar ingredientes.

—Ni que fueras a hacerte pobre por un poco de mantequilla —responde con sorna mientras pone los ojos en blanco y arranca una buena cantidad de papel de cocina para limpiar el desastre.

Estoy a punto de gritar al ver la exageración de papel que acaba de coger. Otro gasto innecesario que debería descontarle del sueldo. Esta vez me conformo con que, al menos, sea ella quien limpie la catástrofe que ha provocado.

—¿No vas a agradecerme que hayas tenido un buen polvo después de…? Cuánto, ¿tres meses?

—Semanas —corrijo con un resoplido—. Y no tengo por qué agradecerte nada. Además, mi vida amorosa no es asunto tuyo.

—Querrás decir la falta de ella —replica con descaro y lanza la bola de papel a la basura. Luego busca su delantal negro en la pared y se recoge el pelo en un moño—. ¿Te has visto la cara esta mañana? Reluce, y eso significa que deberías dejar de centrarte tanto en el trabajo. Incluso te voy a perdonar que hayas llegado con olor a tabaco.

—Para tu información, esta cara —digo, señalándome con el dedo—, es porque estaba disfrutando de preparar los cruasanes más espectaculares que nadie haya probado jamás. Y no veo qué tiene de malo querer una vida tranquila. Además, ya sabes que no fumo salvo cuando estoy atacada o… —Me callo de golpe.

—Lo único que hay de malo es que fuera de aquí, no tienes nada. Y eres guapa… —Pongo los ojos en blanco. «Oh, no. Ya empieza con su retahíla de pueblo. Su abuela la mal influencia demasiado.» —… dueña de tu propio negocio… Vaya, lo que se dice un partidazo.

—Un partidazo que no tiene el más mínimo interés en relaciones. El amor solo complica las cosas.

Alba abre la boca, dispuesta a protestar.

—Deja la cháchara y revisa que tengamos café de sobra.

—Vaaaale —canta, levantando las manos en un gesto de rendición—. De verdad, para haber follado estás súper antipática.

—Que te largues —protesto, lanzándole un trapo a la cara.

Cuando me deja sola, echo la cabeza hacia atrás y vuelvo a leer el mensaje en el móvil.

Aunque lo niegue delante de todo el mundo para evitar preguntas, la otra noche me lo pasé de maravilla con esa rubia. Todavía tengo grabado en la cabeza cómo me clavó la espalda contra la pared de su dormitorio mientras me besaba con hambre y acariciaba mi sexo hasta que me temblaron las piernas.

Niego con la cabeza.

No. Los segundos asaltos no son para mí.

. . .

Cuarenta y cinco minutos después, las puertas se abren para recibir a los vecinos más madrugadores. La zona de cafetería no es

especialmente grande, lo que nos permite atender a los clientes con calma y simpatía, sin las prisas de los locales habituales en una gran ciudad. Además, eso da la oportunidad de que el mostrador de las tartas y los dulces resalten por encima de todo.

Al principio, pensé que llevar un ritmo más pausado haría que me sintiera extraña al mudarme a un sitio tan pequeño, pero después de casi seis años aquí, tengo claro que tomé la mejor decisión de mi vida.

He trabajado en varios restaurantes famosos de Barcelona, y la experiencia ha sido enriquecedora, sí, pero ni todo el dinero del mundo me haría cerrar *Dulce Armonía* y volver a lo de antes. Sobre todo, porque Churro —mi mimoso carlino— no me perdonaría perderse su paseo diario por la zona del puerto. Bueno, eso y las caricias y premios que recibe de las vecinas de Cudillero.

—Otra vez has triunfado —me susurra Alba mientras preparo un café doble para doña Margarita, una de mis clientas habituales—. Paco me acaba de decir que tus cruasanes están cada vez más buenos. Ah, y que si podrías hacer unas cuantas hornadas para el cumple de su nieta.

—¿Cuándo es?

—El próximo fin de semana. —Asiento con la cabeza mientras anoto la fecha mentalmente—. Pero es en domingo, y yo le he dicho que con el curso estás muy…

—Lo haré. Apúntalo en la agenda.

Alba abre la boca para protestar. Creo que ya va por la décima vez en lo que llevamos de mañana.

—¿De verdad no vas a permitirte ni un segundo de descanso? Acabas de ampliar el horario de las clases de repostería…

—Si no quieres trabajar más horas extra, solo dímelo, ¿eh? —insinúo, arqueando una ceja.

—Sabes que no es por eso. Estoy aprendiendo mucho y me encanta trabajar aquí —admite mientras prepara, casi sin mirar, dos

tazas de café con leche—. Pero llevas un ritmo que ni yo puedo seguir y eso que te saco unos cuantos años.

Apoya una mano en la cadera y hace un gesto exagerado. Al fijarme bien en sus mejillas rojas y en algunos mechones que se escapan de su moño, me doy cuenta de que tiene razón. Y eso que la cafetería y la pastelería no tiene un flujo constante de clientes.

—Si mi hermana no estuviera a punto de casarse y de volverme loca en el proceso, no estaría trabajando tanto.

Estoy a punto de añadir que lo que realmente me molesta es verla convertida en la protagonista de una oleada de pomposidad y comentarios dignos de una mala película romántica.

—Pensaba que ya te había dejado en paz.

—Ya ves que no. Así que dile a Paco que estaré encantada de prepararle un montón de cruasanes para su nieta, y que, si quiere, podemos acompañarlos con nuestra tarta especial.

—¿También? —Acabo de ver cómo a Alba le explota la cabeza.

—Tenemos que vender el negocio —bromeo antes de guiñarle un ojo—. Pero como recompensa, hoy salimos antes. A las dos me voy a Oviedo, tengo comida con mis padres y con la novia del año —ironizo.

—Esperemos que no vuelvas con alguna otra sorpresa… —insinúa con picardía.

—¿Qué más podría pasar?

La campanilla de la puerta suena y, cuando levantamos la vista, vemos entrar a doña Puri.

Alba y yo nos miramos, y no puedo evitar soltar una carcajada al ver su expresión tensa. Nunca imaginé que el peligro pudiera tomar la forma de una adorable pero temida abuelita cotilla de pueblo.



3

Oviedo, Asturias.

Horas después.

Noelia

Hubiera hecho cualquier cosa por quedarme en el obrador de *Dulce Armonía*, preparando las masas para mañana, en lugar de tener que enfrentarme a la misma conversación de siempre, con las mismas objeciones de siempre.

Desde que tengo memoria, cada decisión que he tomado en mi vida jamás ha sido del agrado de mis padres ni de mi hermana. Primero fue con los estudios, luego cuando me ofrecieron un contrato estupendo como jefa de repostería en Barcelona y, por último, cuando decidí abrir mi propia pastelería en un pueblo pequeño, deseando escapar del estrés de la ciudad.

«Te dijimos que te lo pensaras bien, y ahora, mira lo que ha pasado.»

La voz de mi madre resuena en mi cabeza como una semilla que germina en un árbol imposible de arrancar, con raíces que se expanden dentro de mí y resquebrajan la seguridad que he construido en estos casi seis años lejos de ellos.

No quiero que se malinterprete. Los adoro. A veces me cuesta no subirme en el coche e ir a verlos, pero igual que me invade ese sentimiento, también tengo claro que no podría soportar que opinen sobre cada aspecto de mi vida todos los días.

Oviedo tiene el mismo movimiento que recordaba, y ya noto la presión en las sienes por la dificultad para encontrar aparcamiento. Apenas llevo unas horas fuera de casa y ya echo de menos el olor a salitre y la brisa marina que impregna cada rincón de Cudillero, además de los ojitos curiosos de Churro mientras piensa qué travesura hará esa vez.

—Por fin… —murmuro al ver que alguien deja libre una plaza.

Piso el acelerador y, con un giro de volante digno de la Fórmula 1, meto el coche en el hueco y apago el motor. Aprieto el volante con ambas manos y respiro hondo tres veces.

«Nada va a salir mal, solo es una comida con tu encantadora familia.»

Tras comprobar que el pintalabios que llevo puesto sigue intacto y que mi pelo continúa perfectamente recogido, me quito el cinturón de seguridad y salgo del coche.

La vivienda unifamiliar de mis padres está en Ciudad Naranco, un barrio residencial tranquilo —o eso dicen— a pocos minutos del centro de Oviedo. Es un sitio que encaja a la perfección con sus gustos y, sobre todo, con mi hermana Elvira, que ya me espera en la puerta de la urbanización.

Fuerzo una sonrisa encantadora —no, no es que la odie ni nada por el estilo, simplemente, no tengo un buen día— y, cuando me acerco, la abrazo con fuerza.

—Un poco más y llegas tarde —comenta con sorna. Suerte que no ha visto mi cara—. Pero mamá ha empezado la fabada más tarde, así que tranquila.

—He tenido mucho lío en el trabajo. Alba ha vuelto a confundir el azúcar con la sal, además de tirar la mantequilla… —

Elvira arquea una ceja—. En fin, lo de siempre.

—No entiendo por qué no echas a esa chica —dice con la facilidad de quien nunca ha tenido un negocio propio—. Te ahorrarías muchos dolores de cabeza.

Charlamos mientras cruzamos la urbanización, donde los tonos blancos de las casas se mezclan con los árboles y las plantas que los vecinos cuidan en sus entradas.

—Un despiste no invalida todo lo demás. Es muy buena en su trabajo y rápida en la cafetería. Las vecinas la adoran. Si la echo, estoy segura de que me cerrarían el negocio.

—Una propuesta comandada por doña Puri, sería una putada —bromea y nos echamos a reír.

Gracias a ello, el ambiente se aligera de inmediato.

—Calla, que no quiero ni pensarlo —le digo, sacudiendo la cabeza. Luego la abrazo otra vez—. Te he echado de menos.

—¡Cariño, por fin! —grita mamá en cuanto Elvira abre la puerta.

Ruedo los ojos con dramatismo, justo cuando estoy a punto de hacerla reír.

—Lo sé, mamá, he tardado siglos en venir a veros.

La realidad es que apenas han pasado tres semanas desde la última vez, pero desde que me mudé a Oviedo y ya no estoy tan lejos de ellos, no paran de insistir en que debería venir más a menudo.

«Como si fuera tan fácil dejar el trabajo.»

Me quito la chaqueta y la dejo en el colgador junto a la puerta. Hago lo mismo con el bolso y me aparto un par de mechones rebeldes que se han escapado del recogido.

La mesa ya está puesta en el salón y, en el centro, hay una botella de sidra que me hace fruncir el ceño de inmediato.

«No puede ser. Aquí se está cociendo algo.»

El corazón me da un vuelco y me grita que corra, que huya antes de que ocurra lo que sea que estén planeando.

Pero ni siquiera me da tiempo a pensarlo.

—Ya hemos reservado el restaurante para la comida que Julián y yo queremos celebrar —anuncia Elvira.

Nunca he entendido por qué se empeña en hacer una fiesta cuando la boda debería ser suficiente. Me tiende un vaso con sidra y le doy un sorbo sin mucho interés.

—También hemos terminado con la distribución de las mesas. Te ha tocado en una con parejas, así que tienes que traer a alguien.

Me atraganto con la sidra y empiezo a toser. El mundo a mi alrededor se nubla y, por cómo mamá viene corriendo hacia mí, debo de haberme puesto rojísima.

—¿Qué? —balbuceo, levantando la mano para que me dejen tranquila. Cuando consigo reponerme, fulmino a Elvira con la mirada, que sonríe de oreja a oreja.

—Te dije expresamente que quería estar en la mesa de los primos.

—¿Siendo mi dama de honor? ¿Estás loca? —se escandaliza—. ¿Qué tiene de malo ir con pareja a una boda?

—¿Y qué tiene de malo no hacerlo? —le reprocho sin perder la compostura.

—Pues que… siempre vas sola a todas partes… y no tengo ganas de fingir que eres un alma libre y que estás bien así.

—Es que soy un alma libre y estoy de puta madre sin complicaciones, Elvira —afirmo y levanto las manos, a punto de tirar lo que queda de bebida en el vaso.

Justo en ese momento, papá entra en la sala y me lo quita de las manos con un movimiento tan rápido que apenas me doy cuenta.

—Además, es tu boda, nadie va a ir preguntándote por mí.

—Se nota que no conoces a la gente. Tú lo ves muy fácil porque siempre has hecho lo que te ha dado la gana, pero nunca te pones en nuestro lugar —protesta.

Respiro hondo. Aquí vamos otra vez.

—Tampoco te estoy pidiendo que te vayas a vivir con alguien después de la segunda cita, como buena lesbiana, pero al menos podrías intentar, no sé, conocer a alguien. Pensar en no morir sola.

—Pero cómo puedes ser tan exagerada…

—Porque te quiero y eres mi hermana favorita.

—Soy tu única hermana —le recuerdo, alzando las cejas.

—Precisamente. Y quiero que seas feliz, más de lo que yo lo soy con Julián. Aunque eso sea prácticamente imposible.

Pone cara de que acaba de tener una revelación y eso me dispara el corazón. Cuando Elvira piensa, el mundo se pone en peligro.

—Ya sé lo que voy a hacer. Te buscaré pareja y quizá la boda os sirva de antesala para el futuro.

Mi cabeza está a punto de estallar. «No, no, no. No puedo permitir que ella me busque pareja, es un horror. No tiene idea de mis gustos, y…». Y, sin pensarlo, suelto lo primero que se me ocurre.

—No hará falta, joder, que ya tengo a alguien, ¿vale?

Silencio.

Un vaso se estrella contra el suelo.

Miro a mamá. Está con la boca tan abierta que parece que se le vaya a desencajar.

—¿Perdón? —pregunta Elvira con los ojos entrecerrados.

—Que no necesito que me busques a nadie porque ya tengo a esa persona —vuelvo a mentir, esta vez con más convicción.

Y, de repente, sus expresiones cambian. El tiempo se detiene. Y al final… explotan.

Los gritos inundan la casa como si esto fuera la final del mundial y Alexia Putellas hubiera marcado el gol de la victoria para España.

—i¿Por qué no nos habías dicho nada?! —exclama mamá antes de abrazarme con fuerza.

—Porque… ¿no es el evento del siglo? —bromeo, pero por sus caras, está claro que para ellos sí lo es.

—Ahora mismo vas a contárnoslo todo —exige Elvira, enganchándose a mi brazo mientras me arrastra hasta la mesa del salón.

Mamá corre a la cocina y empieza a servir la fabada.

El aroma me abre el apetito de inmediato, pero mi expresión debe de ser un reflejo exacto de las consecuencias de lo que acabo de hacer.

«¿Cómo coño voy a salir ahora de esta?»



4

Cudillero, Asturias.

27 de marzo de 2025.

Tamara.

—Entra, ya tengo preparado el café y no quiero que se enfríe. Creo que con las tostadas ya no se puede hacer nada.

Lo que mi madre realmente quiere decir es que ya podría haber llegado antes.

Echo la cabeza hacia atrás y me quito la chaqueta y el pañuelo con rapidez. No quiero que se rompa el cuello de tanto girarse para volver a meterme prisa. Aunque, pensándolo bien, tal vez así consigo que deje de bombardearme a mensajes.

Desde el mismo instante en que me instalé en casa de Hugo, ha insistido una y otra vez en que debería haberme quedado aquí. Como si de verdad fuera a deshacerse de todas esas máquinas inútiles de ejercicio que acumula en la habitación de invitados con un montón de chatarra.

Nada más cruzar el umbral de la cocina, da un par de palmaditas en la mesa y me indica con la mirada que me siente en uno de los taburetes. La escena me transporta de inmediato a las

broncas de mi adolescencia, cuando era una joven rebelde que hacía de notar el abandono de un padre que mostró desinterés por mí.

La herida del abandono ha crecido conmigo, y en este momento —dadas las circunstancias— me pregunto si su ausencia y que mi madre se pasara la vida trabajando, ha influido en la persona que soy y en lo que atraigo hacia mí, por mucho que trate de evitarlo.

—Cariño, ¿estás aquí?

La voz de mi madre me saca de golpe de mis pensamientos.

Asiento y sujeto la taza con fuerza. Luego dibujo una sonrisa en el rostro y le doy un sorbo al café, fingiendo que no está tan aguado como siempre.

Por más años que pasen, sigue preparándolo fatal.

«Tendré que buscar una cafetería luego», pienso, justo cuando recuerdo que más tarde iba a ver a Javi y Claudia, a quienes aún no he saludado desde que regresé.

—Te decía que he tenido que cambiar los turnos con Josefa, y que si podías ir tú en mi lugar.

—¿Ir… a dónde?

—Hija mía, mira que siempre estás en las nubes. Desde luego, no me extraña que hayas acabado otra vez aquí.

En cuanto ve mi expresión, se arrepiente de inmediato de lo que ha dicho y aprieta los labios. Luego extiende la mano por la mesa y acaricia la mía, como si ese gesto pudiera servirme de consuelo.

—Perdona, no quería ser tan dura. Es solo que tenía mucha ilusión por ir a esas clases y, la verdad, sería un gasto absurdo dejar la plaza vacía.

—¿De qué estás hablando, mamá? —pregunto con el ceño fruncido.

Suspira antes de responder.

—De las clases de repostería en *Dulce Armonía*. Debería empezar el sábado, pero me va a ser imposible ir, así que he pensado que podrías hacerlo tú.

—¿Qué? ¿Pero tú me has visto cara de repostera? No digas tonterías, mamá. Además, tengo muchas cosas que…

—¿Qué cosas? —me interrumpe—. ¿Además de negarte a quedarte con tu madre y lamentarte porque esa tal Sofía te haya dejado?

—Se llamaba Tania, y ella no… —Levanto las manos con exasperación—. Da igual. No he venido aquí para ir a ninguna clase de hacer magdalenas.

—Es mucho más que una clase de hacer magdalenas.

Mamá le da un sorbo al café y pone una cara de asco total. Ni siquiera sé porqué lo sigue intentando.

—Noelia es una chica majísima —continúa—. No se deja ver mucho por el pueblo. Se nota que se dedica en cuerpo y alma a su negocio. Es una emprendedora como pocas hay, toda una triunfadora.

Denoto en cada pausa las indirectas que van hacia mí, pero decido ignorarlo.

—El caso es que ayer le comenté lo que había pasado y le pedí, por favor, que no le diera la plaza a nadie más. —Me acaricia la mano otra vez—. Sabes que no me gusta tirar el dinero. Hemos pasado por mucho para llegar hasta aquí, sobre todo con la ausencia de ese miserable que…

«No, por favor, otra vez no», pienso.

—El caso es… ¿me harías el favor, cariño? Míralo de esta manera: así te distraes y, con suerte, conoces a alguien que pueda ofrecerte trabajo.

«Claro, ahora caigo. Era por eso.»

Me mira con los ojos bien abiertos y pone esa sonrisa con la que solía chantajearme cuando era niña. Bueno, y está claro que ahora también.

Porque, joder.

A la mierda.

—Vale, pero acepto porque no quiero que se desperdicie la plaza —aclaro, aunque ni yo misma me creo esta excusa.

La verdad es que, si no voy a esas clases, va a recordarme una y otra vez lo mucho que se esforzó para pagárselo y la pena que le dará que no aproveche el dinero, cuando no estamos precisamente sobradas. Yo soy el vivo ejemplo.

Mi madre tiene un talento innato para la manipulación. Si fuera política, dominaría el mundo.

—Eres un cielo. ¿Cuando salgas, pasas por el súper y traes esas patatas fritas que tanto le gustan a tu prima?

No me da tiempo a protestar. Se levanta, deja la taza en el fregadero y me estampa un sonoro beso en la mejilla.

—Me encanta que estés aquí, cariño.

«Sí, vamos, es un lujo.»

—Y a mí, mamá —respondo con fingida alegría.

La escucho canturrear de camino a su dormitorio. Este piso es pequeño, pero igual de acogedor y encantador que nuestra primera casa en el pueblo. El color de las paredes y las fotografías que adornan la estancia también me lo recuerdan y, mientras bebo otro sorbo de café —sin saber exactamente por qué—, las repaso una a una con una sonrisa.

Por mucho que mi madre sea como es, me sienta bien estar aquí.

No lo tuvo fácil criando sola a una niña sin ayuda de nadie y con su familia lejos. Y por eso la admiro, aunque me saque de quicio.

Regresa en menos de cinco minutos y recoge mi taza de la mesa.

—¿Qué vas a hacer hoy?

—He quedado con Claudia y Javi. Ya va siendo hora de pasar a saludar —informo—. Luego me centraré en el papeleo. Tengo que poner mis cuentas en orden… y también mi cabeza —añado antes de que se le ocurra preguntar.

—Así me gusta, cariño. Que no te rindas, aunque hayas metido un poquito la pata —dice con un guiño.

Su gesto es tan cariñoso que, en lugar de ponerme enferma porque siempre esté igual y termine diciendo barbaridades, termino sonriendo.

—Bueno, si he vuelto a Cudillero, supongo que será por algo —digo, con muy poco convencimiento.

—Verás como sí —responde segura, al contrario de mí. Mira su reloj de muñeca y de repente grita—: ¡Tengo que irme o Josefa me mata!

—Vale, yo me encargo de la cocina.

Le doy un abrazo y, en menos de un suspiro, desaparece por la puerta.

—Madre mía… clases de repostería —murmuro, como si no acabara de creérmelo.

Y, mientras asimilo lo que acabo de aceptar, busco en Google el famoso local.



5

Cudillero, Asturias.
29 de marzo, 2025. Sábado.

Noelia

Mantengo el mensaje abierto en la pantalla, como si leerlo una y otra vez fuera a darme la respuesta que tanto necesito. No sé en qué estaba pensando cuando le dije a Elvira y a mis padres que tenía a alguien a quien llevar a su maldita fiesta, por no hablar de la boda.

Después de soltar la bomba, el interrogatorio no tardó en llegar, y lo que pasó después se ha quedado arremolinado en mi cabeza como una pesadilla recurrente. Por suerte, conseguí zanjarlo con la excusa de que tenía que preparar unas clases para unas alumnas que llegarán en cuestión de cuarenta minutos. Y tampoco le di muchos detalles de mi supuesta conquista.

Suspiro y guardo el móvil en el bolso. Luego meto las manos en los bolsillos de la chaqueta. El frío me las ha dejado rojas, y prefiero que no se entumezcan más.

Aunque la primavera ya se ha instalado en muchos lugares, las temperaturas en Cudillero siguen su propio ritmo. Pero no me quejo, la idea me gusta más de lo que esperaba.

Disfrutar de una buena taza de café junto a la chimenea es un placer que repetiría todos los días del año. Pero hoy tengo asuntos más urgentes. Como pensar en una estrategia que evite que la fiesta y la boda de mi hermana se conviertan en un desastre digno de la posteridad. Sacudo la cabeza y, mientras camino por el puerto marítimo, me dejo llevar por las conversaciones que llegan hasta mí, además de por la imagen del mar bañado por las primeras horas de luz.

Una sensación de paz se instala en mi pecho y late al compás de mi corazón.

«¿Cuándo vas a traer a esa chica a casa para que la conozcamos?»

La calma se esfuma de golpe.

La voz de mi madre resuena en mi cabeza con esa mirada expectante que me lanzó, como si quisiera atravesar las paredes de mi mente para averiguar si lo que le decía era verdad o no.

Yo, Noelia Guerra, en una relación. Qué locura. Y qué absurdo.

Hace mucho que no quiero saberme de relaciones, y tengo buenos motivos para ellos.

Pienso en mi último ligue, la rubia con la que pasé más de dos horas disfrutando de un sexo increíble. Ha aparecido en mis mensajes más de una vez, a pesar de que le dejé claro que solo nos veríamos aquella noche.

«Otra razón más para no ceder ante los encantos de ese tipo de mujeres y, sobre todo, para no darles mi teléfono», me recuerdo.

La idea de llamarla vuelve a rondarme la cabeza.

Por primera vez en mucho tiempo, alguien me hizo reír de verdad. Me devolvió esas ganas de conocer a alguien sin prisas.

No creo que le importara que quedáramos otra vez, y quizá hasta la propuesta de que venga a la boda conmigo no sea tan descabellada.

—Eso solo te traerá problemas. No más relaciones, ¿te acuerdas?

—¿Tan joven y ya hablando sola?

El tono agudo de doña Puri corta el aire de golpe y me hace tragar saliva.

«Luego dice que está medio sorda.»

—Doña Puri, hola. ¿No iba a visitar a su bisnieto este fin de semana?

—Salimos en un par de horas, cariño. Antes, Marisa y yo vamos a dar un paseo por el pueblo, y a lo mejor acabamos comprando alguna de tus delicias, así los pequeños las prueban.

Solo por eso, me obligo a sonreír y a no salir corriendo.

—De hecho, Alba va a preparar unos carbayones rellenos de crema de avellana que están exquisitos. Los añadimos a la carta hace poco, después de probarlos en una de mis clases.

—¡Pero qué barbaridad! Destrozando la cultura de los pueblos —se escandaliza.

Los carbayones se elaboran tradicionalmente con crema de almendra, pero mi filosofía es adaptarme a los nuevos tiempos y a los gustos de una generación a la que le encanta explorar sabores diferentes.

—Le prometo que no se va a arrepentir. Hágame caso, que van a triunfar —le aseguro, con dolor en las mejillas por tener que mantener la sonrisa.

—Lo que deberías hacer es enseñar a tus alumnas a respetar la tradición —me reprocha con seriedad.

Niega con la cabeza, frunce el ceño y me lanza una mirada que pretende ser fulminante y que casi me hace reír.

—Precisamente hay una chica que es de aquí… Pobrecilla, se ha desviado un poco del camino —dice, como si estuviera compartiendo el chisme del día mientras nos tomamos algo en un

bar—. La despidieron sin miramientos y no pudo permitirse la subida del alquiler. ¡Y encima su novia la dejó el mismo día! —anuncia con dramatismo. Se lleva las manos al pecho y sacude la cabeza—. Le vendrá muy bien recordar cómo es la vida por aquí. A ver si un día te la encuentras, le echas una mano y evitas que vuelva a querer irse sin sentido.

—Todos necesitamos encontrar nuestro camino —respondo con neutralidad.

—Y mira dónde has acabado tú —señala con picardía—. Aunque también podrías encontrar algún mozo que quiera llevar *Dulce Armonía* contigo, ¿eh?

Me guiña un ojo.

Otra sonrisa fingida, un carraspeo y una mirada rápida al reloj después, me despido antes de que siga con sus ideas descabelladas.

—Recuerde su cita con Marisa —comento, cortando la conversación de raíz—. Yo tengo que ir a abrir. Espero que pase una buena mañana con ella y, si se piensa mejor lo de los carbayones, ya sabe…

Hago un ademán con la mano antes de que pueda replicar y me alejo con paso decidido, como si el paseo marítimo estuviera a punto de ser bombardeado.

Sin embargo, antes de llegar a *Dulce Armonía*, me descubro sonriendo mientras recuerdo los gestos de doña Puri y cómo parece tener más información sobre este pueblo y quienes van y vienen que el propio Google.

—Si ella supiera… —murmuro para mí mientras saco las llaves del local.

Una vez dentro, enciendo las luces y el aroma a vainilla y mantequilla derretida inunda el aire como un torrente de frescura en mitad del desierto.

Sería imposible describir con palabras cómo me siento al cruzar esta puerta. Lo único que tengo claro es que estar aquí podría

curar cada uno de mis males… si es que los tuviera. Porque no querer una relación por miedo a que me vuelvan a destrozar el corazón no es uno de ellos. Claro.

Niego con la cabeza y me dirijo a la parte de atrás tras recorrer el pasillo que conecta con el local anexo, el cual compré para impartir mis clases de repostería.

En diez minutos, Alba —junto con nuestro refuerzo improvisado de fin de semana— se encargará de la cafetería y de vender los productos.

Me recojo el pelo en una coleta alta, aparto un par de mechones tras las orejas y busco el delantal negro bordado con el nombre de *Dulce Armonía* en un amarillo vibrante que recuerda al limón.

Las alumnas llegan en hora punta y me saludan con esa calidez propia de los pueblos pequeños. Aquí todo el mundo se preocupa por los demás y siempre se toman la molestia de preguntar cómo estás.

—Como os dije en el último correo electrónico, hoy vamos a elaborar unos…

—¡Perdón por llegar tarde!

La puerta se estrella contra la pared con tanta fuerza que hasta parece que el suelo vibra.

Miro el reloj de muñeca y siento la sangre palpitar en mis sienes.

Odio la impuntualidad, sobre todo cuando he insistido hasta el cansancio en los horarios a través de correos y mensajes.

—Soy Tamara, la hija de Carmen Orellana. Creo que te comentó que ella no podría venir y que yo lo haría en su lugar —dice con la respiración entrecortada.

—Ah… eres tú —comento, sin disimular mi disgusto.

«Esta debe ser a la que se refería doña Puri.»

Carraspeo y le señalo con la mirada el único puesto libre en la última fila de mesas.

—Bienvenida a *Dulce Armonía*.

Tomo aire un par de veces y continúo:

—Como decía, hoy vamos a preparar unos muffins de chocolate negro rellenos de una deliciosa crema.

—Pues menos mal que no eran clases de magdalenas —escucho murmurar.

Todas las miradas se giran hacia la última fila.

Siento la sangre hervir.

—Las texturas y el tamaño no tienen nada que ver —arremeto, incapaz de contenerme—. Por no hablar de los ingredientes. La grasa principal en los muffins es la mantequilla, en lugar del típico aceite de oliva que se usa en las magdalenas, y…

Me detengo al notar que ahora todas las miradas están sobre mí.

El calor sube a mis mejillas.

Me recompongo de inmediato y les dedico una sonrisa como si nada hubiera pasado.

—En el dosier que os he dejado en cada mesa tenéis toda la información para empezar. Como siempre, iremos paso a paso y después haremos turnos para el horneado final. ¿Listas?

—Sí —responde una de las chicas.

Pero mi mirada se fija en alguien en concreto.

Tamara Orellana traga saliva, se alisa el delantal y aunque sus ojos son el reflejo del mismo pánico, asiente.

—Lista.



6

Tamara

Ya le veo la cara. Hasta podría adivinar lo que está pensando ahora mismo: «Si tengo que enseñar a una alumna como esta, preferiría cerrar y dedicarme a la pesca».

Ironizo para mis adentros mientras Noelia pasa por delante de las mesas, con una mirada letal cada vez que viene por la mía y con una sonrisa impecable cuando está frente a las otras alumnas.

Está claro que no he empezado con buen pie. Ni he empezado ni he continuado, porque la masa que he preparado es un mazacote con el que podría alicatar un edificio que resista cualquier terremoto.

—Esto es imposible… —murmuro, pasándome el dorso de la mano por la frente.

—El chocolate es para la masa, no para que te hagas una limpieza facial.

Levanto la vista y encuentro a Noelia de brazos cruzados.

Su expresión es tan severa que, en este momento, su apellido le hace justicia.

Estoy frente a la capitana de un batallón que ha decidido acabar conmigo sin piedad, sin una mínima oportunidad.

—¿Has pesado bien los ingredientes?

—Sí, he seguido la receta al pie de la letra —informo con orgullo.

Pero las piernas me tiemblan.

Noelia sonríe con ironía, y sus ojos verdes se clavan en los míos, como si quisiera arrancarme el corazón.

—¿Cómo lo has hecho?

—¿Perdón?

—Que cómo has pesado los ingredientes.

Las manos me tiemblan tanto como el cuerpo cuando se coloca a mi lado y revisa la mesa con una mirada inquisitiva. No esperaba una llegada triunfal a Cudillero, pero tampoco que esto se fuera a convertir en algo parecido a una tortura culinaria.

Cierro los ojos un instante, respiro hondo y empiezo a medir —por tercera vez— cada uno de los ingredientes en sus recipientes.

—No has tarado —comunica con un tono nada paciente.

Se escuchan risitas maliciosas por toda la sala, pero Noelia las corta de inmediato.

—Es con este botón de aquí —indica tras suspirar en mi nuca antes de alejarse—. Os pido encarecidamente que reviséis los correos que os mando regularmente y que consultéis el blog, donde están todas las recetas.

—¿Un blog? ¿Qué estamos, en los 90? —murmuro en voz baja.

Pero no lo suficiente.

—¿Alguna objeción más, Tamara?

Ups.

—No, no, creo que ya le he pillado el tranquillo.

Pero el resultado final habla por sí solo.

Lo que saco del horno no se parece en nada a los muffins esponjosos de mis compañeras. Cuando la clase termina, las demás

se despiden con abrazos y elogios para Noelia, como si fuera la mejor profesora del mundo. Estoy segura de que aquí hay gato encerrado. Seguro que tienen algún trato secreto. Porque, vamos, no es que sea la simpatía en persona.

Termino de limpiar mi mesa de trabajo y me quito el delantal.

—Dame un correo electrónico para enviarte información sobre la próxima clase.

—La verdad es que no creo que vuelva a…

Noelia arquea una ceja, visiblemente ofendida.

—No es por ti, es que está claro que esto no es lo mío —le aclaro.

—Una vez que empiezan las clases del curso, no puedo volver a ocupar la plaza que queda libre. Política de empresa.

Habla con una seriedad desproporcionada, como si se tratara de un asunto de vida o muerte.

—Pero si solo hemos dado una clase… —murmuro, mordisqueándome el labio inferior—. Te vas a quitar un peso de encima, créeme.

—Ya he pagado los ingredientes que usaremos en las próximas clases, y no puedo reutilizarlos para la venta porque…

—Política de empresa —interrumpo con una sonrisa burlona.

—¿Te hace gracia que pierda dinero?

La miro y, de repente, parece haber crecido unos centímetros.

Su mirada intensa y el ceño fruncido me obligan a carraspear.

«Joder, qué intimidante.»

En parte, me gusta que se lo tome tan en serio. Es el tipo de persona con la que me gusta rodearme. Así que, recuerdo lo que me dijo mi madre y me encojo de hombros. Después de todo, no tengo mucho que hacer por aquí.

—Si insistes… Te prometo que estudiaré en casa para convertirme en la alumna del año —bromeo.

Pero Noelia no se inmuta. Ni una sonrisa. Ni un gesto amable. Nada. Su semblante me hace hasta dudar de que sea humana de verdad.

—A decir verdad, lo entiendo. Para mi madre era importante no perder el dinero del curso. Además, supongo que también me vendrá bien esto. Me distraeré y así dejará de agobiarme con que no he llegado a ninguna parte en mis treinta y cuatro años de vida.

—Ya…

Frunce los labios sin ningún interés, como si mis problemas le importaran lo mismo que una receta mal hecha.

—Madres, supongo —murmuro, encogiéndome de hombros—. Parece que, si te despiden y no consigues mantener una pareja estable, ya eres un fracaso. —No sé por qué me desahogo con ella. Tal vez solo quiero que entienda que no estoy aquí de mala gana. De todas formas, parece que le importe una mierda—. En fin, nos vemos el próximo sábado.

—Adiós.

. . .

Siento un escalofrío al recordar la frialdad de Noelia Guerra.

¿Cómo puede caerle bien a sus alumnas? ¿Y a la gente en general?

En serio, ¿cómo *Dulce Armonía* puede ser tan famosa y, peor aún, llamarse así cuando ella es…? Es… es… ni siquiera sé cómo coño describirla.

Pero ahora eso es lo de menos, porque en cuanto abro la puerta de *El Ancla*, Javi y Claudia se levantan con una emoción que roza lo extraordinario.

—¡La hija pródiga ha vuelto! —grita él.

Corre hacia mí y me envuelve en un abrazo que me levanta los pies. Tras un par de giros y dos besos en las mejillas, me deja en el suelo otra vez.

—Oye, que yo también llevo mucho tiempo sin verla —protesta Claudia.

Ella le da un manotazo en el brazo y los tres rompemos a reír.

Una sensación de alivio me invade al verlos y recordar nuestras versiones más jóvenes en este mismo bar, cuando nos tomábamos un vaso de leche con Cola Cao después de un día «durísimo» —madre mía, lo que nos quedaba por vivir— en el colegio.

—Ya pensábamos que no venías, con eso de que te has convertido en toda una celebridad —ironiza Claudia mientras me quito la chaqueta y me dejo caer en la silla.

Se refiere a que soy de las pocas de nuestra quinta que salió del pueblo para buscarse la vida.

Ojalá todo hubiera sido tan idílico.

—Ahora tengo la agenda apretadísima —bromeo, siguiéndole el juego.

En cuanto Emilio me ve, levanta los brazos y sale de detrás de la barra.

La ligera cojera que lo ha acompañado desde que tengo memoria no le impide acercarse a saludarme con un fuerte abrazo.

—Así que las habladurías eran ciertas —comenta.

—Doña Puri no ha perdido el tiempo, ¿eh? —respondo con una sonrisa. Me basta con ver su cara para saber que tengo razón—. Veo que te sigue yendo de maravilla.

Este bar marinero es el epicentro del pueblo, el punto de reunión de pescadores, vecinos y amigos que, como Claudia, Javi y yo, hemos crecido entre estas cuatro paredes.

Las fotos de los clientes decoran las paredes, y aunque las mesas han sido renovadas con los años, siguen manteniendo ese aire tradicional que nunca cambia.

—¿Nos pones unas cervezas? Necesito recuperarme de una clase infernal.

—¿Clase infernal? —preguntan Javi y Claudia a la vez.

Emilio nos deja a solas y yo termino de acomodarme, dejando el bolso en la silla de al lado.

—Mi madre pensó que sería buena idea que fuera en su lugar a unas clases de repostería que reservó en *Dulce Armonía* —explico.

Los dos se miran entre sí, y por sus caras, sé que algo se traen entre manos.

—No ha podido ir por trabajo y, según ella, Noelia es encantadora. Pues menos mal, porque si esto es lo que considera «simpatía», no quiero imaginarme cómo será cuando realmente esté de mal humor.

—Pero… ¿qué ha pasado? —pregunta Claudia, interesada.

—Llegué dos minutos tarde, ¡dos minutos! Ni que fuera el fin del mundo.

—Uhhh… rompiste una de sus reglas de oro.

Frunzo el ceño.

No tenía idea de que la conocieran, aunque siendo Cudillero tan pequeño…

Me sorprende que, en estos últimos seis años de visitas esporádicas al pueblo, yo no haya ni escuchado de su existencia.

—No soporta que la gente llegue tarde —explica Claudia—. Es muy estricta con los horarios porque tampoco le gusta hacer perder el tiempo a los demás.

—No me puedo creer que hayas aceptado ir a clases —añade Javi, burlón—. ¿No habrás quemado nada, verdad?

Entrecierro los ojos y veo cómo intenta disimular una sonrisa que cree que no he notado.

—No seáis cabrones, claro que no he quemado nada —aclaro —. Solo… hice un par de ladrillos con lo que se suponía que era la masa de unos muffins.

En cuanto lo digo, los dos estallan en carcajadas y yo levanto las manos.

—¡No tenía idea de qué era eso de tarar!

—Hostia, me habría encantado ver la cara de Noelia —dice Claudia entre risas.

—Ni había cruzado la puerta y ya me tenía manía. —Me encojo de hombros.

—Pues es un amor. La conocemos por Esther, que es amiga suya —comenta Javi.

Antes de que pueda procesar esa información, Emilio regresa con nuestras cervezas.

Javi es el primero en alzar su jarra.

—Por tu vuelta a Cudillero. Nos encanta tenerte aquí.

—Eso.

—Y a mí también —miento a medias, pero sabiendo lo bien que se siente estar con ellos después de tanto tiempo. Brindamos y, mientras doy el primer sorbo a la cerveza, sonrío—. Aunque, como siempre, haya alguien que ya me odia nada más conocerme —bromeo, refiriéndome a Noelia.



7

Oviedo, Asturias.
4 de abril, 2025. Viernes.

Noelia

El humo del cigarrillo se enreda en el aire con elegancia, dibujando curvas infinitas que se desvanecen antes de alcanzar las paredes. Todavía tengo la respiración entrecortada y una deliciosa sensación eléctrica recorriendo mi cuerpo, erizándome la piel. Sus labios, color cereza y sabor a pecado, me sonríen con aire victorioso, consciente de la batalla que ha ganado esta vez.

—Me alegra que cambiaras de opinión y nos dieras este segundo asalto —comenta con orgullo, apartándose un mechón rubio de la cara.

Le quito el cigarrillo de entre los dedos, le doy una calada y me giro, apoyando la cabeza en su pecho antes de que vuelva a robármelo.

—Las cosas buenas hay que repetirlas… —susurro, y mis dedos buscan el calor que todavía persiste entre sus muslos—. La verdad es que hace mucho que no hacía esto.

Se queda en silencio, observándome con esos ojos avellana, oscuros por la luz tenue de la habitación. Quizá recordando lo que

acaba de pasar. Luego exhala el humo con calma y me fijo en sus ojos, que parecen estar trazando maldades.

—Así que eres de las que echan un polvo y después se olvidan.

—Más bien de las que prefieren no complicarse la vida. —Le quito otra vez el cigarrillo y le doy una calada.

Ella sonríe, y hago un esfuerzo sobrehumano por no dejarme llevar por el encanto de su expresión cuando lo sujeta y lo apaga en el cenicero, arrastrándose por la cama hasta quedarse encima de mí.

El pelo le cae a ambos lados de la cara, haciéndome cosquillas al rozar mis pechos. El efecto se intensifica cuando muerde mi labio inferior y desliza una mano entre mis piernas. Todavía tengo los muslos húmedos, y noto cómo disfruta de ello mientras sus caricias se vuelven más lentas. Clava los ojos en los míos y baja para morderme el cuello, haciéndome arquear la espalda.

Podría decir muchas cosas sobre este momento.

Por ejemplo, que acabo de romper una de mis reglas para evitar que vuelvan a usarme, enamorarme y después tirarme a la basura como si fuera una colilla. Daniela es la primera mujer con la que me acuesto dos veces seguidas en mucho tiempo.

Seis años, para ser exactos.

Pero ahora mismo no me arrepiento.

Se toma un segundo para respirar sobre mis labios, se acomoda entre mis piernas y penetrarme con fuerza, acariciando mi sexo mientras yo me agarro a las sábanas. Hundo la cabeza en la almohada y dejo que entre y salga de mí, a su antojo, llevándose gemidos, incluso el aire que le falta a mis pulmones. Un torrente de placer recorre cada rincón de mí, y no me veo capaz de aguantar el éxtasis mucho tiempo, y más después de haberme corrido un par de veces más.

Daniela es insaciable. Y me gusta.

Aunque, en realidad, no estoy aquí solo por eso.

Apenas he recuperado la respiración cuando vuelve a besarme y arranca un gemido de mis labios al morderme la barbilla.

—Hueles de maravilla… —murmura—. Entre canela y mantequilla. Me encanta que se quede en mi piel.

—Y a mí que hagas eso —susurro, refiriéndome a la forma en que sus dedos juegan entre mis piernas.

—Quizá podríamos darnos un tercer asalto otro día de estos. ¿Qué te parece? —sugiere con picardía.

La idea enciende todas mis alarmas. En sus ojos hay una chispa de ilusión que he visto antes, muchas veces. No quiero caer en mi propia trampa. Pero necesito que esto funcione. Sobre todo, si quiero que mi familia me deje en paz después de haber cometido un error monumental y decirles que ya tenía pareja para la boda de mi hermana.

Así que sonrío y finjo que todo va de maravilla.

—Justo estaba pensando que podrías venir conmigo a la fiesta previa a la boda de mi hermana. Y bueno… también a la boda.

—¿Hablas en serio? —me interrumpe, alzando las cejas.

Pasa de la incredulidad a echarse a reír en mi cara.

Y no solo eso.

Se ríe con ganas, con lágrimas en los ojos, negando con la cabeza mientras trata de recomponerse.

Me incorporo, apoyando la espalda en el cabecero de la cama.

—Te lo digo en serio —comento, incluso un poco molesta.

—Lo sé, por eso me río —responde, todavía riéndose. Luego se aparta y se echa de lado, mirándome con la cabeza apoyada en la mano—. A ver si lo entiendo… Me costó un mundo convencerte para que volvieras a verme, y de repente… ¿me invitas a conocer a tu familia?

«Ya, no tiene lógica», admito para mis adentros.

Pero qué más da.

Necesito salir de este lío.

—En realidad, no es eso. Lo que pasa es que…

—Mi novia no estaría muy de acuerdo en que me presente a la fiesta de la boda de la hermana de otra, siendo su pareja.

La confesión me deja de piedra.

—Tú no eres la única que guarda algunos secretos, cariño —añade con picardía. Me guiña un ojo y se incorpora para buscar otro cigarrillo en la cajetilla. Lo enciende con calma, le da una calada y me lo ofrece—. Tendrás que buscarte a otra. De mí, solo podrás disfrutar a escondidas.

Ni siquiera me da tiempo a procesarlo. Ya tengo el cigarro entre los labios, a ella a horcajadas sobre mí y mi mano deslizándose por su vientre antes de colarse entre sus piernas, rozando una humedad que me suplica por más.

Si alguien me hubiera dicho que iba a romper mis propias promesas en una sola noche, no me lo habría creído. Pero aquí estoy. Dejando que el deseo tome el control, ignorando esa pequeña punzada en el pecho que me advierte que estoy jugando con fuego.

«No es la primera vez que te metes en un lío, Noelia. Pero puede que esta sea la más estúpida de todas.»

Me aferro a la idea de que solo es un juego, que no tiene importancia. Y que no lo tendrá en el futuro, con esto y con el tema de la boda de mi hermana. Sin embargo, por primera vez en mucho tiempo, no estoy segura de estar diciéndome la verdad.



8

Cudillero, Asturias.
5 de abril, 2025. Sábado

Noelia

—No, Hugo, no pienso echarme atrás y darle el gusto a mi madre solo porque se haya sentido ofendida. La comida con mi prima fue un desastre. No paró de compararnos, y ya estoy harta de que siempre… —Hace una pausa—. Me da igual. Que vaya puerta por puerta y les diga a todos los vecinos que soy la oveja negra de la familia si quiere. No voy a irme con ella a casa, por mucho que se convierta en un grano en el culo y no me deje estar aquí en paz.

A quince minutos de abrir la clase del taller de hoy, escucho la voz de Tamara en la calle de atrás. La paz de la que he disfrutado mientras paseaba a Churro se esfuma, y en su lugar aparece un latido molesto en mis sienes.

No sé qué tiene esta mujer, pero está claro que no va a ser una alumna fácil.

—Al menos, espero que se haya estudiado la receta… —murmuro mientras distribuyo las copias en cada mesa.

—Está claro que siempre va a verme como una fracasada —sigue diciendo Tamara, sin darse cuenta de que su voz se cuela por

la ventana entreabierta—. Que haya vuelto a Cudillero sin un mísero euro, sin trabajo y con el orgullo herido es un fracaso absoluto… Pero no voy a dejar que eso me derrote. Voy a demostrarle que puedo hacer las cosas bien. Aunque eso signifique fingir que adoro hacer postres para niños.

Auch.

Eso ha dolido.

Me enderezo y hago una mueca.

Por mi cabeza desfilan unas cuantas ideas para hacerle la clase imposible y conseguir que no vuelva el próximo sábado. Al final va a resultar que tendría que haberle hecho caso el otro día. Pero antes de que pueda elaborar un plan, las palabras de doña Puri regresan a mi mente, y no puedo evitar que mi corazón de pollo sienta lástima por esta chica.

—En fin, tengo que dejarte. No quiero distraerme y llegar tarde a la clase, que la teniente O'Neil se cabrea.

Cierro los puños.

—No la soporto —mascullo entre dientes, y sin pensarlo más, voy a la puerta del otro lado del local y la abro justo cuando Tamara guarda el teléfono.

Nuestras miradas se encuentran en un instante de tensión. El tiempo se ralentiza lo suficiente para que pueda ver cómo traga saliva.

La he pillado. Y lo sabe.

Bien.

Ahora sí que va a saber lo que es enfrentarse a Noelia Guerra.

Tamara carraspea y entra al aula sin decir una palabra. Se quita la chaqueta de cuero marrón y se remanga el jersey fino color mango, dejando al descubierto algunos lunares y un sinfín de pulseras en sus muñecas.

—No deberías venir con eso a clase. Te evitarías más de un accidente —le advierto.

No es que sea obligatorio que se las quite, pero me encanta ver cómo su expresión cambia por completo. Entrecierra los ojos, molesta, y empieza a quitarse las pulseras justo cuando las demás alumnas entran y se colocan en sus mesas.

Bajo la vista y sonrío para mis adentros.

Carraspeo y, una vez que estamos todas, doy inicio a la clase.

—Muy bien, hoy vamos a elaborar algo más complejo, aunque seguimos en el mundo del chocolate —anuncio con entusiasmo. Solo de pensar en las delicias que podrían salir de aquí, se me hace la boca agua—. En vuestra mesa tenéis la receta de la tarta Sacher, una maravilla con la que sorprender a vuestros invitados.

El entusiasmo es general. Veo sonrisas, gestos de emoción y manos frotándose con ganas de empezar. Hasta que llego a Tamara. En su rostro no hay ni una pizca de entusiasmo. Solo un pánico creciente que atrae un tic en su ojo derecho.

No puedo evitar sonreír de nuevo al verla y visualizar su cerebro a punto de explotar, como si tuviera delante la ecuación más difícil del mundo.

«Eso le pasa por no estudiarse la receta que envié el miércoles», pienso, triunfal.

—Ya podemos empezar —anuncio con firmeza.

. . .

Si el caos tuviera forma humana, sin duda se llamaría Tamara Orellana.

Apenas han pasado quince minutos desde que empezamos y su mesa de trabajo parece un campo de batalla. La harina está esparcida como si hubiera nevado sin control, el chocolate está más

fuera de los cuencos que dentro y, por si fuera poco, acaba de mancharse la mejilla al intentar apartarse un rizo de la cara.

Echo un vistazo al resto de alumnas, que trabajan con destreza y concentración, y luego pongo la atención en ella.

—Tamara —la llamo.

Nada.

—Tamara —insisto.

Sigue en su mundo. Sus labios se mueven mientras murmura algo que no alcanzo a oír, y cuando me acerco, justo antes de que frunza el ceño, la escucho susurrar:

—Maldito chocolate de mierda…

—¿Qué has dicho?

Pega un bote y me mira como si acabara de materializarme frente a ella por arte de magia.

—Nada… solo…

Me dedica una sonrisa nerviosa y sus ojos reflejan la misma culpabilidad que Churro cuando tira un jarrón y pretende hacerme creer que no ha sido él.

—Déjame adivinar —digo con tono paciente—. Has vuelto a pesar los ingredientes sin tarar.

Un chillido agudo a mi izquierda me obliga a girarme. Con una mirada fulminante, le pido a Rocío que siga con su elaboración antes de regresar a Tamara.

—¿Creatividad culinaria? —disimula, encogiéndose de hombros.

Pongo los ojos en blanco y contengo un suspiro. Esta mujer es un caso perdido. De hecho, si sigue así, voy a tener que pedir más ingredientes para la próxima clase. Y no pienso tirar más comida ni dinero por su culpa.

Miro el bol y me doy cuenta de que la mantequilla tampoco está bien integrada con el chocolate, y que no ha batido los huevos correctamente con el azúcar. Vamos, que en general, lo que tiene delante es… un puñetero desastre.

—Anda, dámelo. —Le quito el bol de las manos antes de que pueda protestar y me coloco a su lado—. La repostería requiere mimo. No es como cocinar, aquí hay que tener cuidado y paciencia, no improvisación. No se trata de batir los huevos con fuerza bruta.

—Pues si el ingrediente secreto es la paciencia… estamos jodidas —murmura.

La fulmino con la mirada.

—Vale, perdón…

Tamara se apoya en la mesa, y es entonces cuando me doy cuenta de que todavía tiene chocolate en la cara. El contraste con su piel me llama la atención. Si tuviera que describirla en términos de repostería —y mi cabeza suele hacerlo—, diría que su color me recuerda a un grano de café antes de ser tostado del todo.

A esa calidez dorada que promete algo más intenso en su interior.

Y vaya que lo es.

—¿Estás bien? —pregunta.

Me he quedado absorta.

—Sí.

Se cruza de brazos y me observa con curiosidad. Aparto la vista y me concentro en la mezcla hasta que queda perfecta. El ruido de los utensilios y las conversaciones de las alumnas se disipan, como si solo estuviéramos ella y yo dentro de la clase.

—¿Lo ves? Así es como deben quedar los huevos batidos. Y después integramos el chocolate con la mantequilla, poco a poco, como si fuera… —Busco una comparación y sonrío al encontrarme

con su mirada—. Como cuando intentas que una persona cabezota entienda que se ha equivocado.

—Ja, qué sutil —protesta.

Me encojo de hombros.

—¿Quieres hacer algo comestible o no?

Levanto una ceja y Tamara responde con una sonrisa ladeada. Luego se acerca más, quedando a la misma distancia en la que yo estuve con ella el otro día. Su perfume me envuelve.

Dulce, con un toque cítrico. Ralladura de naranja con un fondo amaderado.

Agarro la espátula y carraspeo, intentando no distraerme.

—Tienes que hacer movimientos envolventes, así. Sin prisa —le explico, y por primera vez, noto que realmente me escucha.

—Vale, lo pillo. Déjame intentarlo.

Coge la espátula con torpeza, y cuando la mueve por la mezcla, nuestras manos se rozan. Una corriente extraña me recorre la piel.

—¿Así? —pregunta, sin apartar la vista de la masa.

—¿Qué? —La miro, un segundo desorientada—. Sí, así está perfecto.

Respiro hondo e intento centrarme en el resto de la clase. Las demás alumnas me llaman, reclamando mi atención.

—Recuerda no echarlo de golpe —le digo antes de apartarme.

No escucho lo que balbucea, pero sí el grito de emoción que resuena por toda la sala cuando termina y se da cuenta de que esta vez lo ha hecho bien. Levanto una ceja y Tamara se ríe.

Joder, qué buen sonido.

Por un momento, me recuerda a mí. Me quedo mirándola en silencio. La conversación que tuvo por teléfono antes de entrar en

clase regresa a mi cabeza, junto con una frase que no he dejado de repetir desde ayer.

«Tendrás que buscarte a otra.»

No, no, no, *no*.

Esta idea sí que es una locura. Sin embargo, todo empieza a encajar en mi mente. La observo otra vez y me doy cuenta de que Tamara podría ser la solución a mi problema.



9

Tamara

Lo que acabo de escuchar debe ser una broma o la consecuencia de algún golpe que ha tenido que darse en la cabeza. Tal vez haya comido chocolate en mal estado y ahora esté alucinando. Pero entonces, se cruza de brazos con seriedad y adopta la misma expresión que tenía el sábado pasado cuando llegué tarde a la primera clase.

Noelia Guerra acaba de proponerme que sea su novia de mentira para asistir a no sé qué evento importante, y tengo la sensación de que mi cerebro se ha chamuscado con solo oír la palabra «novia».

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? —insiste.

—Vale, vale, vale... Vamos a ver...

Doy vueltas sobre mí misma hasta encontrar uno de los pocos taburetes que hay en la sala. Me siento, intento respirar y abrir bien los ojos. A lo mejor estoy en mitad de un sueño y despertaré en cualquier momento.

—Voy a asumir que esto es producto del exceso de azúcar y la falta de sueño, porque lo que necesitas es sentarte, respirar hondo y reconsiderar la locura que acabas de pedirme.

—No es una locura —afirma con absoluta tranquilidad.

—Ah, no, claro. Pedirle a alguien que finja una relación es lo más normal del mundo. ¿No te has pasado con Netflix?

—Tamara… —Se contiene, como si estuviera evitando decir algo de lo que luego podría arrepentirse, y es precisamente por eso que no entiendo cómo ha llegado a hacerme esta propuesta—. Esto sería una solución práctica para las dos.

—¿Para las dos? ¿A qué te refieres?

—Te he oído hablar por teléfono antes de entrar.

«Ah, eso. Mierda».

—¿No te enseñaron a no escuchar conversaciones ajenas? —espeto—. Además, ¿qué ganaría yo con esto? ¿Que tus alumnas me tomen más en serio?

—No, que dejen de molestarte con eso de que eres un fracaso solo porque tu novia te dejó el mismo día que te echaron del trabajo —responde, ahora más relajada.

—¿Y tú cómo sabes…? —Abro la boca y, al segundo, me doy cuenta de quién lo ha podido contar—. Doña Puri… Joder, esa mujer disfruta convirtiéndome en la puta comidilla de Cudillero.

—Supongo que esto ya lo sabías, ¿verdad? ¿Por eso te fuiste?

—Por eso y porque mis expectativas de vida no incluían aceptar sin más un puesto de trabajo que ya estaba reservado para mí desde antes de mi nacimiento. Como si no pudiera aspirar a nada más allá de este lugar —digo, y no me doy cuenta de cuánto necesitaba desahogarme hasta que veo cómo Noelia sonríe de verdad.

—¿Lo ves? Las dos salimos ganando. Tú te ahorras los comentarios de tu madre en ciertos aspectos, y yo no voy sola ni a la fiesta ni a la boda de mi hermana. Así dejarán de querer presentarme a toda persona soltera en un radio de diez kilómetros.

—¿De verdad no tienes a otra persona? ¿Una amiga?

Niega con la cabeza.

—¿Tu ayudante?

Vuelve a negar.

—¿Ni algún ligue de un sábado noche?

—La última con la que salí engañó a su novia conmigo, así que… —Se encoge de hombros.

—Genial... ¿Me estás diciendo en serio que prefieres montar un circo sentimental conmigo antes que soportar una comida incómoda con unos desconocidos?

—Tampoco puede ser peor que lo que ya he visto. Eres un desastre, y a mí se me dan bien los desastres.

Abro la boca, incapaz de replicar.

Sus ojos se iluminan con un destello de picardía que desaparece de un plumazo, pero el cosquilleo sigue recorriendo mis brazos, mi pecho, incluso mis piernas. Y aunque la idea se asienta en mi cabeza, sigo pensando que esto es una puñetera locura. Algo que puede salir terriblemente mal.

—Estás completamente desesperada… —murmuro, y me levanto para acercarme a ella con una sonrisa divertida.

Me doy cuenta de que los nervios la hacen querer centrarse en cualquier otra cosa que no sea mirarme a los ojos, así que la ayudo a secar parte de los utensilios que hemos usado para hacer las tartas Sacher.

Después, exhala, y su expresión cambia, como si le pesara admitir lo que he dicho.

—No tienes ni idea de cuánto…

En su mirada aparece un velo de preocupación, y me doy cuenta de que esto no tiene ni un ápice de broma. «Va totalmente en serio».

Pienso en cada una de las posibilidades, en las ganas que tengo de poder reflexionar con calma sobre el futuro que quiero construir, en cómo deseo encontrar mi camino sin que mi madre me

atosigue con cosas que ni siquiera debería estar pensando. Y, sobre todo, por primera vez desde que he vuelto —y casi desde que me fui —, puedo imaginarme siendo la protagonista de una conversación llena de halagos y no de opiniones sobre lo mal que he hecho las cosas en la vida y lo maravilloso que es el presente de mi prima Cristina.

Uff, cómo me gustaría darle en su propio ego y borrar esa sonrisilla con la que va a todas partes, solo por haberse casado y tener dos hijos que son el orgullo de su maldito colegio privado.

—Acepto —digo.

El bol de metal que Noelia sostiene se le resbala de las manos y cae al fregadero con un golpe seco.

—¿Estás segura? —pregunta al girarse.

—Sí, aunque, por supuesto, tendremos que poner algunas reglas. Y cuadrar un poco la historia de cómo nos conocimos.

—Pues en *Dulce Armonía* —aclara con naturalidad.

—No, en mi primera clase —la corrijo.

Levanta una ceja.

—Técnicamente, es lo mismo —ironiza—. Aunque…

—¿Qué pasa?

—Les dije a mis padres y a mi hermana que ya tenía pareja el sábado pasado…

«¿En qué lío me acabo de meter?»

Suelta el aire y pone una mueca de disgusto. Me acerco, le quito el bol de las manos y la obligo a mirarme. Mis dedos se quedan apoyados en su muñeca, y por primera vez noto las pequeñas motitas castañas que salpican el verde intenso de sus ojos.

—Podemos decirles que fue amor a primera vista, que me conociste al poco de volver a Cudillero y que, casualmente, después

vine a una de tus clases sin que tú te dieras cuenta de que era yo y… te resulté irresistible.

Le guiño un ojo, y ella rompe a reír.

—Sí que te lo tienes creído, ¿no?

—Si vamos a mentir a nuestras familias y amigos… al menos que tenga un poco de gracia el asunto.

—Vale, tienes razón —admite. Luego se concentra un momento en lo que tiene entre manos—. ¿Qué te parece si mañana vienes a mi casa y organizamos mejor todo esto? Ya sabes, para que la historia sea creíble y no nos pillen desprevenidas cuando empiecen a hacer preguntas.

—Creo que mi Sacher es el reflejo perfecto de lo que es mi vida: muy dulce por fuera, pero un desastre por dentro.

Me mira con incredulidad y, tras un segundo, suelta una risa.

—No digas tonterías, seguro que no es para tanto.

—Ya lo comprobarás por ti misma —le advierto. La tensión vuelve a instalarse entre nosotras. Miro mi reloj de muñeca y luego echo un vistazo por encima del hombro—. Tengo que irme. ¿A qué hora nos vemos mañana?

—¿Te parece a eso de las doce?

—Me viene perfecto. Estoy en el paro, ¿recuerdas? —comento con una sonrisa antes de guiñarle un ojo.

Noelia me devuelve el gesto con otra sonrisa y, cuando el silencio se acomoda entre nosotras, busco mi chaqueta y salgo de *Dulce Armonía*, con mi desastre de tarta Sacher en un recipiente y el billete de una atracción peligrosa, que no sé a dónde me va a llevar.



10

Cudillero, Asturias.
6 de abril, 2025. Domingo.

Noelia

—Por favor, te lo pido. No me dejes en evidencia.

Churro me observa con sus ojos bien abiertos, lo que en su diminuto y arrugado rostro de carlino solo puede significar dos cosas: o está reflexionando profundamente sobre lo que acabo de decir, o está decidido a llevarme la contraria.

Apuesto por la segunda.

Ladea la cabeza con un aire de superioridad que no debería tener un perro de apenas treinta centímetros, como si estuviera midiendo el nivel de caos que puede desatar en cuanto Tamara cruce la puerta de casa. Desde el momento en que me he despertado y he hecho café de más, Churro se ha dado cuenta de que hoy no vamos a seguir nuestra tradición de pasar la mañana del domingo recorriendo el paseo marítimo y la Playa del Silencio.

Y eso no le ha gustado nada.

Le sostengo la mirada, intentando que entienda la importancia de lo que va a pasar hoy.

—Mira, lo único que tienes que hacer es portarte bien, y te prometo que tendrás un montón de esas chuches que tanto te gustan. No querrás que Elvira se salga con la suya y empiece a traer a un montón de amantes a casa, ¿verdad?

Churro gruñe, y juraría que acaba de enseñarme los dientes.

No sé cómo algo tan pequeño puede tener tan mal carácter. Después, parpadea con lentitud, suelta un bufido y se da la vuelta con total indiferencia, como si yo no fuera más que un subordinado molesto en su imperio del caos.

«Genial. Estoy perdida».

El timbre suena justo en ese instante.

Lo veo detenerse en mitad del pasillo. Su pequeño cuerpo se tensa y se pone rígido, como si acabara de activar un protocolo de seguridad perruno. Le lanzo una última mirada de advertencia antes de ir hacia la puerta. Cuando la abro, Tamara me sonríe con su picardía habitual y me muestra una bolsa.

—He traído sidra para celebrar nuestro noviazgo —anuncia, y no sé si reír o llorar.

—¿Crees que esto te va a dar puntos extra conmigo?

—En el amor y en la guerra todo vale, ¿no?

Resoplo y me hago a un lado para dejarla pasar. Todo parece ir bien hasta que se adentra en el pasillo y Churro la ve.

Primero, se hace un silencio tenso y cortante. Luego, ambos se observan. Él, con la intensidad de un guardián ancestral protegiendo su templo sagrado. Ella, con la confusión de alguien que no esperaba ser evaluada por una criatura tan diminuta.

—Hola, bonito…

Y, como era de esperar… le gruñe.

Tampoco es un gruñido aterrador. Más bien suena como un motor cansado en miniatura, un sonido entrecortado que deja clara su postura: enemiga detectada.

Tamara levanta una ceja y me mira.

—Creo que no le he caído bien. Tu perro me odia.

—Dale tiempo. Le he quitado su paseo del domingo, y eso no lo perdona.

—Pues espero no tener que mantener la farsa hasta que me perdone —bromea, y, por alguna razón, ahora soy yo quien se tensa.

Quizá sí sea una locura. Nada más despertar, tendría que haberla llamado para decirle que no seguíamos adelante con la propuesta.

«Aunque ella no parece disgustada».

—Bueno, dame la chaqueta y vamos al salón.

Tamara me la entrega sin dejar de observar a Churro, pero él no está dispuesto a dejar las cosas así. Antes de que avance, da un paso al frente y vuelve a gruñir, esta vez con más intensidad. Si no creía saber cómo se ve el pánico reflejado en el rostro de alguien, acaba de aparecer en el suyo… aunque solo dura un segundo, porque enseguida suelta una carcajada y se agacha un poco para quedar a la altura del perro.

Esto parece una pelea de lucha libre.

—Venga, no me mires así. No voy a morder a tu dueña —le dice, y luego me dedica un guiño.

Carraspeo.

Pero justo en ese momento, mi perro decide que sus gruñidos no son suficientes para expresar su desprecio. Se acerca a ella y, sin más, le mea la bota.

—¡Churro! —exclamo, horrorizada.

Él, con la dignidad intacta, aparta la mirada, me ignora por completo y se aleja con total tranquilidad.

—¿Acaba de mearme encima? —se escandaliza Tamara.

—Creo que solo ha marcado su territorio.

—Pues qué bien —murmura con fastidio.

—Anda, quítate las botas para que las limpie. Te presto unas zapatillas mientras tanto.

. . .

Cinco minutos después, Tamara Orellana empieza su primer día como mi «novia» humillada por un carlino y usando unas pantuflas rosas con forma de conejito en mi salón. Churro nos observa desde su rincón con evidente satisfacción, y podría jurar que hasta se ríe de su aspecto.

Ha ganado el primer asalto de esta guerra imaginaria que me da miedo pensar cuánto podría durar.

—Te lo acabarás ganando, ya lo verás —comento, levantando mi vaso de sidra—. Por el inicio de una relación que será maravillosa —añado, refiriéndome tanto a ella como al perro.

—Ríete todo lo que quieras, que cuando monte el espectáculo en mitad del pueblo y todo el mundo descubra nuestra mentira, ya no te parecerá tan divertido.

—Venga, échale un poco de humor. La vida no sería nada sin estos momentos —respondo antes de dar un sorbo—. Además, nadie se enterará de esta farsa porque somos dos adultas responsables y sabemos perfectamente lo que estamos haciendo.

—Claro… —dice con escepticismo y carraspea—. He estado dándole vueltas toda la noche y creo que necesitamos aliados.

—¿Aliados?

Dejo el vaso en la mesa de centro y me acomodo en el sofá.

—Sí, gente que esté al tanto, como nuestros amigos, para que nos cubran si a nuestros padres les da por hacer demasiadas preguntas en el pueblo.

—Mis padres nunca harían eso —le aseguro, aunque ni yo misma lo creo del todo.

Además, Oviedo mismo no es ni un perímetro de seguridad. Poca distancia y mucho de lo que cotillear.

—Pues mi madre sí. En cuanto le diga que he hecho migas contigo, va a querer saberlo absolutamente todo. De hecho, la verás aparecer por *Dulce Armonía*, aunque tenga la agenda hasta arriba, solo para comprobar si esto no es otra de mis meteduras de pata.

—Qué presión… —murmuro—. ¿Cómo has podido vivir así?

—No he podido, por eso me marché de Cudillero en cuanto tuve la oportunidad. —Bebe un poco de sidra y añade con ironía—: Y aquí estoy, siendo la fracasada que siempre esperó que fuera.

—No seas tan dura contigo. A veces la vida nos golpea con dureza, pero eso no significa que no lo hayas dado todo.

—Pues a ti no parece irte tan mal —comenta, desviando la atención hacia Churro, que por fin parece haberse dormido—. Tienes *Dulce Armonía*, sé de buena tinta que el negocio va viento en popa y, además, tienes las clases… debo admitirlo, te lo curras mucho.

Su sonrisa se me contagia, aunque la incomodidad empieza a crecer dentro de mí. Porque yo también he tenido que luchar contra muchas cosas para encontrar mi camino.

—Nunca pensé que Tamara Orellana, el caos en persona, fuera a darme las gracias por algo así.

—Te sorprendería la cantidad de cosas maravillosas que guardo dentro de este bonito corazón —exagera, llevándose una mano al pecho. Las dos rompemos a reír, pero su semblante se vuelve más serio poco después—. Ya que tenemos claro que vamos a contárselo a nuestros amigos cercanos, ahora hay que hablar de las reglas —dice, frunciendo el ceño, como si estuviera a punto de tomar la decisión más importante de su vida—. Nada de gestos cariñosos fuera de lo estrictamente necesario.

—Aunque tendremos que dejarnos ver por Cudillero. Hacer cosas que nos gusten a las dos… como acompañarme cuando vaya al mercado, por ejemplo.

—Cuando esto termine, vas a tener que pagarme una indemnización por el esfuerzo —bromea. Al notar que frunzo el ceño, asiente—. Pero acepto.

—¿A ti qué te gusta hacer?

—Sobre todo, pensar que cada día aquí es un día menos para volverme a ir.

—Lo digo en serio.

—Y yo también —responde.

En sus ojos oscuros solo encuentro sinceridad.

—Pero si hablamos de cosas en plan pasatiempo… me gusta lo simple: las novelas de misterio, un buen cachopo, una caminata sin rumbo, insistir en pedir solo una cerveza y acabar con tres… —Se da unos golpecitos en los labios con el índice—. Soy sencilla y nada romántica, me conformo con eso.

—Eso lo hará más fácil… —murmuro, observándola mientras enreda un mechón de su pelo rizado entre los dedos.

—Mucho más que ganarme el respeto de Churro.

Las dos reímos, y su sonido se me contagia, recorriéndome como una bocanada de aire fresco.

—Entonces, habrá que pensar en nuestra primera cita —propongo.

—Pero antes, hay que contárselo a nuestros amigos —me recuerda, apurando el último trago de sidra—. Después, estaré encantada de tener una cita con mi increíble pero malhumorada novia de mentira.

Me guiña un ojo.

Mi móvil vibra sobre la mesa, y veo que es un mensaje de Daniela.



11

Cudillero, Asturias.
Esa misma tarde.

Tamara

Creo que a Hugo le acaba de dar un derrame. Se ha quedado tan blanco y quieto que muevo una mano delante de su cara. Nada, no se mueve ni un poco. Así que, le sujeto los hombros y lo zarandeo hasta que por fin reacciona, abre los ojos como platos y estalla en carcajadas dejándose caer en el sofá. Se abraza a sí mismo y patalea un rato, antes de que me ponga seria y él carraspee, incorporándose con más compostura.

—Lo que acabo de oír es una puta broma, ¿verdad?

—¿Tú me ves cara de estar de coña? —le increpo y levanto un dedo para que pueda añadir algo más—. Si te lo he contado es porque quiero tu ayuda. Necesitamos que esta historia sea creíble para el resto del pueblo y, sobre todo, que mi madre no se ponga a hacer conjeturas.

—Pero… ¿tú te estás escuchando? Que quieres fingir una relación —ironiza—. Y luego no soportas que tu madre te diga las verdades. Esto es lo más absurdo que he oído en la vida. —Niega con la cabeza, totalmente incrédulo—. Además, deberías saber que

estas historias siempre acaban en desastre, ¿no? O enamorándote de tu novia falsa.

—¿Yo? ¿Enamorarme de Noelia Guerra? —Me echo a reír—. Qué gracioso eres a veces… ay. Eso no pasaría ni en un millón de años —añado, limpiándome las lágrimas.

—¿Por qué?

La pregunta me pilla desprevenida.

—Pues porque es demasiado… —Busco una palabra que la defina—. Recta y seria. La profesora infernal. Deberías verla en clase.

—Será porque le gusta su trabajo y quiere que sus alumnas, que han pagado un dinero, salgan de ahí sabiendo algo más que juntar dos ingredientes.

—¿Y ahora por qué te molesta lo que digo? —protesto, poniendo un puchero.

—Porque, sinceramente, creo que podrías estar haciendo cosas más útiles que ser la novia falsa de alguien.

—¿También vas a decirme que me busque un trabajo? Porque si te molesto, empiezo a mirar otro sitio donde dormir.

Pone los ojos en blanco. Ahora entiendo por qué siempre dicen que exagero con todo.

—No te estoy echando, pero pensé que necesitabas un tiempo para relajarte y pensar qué quieres hacer, ya sea aquí o donde sea.

—No pienso quedarme en este pueblo —aclaro—. Mañana mismo empiezo a enviar correos a algunas empresas de Zaragoza o por ahí cerca.

—¿Vas a volver allí? ¿Después de lo que te hicieron? —pregunta, sorprendido.

—Hay más opciones aparte de la empresa donde trabajé. Además, también tengo a Marina. A quien, por cierto, aún no he llamado.

Hugo se levanta y, negando con la cabeza, se va hacia la cocina. Sé que soy un caso perdido, pero no pienso quedarme aquí para convertirme en el fracaso del que mi madre tanto habla. Ya tengo bastante con sus comparaciones con Cristina cada vez que abre la boca.

—Venga, no te cabrees —le pido, mientras lo veo echarse su pelo oscuro hacia atrás.

Como me ignora y sigue fregando las tazas de café, voy con él, lo abrazo por detrás y apoyo mi cara en su espalda, rodeándole la cintura con los brazos.

—Me duele que siempre quieras huir. Aquí hay gente que te quiere muchísimo. Y, sinceramente, creo que si hablaras con tu madre y le dejaras claro el daño que te hace, las cosas entre las dos serían muy diferentes. Al menos, tú tienes la oportunidad de hacerlo.

El corazón se me estruja al recordar que el año pasado, cuando perdió a su madre tras una dura batalla contra el cáncer, solo le llamé por teléfono y fui tan cobarde como para no presentarme aquí.

«Mierda».

La verdad, no sé cómo todavía es mi amigo.

—¿Y de qué se supone que voy a trabajar aquí? ¿De pescadora? ¿De ayudante de la profesora infernal? —bromeo, aunque él sigue rígido como una columna.

Le obligo a girarse y sujeto sus manos entre las mías, con ese cariño que siempre nos ha caracterizado. Hugo fue mi gran cómplice en las travesuras del colegio. El primer amigo que hice y quien nunca me ha abandonado a pesar de todo.

En sus ojos veo el dolor que todavía lo atraviesa cada vez que piensa en su madre y en cosas tan simples como la charla que nunca tuvo con ella para decirle que era bisexual y que se había enamorado de un tal Rubén, que también le rompió el corazón.

—Perdona, no quería ser tan idiota. A lo mejor tienes razón y ayudar a Noelia no tiene ningún sentido. —Me encojo de hombros—. Solo pensé que sería divertido seguirle el juego durante unas semanas, salirme un poco del personaje que se supone que debería ser.

—Tamara, tú eres maravillosa. Que Tania te dejara de esa forma solo demuestra que ella es una persona horrible. Y la mayoría de españoles tiene un fracaso laboral o termina por trabajar en algo distinto a lo que creía en principio; lo importante es que te levantes, que demuestres tu fortaleza y le enseñes al mundo por qué eres buena en lo que haces.

—Pero es que tú tienes un talento natural para ganarte a la gente y yo no. ¡Mira lo que has conseguido como fotógrafo de los eventos de las familias de Cudillero!

—También me lo he tenido que currar, mucho —responde con una media sonrisa—. Y sabes que colaboro con un par de empresas en Oviedo. Podría averiguar si necesitan a alguien.

Niego con la cabeza, y él me da un beso en la frente. A veces me pregunto cómo puede tener tanta paciencia conmigo.

—Quiero intentarlo por mí misma. Además, se me da bastante bien el tema de la publicidad.

—Más bien la creatividad que le pones al producir y editar esos vídeos. Podrías trabajar en cualquier empresa, incluso por tu cuenta —propone, y la ilusión brilla en sus ojos azules.

Pero yo no lo tengo tan claro.

—La última vez que lo intenté fue un fracaso total. No, gracias.

—Pues busca en Oviedo o en algún sitio cercano. Algo que te aleje de lo que intentas dejar atrás.

—Lo que quiero es dejar definitivamente el pasado en este pueblo —puntualizo. Y, otra vez, pone esa expresión que me irrita.

Me aparto y levanto las manos—. No quiero discutir contigo, Hugo. Creo que nunca entenderías lo que siento cuando estoy aquí.

—Claro que lo entiendo. Aquí te sentías ahogada por las expectativas, por la manía de tu madre de compararte con Cristina, que parece hacerlo todo bien —dice con una sonrisa comprensiva—. Estabas harta de no respirar más aire que el del puerto y de que las ancianas y los vecinos de este pueblo convirtieran en pólvora cualquier pequeña novedad. Pero estar aquí, tenerte aquí, también tiene su encanto.

El corazón se me encoge, porque, en cierto modo, añoro la vida que tenía. Con mis amigos y también con mi madre, a pesar de los dolores de cabeza que me da. Podría haber hecho las cosas de otra manera, pero cuando el miedo y la presión empezaron a ahogarme, decidí huir. Desde entonces, mi vida profesional y sentimental ha sido un constante vaivén de subidas y bajadas, de contratos firmados sin convicción y de esconder parte de lo que soy para cumplir las expectativas de otros: mis jefes, la sociedad, la novia que siempre me miró por encima del hombro.

He regresado a Cudillero con mi habitual sonrisa, con la actitud despreocupada de quien siempre encuentra la manera de salir airosa de cualquier conversación. Pero la verdad es que estoy perdida, muy lejos de la Tamara que solía plasmar su creatividad en libretas y listas interminables de cosas por hacer, y que nunca llegaba a completar.

Y veo que Hugo lo sabe. Lo noto en su mirada y en la forma en que me sonríe.

Me entiende más de lo que yo llegaré a comprenderme a mí misma en años.

—Entonces… ¿vas a ayudarme o no? —le pregunto, ansiosa por desviar el tema.

Echa la cabeza hacia atrás y me da otro beso en la frente.

—Pero a cambio, te vienes conmigo uno de estos días al trabajo. Así te despejas, sin presiones.

Entrecierro los ojos, dudando si esto es una trampa o no. Pero, al segundo, lo abrazo y me pongo de puntillas para darle un beso también.

Después me aparto, le extiendo la mano y sonrío mientras me aparto los rizos de la cara.

—Trato hecho.



12

Cudillero, Asturias.
8 de abril, 2025. Martes.

Noelia

Los martes en *Dulce Armonía* suelen ser más tranquilos de lo habitual. A media mañana, la mayoría de los clientes están ocupados con las compras en el mercado, lo que significa que, al menos una vez por semana, no tengo que correr de un lado a otro de la pastelería como un pollo sin cabeza ni escuchar los constantes suspiros de Alba cada vez que le meto prisa.

Las dos hemos hablado más de una vez sobre contratar a alguien que nos eche una mano de verdad y no tener que contar con ayudas esporádicas, pero, por ahora, pienso que nos bastamos y nos sobramos.

Hace diez minutos que la he dejado a cargo de la cafetería y he decidido unirme al rebaño del pueblo para ir al mercado a comprar frutos secos, fruta y algún que otro capricho para probar nuevas recetas que enseñaré a mis alumnas en las próximas clases.

El aroma a bollería recién horneada sigue mis pasos, como si *Dulce Armonía* estuviera presente en cada rincón de Cudillero. Aunque, lo que me hace sonreír no es precisamente eso, porque al

doblar la esquina de la calle adoquinada, me encuentro con Tamara, que lleva las manos en los bolsillos y el ceño fruncido mientras observa el escaparate de una tienda con la intensidad de alguien que intenta resolver un enigma cósmico.

«Un momento perfecto para empezar con nuestra misión», me digo.

Me acerco sin hacer ruido y me cruzo de brazos.

—Como sigas así, vas a descubrir hasta lo que hay debajo de las baldosas.

Tamara da un brinco y me fulmina con la mirada en cuanto se gira.

—¿Te quieres quedar viuda antes de tiempo o qué? —dice, y la broma me pilla totalmente de sorpresa—. Estaba fijándome en que hay cosas que parecen llevar en la tienda desde antes de que me marchara.

—No todo ha cambiado por aquí —comento con una media sonrisa.

—Ya, y yo permanezco en eternas vacaciones, atrapada en esa misma vida. Hasta me ha parecido verme a mí misma, con unos años menos, en ese reflejo.

Un velo de melancolía empaña su mirada, y siento el impulso de ofrecerle consuelo.

—¿Por qué no te vienes conmigo al mercado? Necesito a alguien que me ayude a escoger algunos ingredientes para las próximas clases.

Tamara levanta una ceja.

—¿Es una invitación o una orden? —bromea otra vez.

Me acerco un poco más y acerco mis labios a su oído.

—Considera que estoy cumpliendo el papel de novia ejemplar que pasea contigo por el pueblo.

—Claro, había olvidado que eras la novia del año —añade con ironía.

Sin embargo, su expresión se ilumina y esboza una sonrisa. El tono tierra de su labial hace juego con su piel. Se despide del escaparate con un último vistazo, se ajusta el bolso al hombro y vuelve a meter las manos en los bolsillos.

Hoy lleva el pelo suelto y los rizos le llegan casi a los hombros. A pesar de su aparente descontento con su regreso a Cudillero, empieza a tararear una canción que no reconozco, pero que añade al ambiente un toque único, digno de Tamara Orellana.

—¿Vas a dejarme a mí elegir las manzanas? Para una tarta con la que pienses en mí o algo así —propone con ese tono pícaro y bromista al que, presiento, me voy a acostumbrar muy fácilmente.

—No lo sé, depende del buen gusto que tengas —respondo, siguiéndole el juego.

. . .

Nada más entrar, percibo la mezcla de aromas que desprenden los diferentes puestos. El olor a pescado fresco sobresale entre los demás, entrelazándose con las voces de los vendedores y el murmullo de los clientes. El aire tiene la calidez propia de las mañanas de primavera, y por alguna razón, siento que el ambiente está más ligero que de costumbre.

Tamara camina entre los puestos como si nunca hubiera estado en un mercado en su vida. Dios, no sé si reír o llorar.

—¿De verdad disfrutas haciendo esto todas las semanas, o solo intentas mantener esa fachada de repostera tradicional? —comenta sin apartar la vista de los productos expuestos.

—Si no eres capaz de notar la diferencia entre una buena pieza de fruta y una que ha madurado en una nevera industrial, tendremos un problema.

Levanta las manos en señal de rendición.

—Vale, vale… venga, ilumíname.

Tomo una de las manzanas más brillantes del puesto de Carmina, la frutera que lleva más de veinte años en el mercado. La mujer me dedica una sonrisa mientras yo me vuelvo hacia Tamara.

—Prueba.

Al principio duda, como si sospechara que tengo malas intenciones, al estilo de la bruja malvada de *Blancanieves*. Luego la sujeta y la observa con recelo antes de darle un buen mordisco. Y por último, mastica con exagerada lentitud, entrecerrando los ojos como si analizara cada matiz del sabor.

—¿Y bien? —pregunto, impaciente.

Traga y suspira.

—Odio admitirlo, pero esto me sabe… a infancia.

—¿Y a qué sabe tu infancia?

—Desde luego, no a algo que viene en una bandeja de plástico.

Hago una mueca. Me gustaría saber más sobre la persona que se esconde tras esa fachada de sarcasmo y bromas, esa que parece incapaz de combinar dos ingredientes sin que todo acabe en desastre.

—Son las que uso para hacer los bizcochos que vendemos los fines de semana —comento mientras recojo algunas más—. También preparo una compota casera que te hace temblar las piernas.

—Como un buen orgasmo, vaya —suelta sin más.

La sorpresa me hace tirar un par de manzanas, que ruedan hasta los pies de una señora que nos mira con el ceño fruncido.

Cuando me giro, Tamara está riendo a carcajadas.

—No tiene gracia.

—Claro que sí. Es muy difícil hacerte sonreír, Noelia Guerra —añade con un guiño provocador.

Y otra vez, me obliga a poner los ojos en blanco.

Después de comprar algo más de fruta, recorremos otros puestos. Algunas vecinas y clientas de *Dulce Armonía* nos saludan y nos observan con disimulo, como si vernos juntas fuera tan emocionante como la final del concurso de repostería amateur que se celebra en las fiestas gastronómicas.

Sonrío, satisfecha por haber logrado el efecto deseado, y me detengo frente al puesto de Paco, el hombre que vende los mejores frutos secos que he probado en toda mi carrera como repostera. Compro una bolsa de nueces, otra de avellanas crudas y un par de almendras tostadas.

—¿Para qué las vas a usar? —pregunta Tamara.

Espero alguna broma de doble sentido, pero en su mirada hay genuino interés.

—Para los rellenos. Las nueces combinan muy bien con el chocolate, las almendras con la crema de naranja… y la avellana la usamos en los carbayones, aunque la mitad del pueblo esté en contra de semejante sacrilegio —bromeo.

—Si la otra mitad está a favor, eso que te llevas. —Tamara echa la cabeza hacia atrás y se lleva las manos al estómago—. Ahora quiero probarlos. No deberías tentarme de esta manera… Te advierto que soy insaciable.

Muestra una sonrisa maliciosa y me sostiene la mirada, provocando mi carraspeo.

—Acompáñame a dejar todo esto y te prometo que te llevas dos.

—Tú sí que sabes complacer a una chica —responde, guiñándome un ojo.

Me rodea el brazo y se pega a mí con descaro, provocando que el suelo bajo mis pies se tambalee.

—Espera, se me ha olvidado algo —digo.

«Joder. Necesito un respiro».

Tamara levanta las manos en un gesto teatral y se gira, metiéndolas en los bolsillos de su chaqueta.

Me quedo un segundo mirando cómo los rizos le acarician el cuello antes de devolver la atención a Paco.

—Una bolsita de anís estrellado. Si no vuelvo con él, Alba me mata.

—Aquí tienes, cariño.

Paco me sonríe con sus ojillos pequeños y me da una palmadita en la mano con sus dedos gruesos y arrugados.

—¿Qué es lo último que has comprado? —pregunta Tamara cuando reanudamos la marcha.

—Anís estrellado. ¿No lo conocías? —Estoy a punto de gritar cuando la veo negar con la cabeza—. Madre mía, ¿estás segura de que eres de Cudillero?

—Preferiría no haberlo sido, la verdad —comenta, y otra vez su expresión se ensombrece con esa mezcla de inseguridad y nostalgia que he notado varias veces.

—Anda, toma… chúpalo. —Rompo un trocito y se lo dejo en la palma de la mano. Me mira con incredulidad—. Que no es veneno, joder —murmuro, rodando los ojos.

—Ya…, es que no suelo hacer estas cosas en público.

—Madre mía, para de una vez y pruébalo —insisto, alzando un poco la voz.

La veo a punto de echarse a reír y la maldigo internamente. Sin embargo, termina haciéndome caso y, un momento después, la cara que pone no tiene precio.

—¡Hostia! Qué fuerte sabe.

—Bienvenida al mundo de los sabores de verdad.

—¡Pero mirad a quiénes tenemos aquí!

La voz me pone los pelos de punta y me quedo petrificada. Tamara casi se atraganta y las dos nos giramos al mismo tiempo para encontrarnos con doña Puri, que, a pesar de sus pasitos cortos, se acerca a nosotras con la velocidad de un rayo.

Es de esas personas que siempre se quejan de que les duele todo, pero que se convierten en un Fórmula 1 cuando en el supermercado abren una caja nueva.

—Te has tomado al pie de la letra lo que te dije el otro día, ¿eh?

Tamara me mira como si no entendiera nada.

—A algunas alumnas les hace falta conocer un poco el género antes de entrar en materia —improviso con una sonrisa forzada.

—Eso está muy bien. —Doña Puri asiente, encantada, y pellizca la mejilla de Tamara con afecto—. Hazle caso a esta chica tan buena, y ya verás cómo aprenderás qué significa vivir en este bonito pueblo.

—¡PURIIIII, QUE YA TE TOCA! —grazna una de sus amigas desde el fondo del mercado.

Medio mundo se queda en silencio.

Doña Puri abre la boca, escandalizada, y suelta un gritito. Ni siquiera se despide. Simplemente alza la mano y se lanza a toda velocidad hacia el puesto de los Hermanos Urbi antes de que cualquier otro cliente se le cuele.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunta Tamara, aún desconcertada.

El color ha vuelto a su rostro.

—Anda, vamos a la pastelería, y te lo cuento por el camino.



13

Tamara

—¿Pero has visto cómo ha corrido hacia el puesto? Para que luego diga que el lumbago la está matando. Nunca había visto tanta osadía en una mujer tan pequeña —comenta Noelia, rememorando la escena.

El estómago me duele de tanto reír y un par de lágrimas resbalan por mis mejillas. Había olvidado cuándo fue la última vez que viví un instante tan espontáneo y sencillo, envuelto en la música de la risa y en ese cosquilleo en el pecho que nos recuerda las cosas buenas de la vida. Esas en las que no nos fijamos mucho, pero que, en momentos como este, se graban en la memoria como cicatrices imborrables.

Noelia niega con la cabeza y cruza la calle en dirección a *Dulce Armonía*. Vamos cargadas con bolsas llenas de fruta fresca y los ingredientes que hemos comprado en el mercado. El tiempo ha pasado rápido y, a la vez, ha ido lo suficientemente lento como para darme unos minutos de tregua. Por primera vez en semanas, mi cabeza ha dejado de dar vueltas a la ansiedad y los pensamientos negativos que se han instalado en mí desde que me quedé sin trabajo.

Noelia ha conseguido que me olvide por completo de la pesadilla que me despertó a las seis de la mañana y de la decepción

que sentí al ver rechazadas, una tras otra, tres propuestas de trabajo en Zaragoza.

«Puede que ya no quieran verme por allí», me dije en el silencio del salón.

Después, Hugo desayunó conmigo y se marchó temprano a una reunión con un cliente, y yo acabé dando vueltas sin rumbo por las calles de Cudillero, intentando evitar esos lugares que en el pasado me dieron tantas cosas buenas. Porque no quiero caer en el encanto de este sitio ni replantearme si, después de todo, irme fue un error.

Coloco la mano en la puerta al mismo tiempo que Noelia. Sus dedos, fríos en contraste con los míos, rozan mi piel y nos quedamos en silencio por un instante, mirándonos fijamente.

Y, de pronto, rompemos a reír.

—No quiero imaginar cómo se habría puesto si llegamos a hacer algo más…

—¿Íntimo? —completo la frase con una sonrisa cómplice.

—Seríamos la comidilla del pueblo en cuestión de segundos, lo que no nos vendría mal, la verdad… —Niego con la cabeza—. Aunque mejor vamos despacio, no quiero que vayas a sufrir las consecuencias.

—¿Las consecuencias?

Noelia deja las bolsas sobre la barra de la cafetería, y yo me quedo embobada con la vitrina de tartas expuestas. Mis ojos se abren como platos y solo reacciono cuando ella apoya los brazos sobre el mostrador y se inclina hacia mí.

—¿Algo que llame tu atención?

—Es que no he desayunado… —dramatizo, dejándome caer sobre un taburete como si el hambre me estuviera matando—. Pero a lo que me refería es que doña Puri querrá saber más y no tendrá reparos en venir aquí con las reinas del cotilleo…

Abre la boca y sus ojos se agrandan al imaginarlo.

—Vas a tener que prepararte.

—Ya pensaré en su momento cómo echarlas de aquí, diré que superamos el aforo o algo así. —Se encoge de hombros y se agacha a buscar un plato. Luego camina hasta otra de las vitrinas, sirve cuatro carbayones y me los pone delante—. ¿Te apetece un café?

Miro el reloj, disimuladamente.

—Tengo una cita importante en media hora con la cocina en casa de mi madre, pero creo que no pasará nada si me retraso un poco.

—Voy a dejar esto en la parte de atrás.

La sigo con la mirada hasta que desaparece por la puerta. En cuanto lo hace, tomo uno de los carbayones y le doy el primer bocado.

Al principio, me cuesta reconocer los sabores típicos de la receta, pero en cuanto mastico el hojaldre, me transporto a esos recuerdos de infancia de los que he hablado antes, a los carbayones que mi madre compraba cuando era niña. Y entonces llega la explosión.

Un gemido se escapa de mis labios al notar la combinación perfecta de sabores, entre los que identifico un toque de mantequilla y algo más que se me hace familiar. Me termino el primero en un solo bocado, y el azúcar se me queda pegado a los dedos. Tirar, aunque sea una sola miga sería un pecado, así que me los llevo a la boca y los limpio despacio, todavía con el recuerdo del sabor en los labios.

Noelia aparece en ese momento y me observa con una ceja arqueada y expresión divertida.

—Esto está que te mueres de bueno —balbuceo, aún con comida en la boca.

—Me alegra que te gusten. Al menos puedo sumar otra persona más a los que opinan que es un acierto.

—¿Un acierto? —Elevo la voz sin querer y sacudo la cabeza—. Esto es mejor que… joder, mejor que comerte una fresa de los labios de alguien.

Se hace un breve silencio.

Y, después, estalla en carcajadas.

Noelia se echa a reír y cierra los ojos, como si estuviera conteniendo con esfuerzo las lágrimas. No sé muy bien qué le hace tanta gracia, pero tampoco quiero perder el tiempo preguntando, porque mi nuevo interés prioritario es el siguiente carbayón, que intento saborear con más calma.

—Lo dicho, están buenísimos. Espero que, como la mejor novia falsa del mundo, me invites a unos cuantos cada vez que venga a verte.

Se cruza de brazos y abre la boca, incrédula.

—¿Me estás haciendo chantaje emocional? —inquiere, acercándose a la barra. Apoya las manos sobre la superficie y se inclina hacia adelante, quedándose a escasos centímetros de mi nariz. Puedo ver mi reflejo en sus ojos verdes y, de inmediato, mi garganta se seca—. Te recuerdo que sigues siendo mi alumna, así que… ¿por qué, en vez de invadir *Dulce Armonía* a cambio de que te ponga más bonito ese culo, no aprendes a hacerlos tú?

—¡¿Qué?! Ay, no, no, no. ¿Es que no te acuerdas de cómo acabó la Sacher? Si conseguí quemar la parte del bizcocho que es imposible de quemar, imagina lo que pasará con esto. No quiero que el periódico de Cudillero publique que una de sus habitantes ha arruinado una receta tradicional.

—Bueno, en realidad, los que tendrían que sentirse ofendidos son los de Oviedo —aclara, encogiéndose de hombros—. Solo digo que sería divertido verte intentarlo.

—Y torturarme de paso —protesto.

—¿No es eso lo que hacen también las novias falsas? —bromea con un guiño.

La puerta de *Dulce Armonía* se abre y el sonido de la campanilla acaricia las paredes.

Debería apartarme y fingir que nada ha pasado, pero el gesto de Noelia, limpiando un poco de azúcar de la comisura de mis labios, me deja completamente inmóvil. Para colmo, me dedica otro guiño y hace un leve movimiento con la cabeza, indicándome que me termine los carbayones que me quedan.

El latido de mi corazón resuena en mis oídos, y una extraña sensación en el estómago se intensifica cuando doy otro bocado.

Me abstraigo de la conversación mientras Noelia atiende a uno de los vecinos del barrio —Andrés, creo que se llama—, porque lo único que noto es el pequeño cosquilleo que ha quedado cerca de mis labios.

Miro el reloj de muñeca y suelto un gritito que llama la atención tanto de Noelia como del hombre.

—Tengo que irme, o mi madre se pondrá hecha un basilisco —anuncio, y, justo cuando estoy a punto de salir, me doy cuenta de que aún me queda un carbayón.

Reculo, lo agarro y añado:

—Acepto la apuesta, pero tú cargarás con las consecuencias si lo hago mal.

Noelia me sonríe sin decir nada mientras cruzo la puerta.

El aroma de *Dulce Armonía* se queda impregnado en mi ropa, en mi piel. Antes de echar a andar hacia casa de mi madre, me llevo el último pedazo a la boca y coloco una mano sobre mi pecho.

No sabía que algo tan dulce pudiera acelerar tanto el corazón.



14

Noelia

—¿Se puede saber qué te ha pasado?

Tengo calambres en las piernas de haber estado casi todo el día de pie. Aunque la mañana ha sido tranquila, esta tarde hemos estado hasta arriba de pedidos, clientes en la zona de la cafetería y compradores que se han llevado hasta el último cruasán y pastelillo.

El obrador ha permanecido en silencio unos minutos, hasta que Alba me observa con la intensidad de quien está a punto de descubrir un secreto muy jugoso.

—¿Qué me ha pasado con qué, exactamente? —pregunto mientras limpio una de las mesas de acero con un trapo limpio.

Mañana abrimos un poco más tarde, pero no quiero dejarme nada pendiente.

—Pues… esas risas que te traías con Tamara…

Me giro y veo a Alba poniéndose de puntillas, intentando meter uno de los recipientes de azúcar en el armario. Corro hacia ella y se lo quito de las manos antes de que vuelva a poner perdido el suelo.

Por no hablar del desperdicio que eso supondría.

—Nunca te había visto reír así —comenta, con retintín—. Al menos, no en los últimos meses.

—¿Ahora resulta que es malo? Contigo no hay quien se aclare. —Cierro el armario y reviso la carpeta donde anotamos la cantidad de ingredientes que nos quedan, para saber qué tengo que pedir a final de semana—. Lo único que he hecho es darle un poco de juego al asunto. Si no parecemos creíbles, nadie se tragará que estamos saliendo.

—Es que no estáis saliendo. Y sigo sin entender cómo se te ha pasado por la cabeza hacer esta tontería.

—Se nota que no conoces a mi familia… —murmuro sin mirarla.

Me centro en guardar el resto de los ingredientes en el frigorífico y en terminar el papeleo del día, pero, al girarme, la veo cruzada de brazos, con esa expresión tan suya de enfado.

Cuando se pone así, parece que tenga veinte años más.

—¿Qué?

—¿Te lo tengo que explicar? —Pone los ojos en blanco—. No sé si te has dado cuenta, pero estas cosas siempre acaban mal. ¿No has leído que las relaciones falsas terminan convirtiéndose en algo real?

—¿Pero qué dices? Si ella y yo somos… —Las palabras se me atascan en la garganta—. No tenemos nada que ver la una con la otra.

Alba bufa, como si no me creyera del todo.

—Por no hablar de lo que pasará si tu familia o su madre descubren antes de tiempo que todo es una farsa. No tengo ganas de verte hacer el ridículo ni de aguantar tus lamentos después.

—Ya vale —la reprendo, elevando el tono más de lo que me gustaría.

Se queda en silencio, asiente con la mandíbula tensa y baja los brazos antes de girarse y dirigirse a la cafetería.

—Joder… —murmuro y la sigo afuera—. Perdona, no quería hablarte así. Sé que te preocupas por mí, a pesar de que… tú deberías ser la hermana pequeña. Sé que he cometido muchas locuras, como verme con una mujer que tiene novia, pero prometo que esto no se me irá de las manos.

—Espera, espera… ¿qué? —exclama, y yo me encojo de hombros.

—No he podido resistirme.

—¿Pero tú te estás oyendo? No solo mantienes una mentira, sino que además te estás viendo con alguien que… —Se lleva las manos a la cabeza—. A veces te juro que me dan ganas de encerrarte. No me puedo creer que yo tenga veintitrés años y que tú seas la cuarentona.

—Oye, que acabo de cumplir treinta y siete —replico, como si eso tuviera la más mínima importancia—. Lo que quiero decir es que sé bien lo que hago. Y también lo que quiero.

—Que no es centrarte, eso ya lo tengo claro.

No me puedo creer que me esté echando semejante sermón. Ni tampoco que me haya quedado sin argumentos para rebatirla. Suelto el aire e intento serenarme. No le falta razón. Pero también sabe que, después de lo que me pasó, no tengo fuerzas para volver a exponerme y que me hagan daño.

«Pero sí para ser el objeto con el que se lo hacen a otra persona. Muy bien, Noelia. Muy bien», me reprocho.

Si mis padres se enteraran de esto, montarían la marimorena y, como mínimo, dejarían de hablarme un mes.

Me anoto mentalmente tener una charla con Daniela y cortar esto de raíz.

—Mira, yo no quiero hacer daño a nadie. Pero tampoco tengo ganas de ir a la fiesta y a la boda de mi hermana y ser objeto de

habladurías o que me intenten liar con cualquiera. La última vez que eso pasó, me dejé llevar hasta los huesos por una persona, y terminé con unos cuernos que se veían de aquí a Barcelona.

—¿Y por eso permites que otra persona haga lo mismo? —me reprocha.

—No lo había pensado así, ¿vale? Además, cuando Daniela me lo dijo, ya habíamos quedado una vez. Me prometí a mí misma no hablarle, pero yo también tengo necesidades.

—No me vengas con esas, Noe… —suspira y pone los ojos en blanco—. Pero, ¿tú te has visto? Estoy segura de que entras en una discoteca y todas las miradas van hacia ti. Ya quisiera yo tener ese encanto.

—Si no fueras hetero, me habría fijado en ti a la primera —le aclaro.

Se ruboriza, y en el fondo, me alegra que se haya relajado un poco.

—Además, tampoco te pases —refunfuño, aunque después sonrío—. Es verdad que ligo bastante, sobre todo con hombres… una pena que ya no me interesen en absoluto, pero no quiero que eso vaya a más. Si a Daniela se lo he permitido, ha sido por una locura transitoria que voy a cortar de raíz este mismo fin de semana.

—Así me gusta —afirma Alba. Después moja uno de los trapos en el fregadero, le echa un poco de desengrasante y lo pasa por la barra y los azulejos verdes y amarillos que decoran casi todo el local —. Y con respecto a Tamara…

—No tienes que preocuparte por nada —interrumpo—. Hoy hemos ido al mercado y nos hemos encontrado con doña Puri. —Se le cae el trapo de las manos y me echo a reír—. Por eso hemos llegado así, estábamos recordando cómo se fue corriendo al puesto cuando una de sus amigas le gritó que era su turno.

—Sabes lo que va a pasar a partir de ahora ¿no?

—Sí, y eso es justo lo que Tamara y yo queríamos. Que Cudillero se hiciera eco de esto, para que cuando hagamos las presentaciones con nuestros padres, no parezca que es un engaño.

—Ay madre, mira que te gusta complicar las cosas. —Podría haberlo dicho seria, pero en realidad sonríe y niega con la cabeza.

Se pone a limpiar el resto de la barra y coloca algunos recipientes que habían quedado fuera de lugar, en su sitio correspondiente.

—Yo solo quiero que estés bien, y si tú dices que lo tienes todo controlado, entonces te creo…

—¿Pero? —Apoyo una mano en la cintura y la miro fijamente, sé que se guarda algo más ahí dentro, y no tardo en apuntarla con el dedo.

—Pues no sé… que por primera vez en mucho tiempo te he visto… ser una Noelia normal, y no la que se pasa la vida encerrada aquí dentro porque no quiere arriesgarse a encontrar eso que se llama felicidad.

—Ya soy feliz, no tengo que buscar eso en otra parte. Tengo *Dulce Armonía*, te tengo a ti, a mi familia, a los chicos y también a Churro.

—Y ahora, una novia falsa —recalca.

—Sí, una alumna que veremos a ver si no nos arruina el negocio con su torpeza —bromeo, recordando su primer día con los muffins, que al final convirtió en cemento puro—. Debo reconocer que es una mujer interesante, por más que lo niegue. Le va a dar un punto distinto a estos días, antes de que la farsa termine y cada una vuelva a lo suyo, claro.

—Claro…

Alba niega otra vez mientras sonríe, y aunque quiero preguntarle qué es lo que pasa, prefiero no arriesgarme a que me someta a otro interrogatorio o una de sus opiniones varias sobre lo que debería de hacer o no con mi vida.

A cambio, me dedico a terminar de limpiar y lo primero que se me viene a la cabeza es ir a por una pizza antes de llegar a casa, pasar la noche viendo un par de series con Churro, e idear mi plan de contingencias por si en la próxima clase, a Tamara se le ocurre incendiar el horno. Una sonrisa aparece en mis labios, y me deja un cosquilleo que ha estado presente la mayor parte del tiempo que hemos disfrutado juntas.

Puede que, después de todo, esta locura sí sea algo divertido.



15

Oviedo, Asturias.
11 de abril, 2025. Viernes.

Tamara

Todavía me pregunto por qué le hice caso a Hugo y acepté venir con él a Oviedo para dar una vuelta por la ciudad y acabar en *NEO Versaches*, la discoteca donde solíamos perdernos los viernes por la noche, antes de que decidiera alejarme de todo lo que me resultaba cercano, incluida mi familia y mis amigos. Sus mejillas están enrojecidas de tanto bailar y por culpa del segundo cóctel que insiste en compartir conmigo, como si no tuviera suficiente con el mojito de mango que bebo a pequeños sorbos.

Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que salí solo a divertirme, que ya no sé cómo seguir el ritmo de la música ni cómo responder a las sonrisas y guiños de algunas chicas que se mueven en la pista de baile.

—Esa morena de allí te ha echado el ojo —susurra Hugo en mi oído.

Me giro para ver a quién se refiere.

Efectivamente, una tía guapísima me sonríe mientras lleva su cóctel a los labios. Está apoyada contra una de las paredes y las

luces azules de neón caen sobre ella, resaltando un cuerpo lleno de curvas con el que, sin duda, sería un placer bailar. Y algo más.

El pensamiento me asalta y siento un ligero cosquilleo en el estómago. Sin embargo, aparto la mirada e intento ignorarla.

—No estoy para buscarme problemas —le digo a mi mejor amigo.

Hugo levanta una ceja y niega con la cabeza.

—Tienes que dejarte llevar un poco. No puede ser que sigas pensando en Tania.

—No pienso en Tania, pero no estoy preparado para…

—¿Tener una novia falsa? —me interrumpe con tono burlón.

Le doy un manotazo en el brazo, y él está a punto de reír. Odio que siga haciéndome bromas con el tema. Después de la bronca que me echó, se puso insoportable, insistiendo con preguntas sobre Noelia y nuestro acuerdo. Y temo que seguirá así hasta que esta farsa termine.

Me encojo de hombros sin responder.

—Yo creo que no tiene nada de malo ligar con alguien y echar un buen polvo. A lo mejor hasta vuelves con otro humor a Cudillero. Dicen que después de una experiencia religiosa, las ideas se aclaran.

—Déjate de tonterías, anda —le reprocho, elevando la voz por encima de la música.

La morena sigue mirándome, y mi cuerpo me pide que dé un paso hacia ella. Estoy a punto de hacerlo cuando, de repente, mis ojos se cruzan con los de otra mujer que avanza hacia la pista de baile, levantando los brazos para no chocar contra nadie ni tirar las copas que lleva en las manos.

—Mierda, ¿qué hace aquí? —pregunto, tensándome al instante.

Hugo no me presta atención.

Sigue bailando, moviendo el esqueleto al ritmo de la música, mientras le lanza un par de besos a un chico que se contonea abrazado al cuello de otro.

—Que está aquí —repito, pero él ni se inmuta.

Mi mano vuela hasta su camisa y lo agarro, furiosa, como si estuviera a punto de darle una paliza.

—¡Está aquí!

—¿Quién? —pregunta al fin, reaccionando.

—Noelia, joder. Está ahí, bailando con… otra.

Los dos giramos la cabeza al mismo tiempo y la encontramos acaramelada con una rubia que la sujeta de las caderas de una forma que… desde luego, da mucho a la imaginación.

Me quedo observándola más de lo que pretendo y luego miro a mi alrededor, como un espía en busca de una salida fácil.

—Vaya, vaya… parece que tu novia falsa prefiere divertirse con otra —murmura Hugo, arrastrando las palabras. Ya no sé si es el alcohol o simplemente disfruta demasiado con esto mientras me toma el pelo—. Qué bueno.

Está borracho, eso es seguro. ¿Cuánto tiempo llevaba sin salir de fiesta más allá del trabajo?

—Eres un imbécil. Nadie dijo que no pudiéramos salir con otras personas.

«¿Y por qué coño estoy teniendo esta conversación con él?»

—Pues tú no has querido liarte con la morena —me recuerda con un retintín odioso.

Lo fulmino con la mirada y él se encoge de hombros con fingida inocencia.

—Venga, vamos a mover el culo.

Se aparta el flequillo con un gesto rápido y atrapa mi mano, arrastrándome al centro de la pista. *You Go Your Way*, de Perrie,

suena a todo volumen mientras Hugo empieza a moverse como si fuera uno de los bailarines más experimentados de Lady Gaga. Sus largas piernas se deslizan con tanta agilidad que apenas logro seguirle el ritmo. Cuando de pronto se agacha, mueve el culo y se da un azote, suelto un grito ahogado de pura vergüenza.

¿Es que no recuerda que, a su lado, parezco el palo de una escoba? Y, lo peor, ¿se da cuenta de que tiene a media discoteca mirándonos?

Claro que sí. Lo hace a propósito.

Esto es una pésima idea, y mientras intento buscar la forma de escapar, él me atrapa de nuevo. Me sujeta de la cintura y empieza a guiar mis movimientos como si fuéramos una pareja de baile perfectamente coordinada.

—Sígueme el rollo, hay que dejarle las cosas claras —grita en mi oído.

—¿Qué coño hay que dejarle claro, si esto es una farsa?

Me hace girar y, cuando volvemos a estar frente a frente, tan cerca que casi rozamos nuestras bocas, sonríe con una picardía maliciosa. No sé cómo no hemos tirado los cócteles.

—Ya me darás las gracias luego —dice, antes de dedicarme un guiño.

No entiendo a qué se refiere hasta que se aleja bailando con ese maldito arte que ya me gustaría a mí tener. Me quedo inmóvil unos segundos, sintiendo el calor subir a mi rostro. Me giro, dispuesta a largarme de ahí, y entonces me encuentro de cara con la morena.

«Será cabrón», musito para mis adentros.

—Nunca te había visto por aquí. —La voz de ella se impone sobre la música.

—Hace poco que regresé a Oviedo —respondo, intentando sonar relajada. Aunque, en realidad, sigo maldiciendo a Hugo.

Puto desgraciado, me ha dejado vendida y sin la más mínima idea de qué hacer.

Sin embargo, parece que ella sí sabe exactamente cómo manejar la situación, porque se acerca un poco más y me susurra al oído:

—¿Te invito a una copa?

Sería absurdo negarme. Primero, porque no tengo ganas de dar explicaciones. Y segundo, porque Hugo tiene razón: necesito distraerme un poco y dejar de pensar en…

—Claro.

Dirijo una mirada de reojo a la pista de baile y ahí está Noelia, pegada a su cita. La rubia le muerde la barbilla antes de enterrar los labios en su cuello.

Un escalofrío me recorre la espalda. Sacudo la cabeza, como si eso bastara para borrar la imagen.

«Ella puede hacer lo que quiera», me repito en mi mente. Pero al instante me recrimino el pensamiento.

—¿Qué te apetece? —pregunta la morena.

—Un mojito, de mango.

—Qué delicia, pediré lo mismo —responde con una sonrisa.

Cuando llegamos a la barra, se apoya en el mostrador con aire despreocupado y me mira con curiosidad.

—Y dime, ¿por qué te fuiste de Oviedo?

Me tomo un momento antes de responder.

—Supongo que buscaba otros aires, pero al final no salió como esperaba.

Muevo la copa en mi mano y, sin poder evitarlo, vuelvo a buscarla con la mirada. Noelia sigue bailando, tan pegada a su ligue que los pelos se me erizan otra vez.

—…es así, pero siempre tenemos la opción de cambiar —dice la morena.

—¿Disculpa? —pregunto, sobresaltada.

Me doy cuenta de que he perdido el hilo de la conversación.

—Te preguntaba si hay alguien a quien intentas olvidar —aclara, con una sonrisa ladeada.

—No, no, para nada —respondo rápido, demasiado rápido.

Intento desviar su atención y me inclino un poco hacia ella, como si la charla realmente me interesara.

—Es solo que hace mucho que no salía por ahí.

—Así que hoy es mi noche de suerte… —murmura con diversión, acercándose más.

Su perfume me envuelve cuando inclina la cabeza hacia mí.

—Por cierto, soy Begoña.

—Tamara —respondo en el mismo instante en que nos sirven las copas—. Gracias…

—Por los nuevos inicios —dice, levantando su cóctel con una sonrisa encantada. Se acerca a mi oído, como si quisiera asegurarse de que escucho sus palabras.

—Por los nuevos inicios —repito, chocando mi vaso con el suyo.

Pero, inevitablemente, mi mente sigue puesta en Noelia.



16

Noelia

El mundo es un pañuelo, y está claro que Oviedo también. De todas las cosas que podrían haber pasado esta noche, encontrarme con Tamara en la misma discoteca no era algo que hubiera imaginado.

Con los labios de Daniela pegados a mi cuello, la veo dirigirse a la barra acompañada de una morena que sonríe de oreja a oreja, como si su conquista fuera justo la que esperaba. Y para qué engañarme, no puedo reprochárselo. Tamara es preciosa y cualquiera se sentiría atraído por ella.

Por mucho que ella se empeñe en negar que tiene ese encanto.

El pensamiento cruza mi mente mientras intento asimilar su presencia aquí y el hecho de que ni siquiera me ha mirado. Tal vez no me ha visto, o quizá simplemente prefiere disfrutar de la compañía de otra persona además de Hugo, el amigo de Esther. Tampoco es que tenga que importarme. Al fin y al cabo, además de profesora y alumna, solo somos novias de mentira, y aquí estamos lejos de donde viven mis padres. No tendría por qué ser un desastre natural.

Mientras bailo, me inclino sutilmente para ver qué hace. La encuentro sonriendo, con la misma expresión que tenía el otro día,

antes de llegar a *Dulce Armonía*, cuando nos reímos al recordar lo que vivimos en el mercado.

Un cosquilleo delicioso me recorre los brazos.

—… ¿Te parece bien? —escucho de pronto.

Pero no he prestado atención a nada de lo que Daniela ha dicho.

—¿Cómo?

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha subido la cerveza?

—No, estaba pensando en… —Muerdo mi labio inferior, sin saber qué responder—. Da igual, no es nada importante. ¿Qué decías?

—Que si quieres venirte a casa. Ya sabes, para ver quién gana el asalto.

Su voz adquiere un matiz insinuante y sus labios carnosos se curvan en una sonrisa antes de besarme, con la misma intensidad con la que lo ha hecho las últimas veces.

Le correspondo, pero a diferencia de otras veces, siento que esto no es lo correcto. Mis ojos vuelven a la barra. Tamara ya no está con esa chica. Me separo un poco de Daniela y miro a mi alrededor, pero no consigo verla. La pista está abarrotada, hay muchísima gente que se mueve al ritmo de la música, como si el mañana no fuera a llegar nunca. Aun así, ella debería ser fácil de encontrar. Es inconfundible, alguien que brilla con su sola presencia.

Además, está guapísima.

Los pantalones ajustados le sientan de maravilla, combinados con un top que, a la luz del día, seguro que resalta el tono de su piel.

Empieza a sonar *Fainted Love*, de Conan Gray. Y aunque mi atención debería estar en Daniela y en el roce de sus labios, mi mirada sigue buscando a Tamara. Hasta que por fin la veo. Está en el centro de la pista, bajo las luces de neón que se deslizan por sus

hombros, sus brazos, su pecho y la parte descubierta de su vientre. Se mueve con algo de torpeza, contoneando las caderas mientras intenta seguir el ritmo de la canción.

Sonrío al recordar su gesto con Hugo y niego con la cabeza, justo antes de recibir otro beso que arrastra lejos esta ensoñación.

—¿Estás aquí o qué? —insiste Daniela.

—Sí, voy a por otra cerveza —respondo y, para evitar más preguntas, muerdo suavemente su labio inferior.

Me abro paso hacia la barra a trompicones, recibiendo golpes de varios codos en el camino. Al llegar, me giro para echar otro vistazo a la discoteca.

No hay ni rastro de ella.

Suspiro y llamo la atención del camarero. Pido una cerveza y, mientras busca el botellín, estiro el cuello. *NEO Versaches* está abarrotada, incluso más que en sus mejores tiempos. Como si en algún momento hubiera ardido hasta las cenizas y luego resurgido con más fuerza.

Agradezco y pago la cerveza. La llevo a mis labios e intento serenarme. No debo pensar en tonterías. Se supone que esta noche iba a acabar con lo de Daniela, fuera lo que fuera. Sin embargo, aquí estoy otra vez, con sus labios en mi cuello y sus manos deslizándose por debajo de mi vestido ajustado.

—Tengo que terminar con esto —murmuro para mí misma.

Doy otro sorbo, decidida a regresar con ella.

Entonces, mis ojos chocan con el perfil de Tamara. Está en un rincón apartado de la discoteca…

Besándose con esa mujer.

Mis pies se quedan pegados al suelo. No soy capaz de moverme.

¿Por qué?

No lo sé.

Tal vez lo descubriré con el tiempo, pero ahora mismo, lo único que sé es que mis ojos no pueden apartarse de la escena.

Serán… ¿celos?

«No, qué va», me apresuro a negarlo, sacudiendo la cabeza.

Pero en el mismo instante en que intento convencerme, una pregunta absurda se cuela en mi mente: ¿Sus labios también sabrán a naranja? ¿O es solo su piel la que tiene ese matiz? Esa mujer lo está descubriendo ahora, saboreándola como si fuera la fruta más deliciosa que ha probado en su vida. El corazón se me acelera, y regreso a la realidad, consciente de lo ridículo de mis pensamientos.

Esto no tiene ningún sentido. Sé perfectamente que lo nuestro es solo un juego. Un pacto que en unas semanas se desvanecerá cuando ella vuelva a su vida lejos de Cudillero.

«¿Entonces, por qué no ha venido a saludarme? Estoy segura de que me ha visto.»

Tal vez no quiere saber nada de mí fuera del pueblo. Quizá, cuando tengamos que venir aquí con mis padres, actúe como si no existiera. Porque abrir la puerta a una amistad para luego no ser nada en absoluto es una auténtica estupidez.

Claro que sí.

Siento un pinchazo en el pecho.

Giro la cara y veo cómo las manos de la otra mujer suben lentamente por su cintura, recorriéndola como si fuera suya. Hasta que…

—¿Qué haces ahí parada? Ven a bailar.

Otra canción empieza a sonar. Daniela me roba la cerveza, le da un sorbo y luego busca mis labios.

Supongo que todo el mundo tiene derecho a divertirse.

Yo también.

Me dejo llevar por su boca, por sus manos, por el alcohol que compartimos entre las dos. Su cuerpo se funde contra el mío

mientras nos movemos en la pista de baile. La música retumba, el sudor resbala por nuestra piel y su pelo alborotado enmarca su rostro con un desaliño tentador.

Alargo la mano y se lo arreglo los dedos.

Daniela se aleja apenas unos centímetros, lo justo para acariciarse el cuerpo frente a mí. Se muerde el labio inferior y me dedica un guiño que me hace suspirar.

Esto no está bien. Lo sé. Había venido para decirle que hemos terminado. También soy consciente de eso. Pero, al final del día, creo que no estoy haciéndole daño a nadie.

—Vamos a tu piso —susurro.

—Pensé que no lo dirías nunca —murmura sobre mis labios.

Tardamos unos minutos más en salir de la discoteca, entre besos y caricias que se vuelven más intensos. El corazón me late con fuerza. La sangre caliente me recorre las venas u el aire nocturno me golpea el rostro cuando estamos fuera.

La brisa debería ayudarme a despejar la cabeza, pero la sensación de calor persiste en mi piel. No sé si es por la cerveza, los besos o el revoltijo de pensamientos que llevo dentro. Daniela camina delante de mí, sujetándome de la mano con firmeza, como si temiera que pudiera cambiar de opinión en cualquier momento.

Tal vez debería hacerlo.

Tal vez debería decirle que no.

Pero no sé por qué me dejo arrastrar.

El eco de nuestros tacones resuena en la acera, ahogado por la música lejana y el bullicio de los que aún siguen dentro. En la esquina, un grupo de gente fuma y ríe, ajenos a la tormenta que se forma en mi pecho. Porque, a pesar de que estoy aquí, de que sé perfectamente lo que va a pasar en cuanto crucemos la puerta de su piso… Mi cabeza continúa en la discoteca.

Sigue anclada a esa imagen.

A la forma en que Tamara sonreía contra los labios de esa mujer. A cómo sus dedos se deslizaban por su cintura sin que ella hiciera nada para detenerlos.

Siento ese pinchazo en el pecho, como una punzada molesta que se aferra a mi interior, negándose a desaparecer.

«No significa nada», me repito.

Pero ni siquiera yo me lo creo.

—¿Qué haces tan callada? —pregunta Daniela, deteniéndose frente al portal.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos brillantes, expectantes. Podría decirle la verdad. O podría dejar que la noche siga su curso.

Y al final, acerco mis labios a los suyos y la beso. Por una noche, prefiero no tener que pensar en nada más.



17

Cudillero, Asturias.
12 de abril, 2025. Sábado.

Tamara

Tengo una resaca que me late en las sienes como si alguien estuviera aporreando un tambor dentro de mi cabeza. Esta mañana, cuando ha sonado el despertador, he estado a punto de tirarlo por la ventana.

Hugo, en su maldito empeño por hacerme morir de vergüenza, me ha sometido a un interrogatorio hasta que ha conseguido sonsacarme qué pasó con la morena que me ligué —o me ligó— anoche. Ni siquiera yo puedo creerme que acabara en el asiento trasero de su coche, con su cuerpo entre mis piernas, besándonos y haciéndome llegar al mejor orgasmo que he tenido en meses.

Para colmo, faltan quince minutos para que empiece la nueva clase de repostería y, si no llego a *Dulce Armonía* antes de que Noelia explique lo que vamos a hacer, no solo se convertirá en la profesora más infernal del planeta, sino también en la peor novia falsa del mundo.

Me arreglo el pelo rizado frente al espejo que hay en la habitación de invitados de Hugo y me aplico un poco de pintalabios en tono tierra para aparentar que estoy lista para comerme el mundo. Aunque, en realidad, preferiría quedarme en la cama sin hacer nada.

Y no es que pudiera hacerlo con gusto, porque mi teléfono está inundado de mensajes de mi madre, comentándome otro de los éxitos de Cristina y avisándome de que quiere hablar conmigo más tarde, mientras damos una vuelta por el paseo marítimo.

La simple idea de que me comparte de nuevo con ella me causa escalofríos.

Sacudo el cuerpo entero, como si así pudiera desprenderme de la sensación, y la dejo en casa de Hugo al cerrar la puerta tras de mí.

Lo que más me gusta de que él viva en lo más alto de Cudillero es que, al bajar, tengo que atravesar calles serpenteantes, de piedras irregulares que parecen empeñadas en recordarte que aquí no hay que ir con prisas. Que da igual lo rápido que camines, porque este pueblo tiene su propio ritmo.

—¡Buenos días, cariño!

—¿Qué tal la mañana?

—¡Nos alegra verte otra vez por aquí!

Los vecinos me saludan desde sus balcones y ventanas, recordándome que cualquiera puede regalarte ese abrazo que a veces uno tanto se necesita.

Los primeros metros cuesta abajo me permiten admirar los tejados rojizos, apilados unos sobre otros como espectadores de un lienzo azul que se extiende más allá del mar. Muchas persianas están a medio subir y algunas puertas entreabiertas dejan escapar el aroma del café recién hecho y de la mejor bollería casera que se pueda llegar a probar.

Eso me lleva a pensar en Noelia y en la pasión que pone en *Dulce Armonía*, como si con un nuevo amanecer quisiera superar al día anterior y sorprender a cada vecino con algo nuevo.

La plaza ya está llena de vida, con gente moviéndose de un lado a otro.

—Hola, guapísima —me saluda Sole, una antigua compañera de trabajo de mi madre.

—Que tenga un buen día —respondo con una sonrisa.

Me guardo las manos en los bolsillos de mi chaqueta de cuero y observo mis *converse* avanzar por el suelo mientras mi sombra me acompaña.

Los jubilados ocupan sus mesas habituales en la terraza del bar del puerto, leyendo los periódicos extendidos frente a ellos, mientras otros ríen con ganas, dando la bienvenida a otra bonita mañana, por si el destino decidiera que a la siguiente no fueran a tener la oportunidad.

Pero la calma se reduce a cenizas cuando veo a doña Puri y un escalofrío me recorre la espalda, haciéndome acelerar el paso.

Por suerte, me lanza una mirada rápida desde su puesto de vigilancia, pero no hace nada más. Con eso le bastará para informar al pueblo de que sigo con las clases y de que todavía no he incendiado la pastelería ni me he rendido ante una mujer capaz de provocar infartos con su seriedad y su…

La música de la discoteca irrumpe en mis pensamientos junto con la imagen de Noelia en la pista de baile, con aquel vestido negro ajustado que dejaba ver sus muslos, su espalda y parte de su pecho.

Su sonrisa, bañada en rojo, contrastaba con su melena suelta y su mirada afilada, capaz de atravesar cualquier muro que se interpusiera en su camino.

Niego con la cabeza y tomo aire antes de doblar la última calle, larga y estrecha, donde el graznido de las gaviotas se mezcla con las voces de los pescadores que llegan al puerto. Las barcas se

balancean suavemente en el muelle y me detengo unos segundos, contemplando el contraste de colores, pinceladas vibrantes dentro del cuadro que es Cudillero. Había olvidado cuándo fue la última vez que sentí una calma plena, sin que las malas decisiones del pasado o el dolor que me causaron algunas personas se arremolinaran dentro de mí.

Había olvidado lo que era sonreír sin preguntarme cuánto tardaría en desvanecerse esa sonrisa.

Y también había olvidado…

—Qué guapa está hoy —murmuro para mí.

Una punzada de celos me recorre al ver que ella luce impecable tras una noche de fiesta, mientras yo… bueno, sigo siendo yo. Un reflejo desmejorado de lo que era hace unos meses, cuando el estrés de las deudas, la falta de trabajo y mi repentina soltería se llevaron de golpe mi seguridad.

Puede que *Dulce Armonía* no sea el edificio más grande ni el más llamativo del pueblo, pero tiene algo especial. Tal vez sea el letrero de madera con su tipografía elegante y sin pretensiones. O las flores que adornan la ventana, pequeñas y silvestres, reflejo perfecto de Noelia Guerra.

Quizá sea simplemente el hecho de que la gente entra con la esperanza de encontrar un poco de felicidad y sale con una sonrisa y un pedacito de dulce envuelto en un papel. Pero lo que sí sé con certeza es que Noelia es quien hace de este lugar algo único. Porque tiene la capacidad de convertir un simple punto en el mapa en el epicentro de momentos que dejan huella en el alma y de sonrisas que perduran en el tiempo.

Me quedo embobada observándola mientras riega las macetas de la ventana.

Y cuando entra al local, esta burbuja de ensoñación estalla.

Miro el reloj con recelo y respiro aliviada al ver que aún quedan cinco minutos para el inicio de la clase.

Un pensamiento tonto, cuando acabo de verla afuera sin ninguna prisa. Podría entretenerme un poco más, pero decido caminar hasta el callejón que da a la parte trasera del local. Para variar, no estaría mal dejarme caer antes de hora y demostrarle que me tomo en serio sus clases.

«Y este plan que nos traemos entre manos», me recuerdo.

Arreglo un poco mis rizos y compruebo que el jersey que llevo bajo la chaqueta no esté hecho un desastre. Golpeo la puerta con los nudillos y la descubro entreabierta. Ella levanta la vista de los papeles que tiene entre manos.

—Buenos días, ¿se puede entrar ya?

—Me vas a acostumbrar a verte aquí la primera. Hoy parece que las demás se lo han tomado con más calma.

—El tiempo es un lujo en el puerto. No me extrañaría que a más de una le haya apetecido darse un paseo.

—¿Me estás diciendo que la gente prefiere pasear antes que venir a mis clases?

Pone gesto serio y, por un momento, trago saliva. Solo le faltan unas gafas en la punta de la nariz para parecer una de esas profesoras que no toleran ni el más mínimo error.

—Que era broma —dice de pronto, riendo.

Suelto una risa, aunque tardo unos segundos en relajarme. Es curioso cómo todavía me cuesta saber por dónde van a ir sus comentarios.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —pregunto, intentando cambiar de tema.

—¿Es que no recuerdas que te la debía, Tamara Orellana? —responde, arqueando una ceja—. Me parece que tampoco has leído el e-mail… —añade y aunque se pone seria, niega poniendo una sonrisa en los labios—. Voy a tener que darte una reprimenda.

Me da la receta y la observo boquiabierta.

—Esta es la versión original, pero no puedo desvelarte mi ingrediente secreto, aunque… —Se acerca lentamente y susurra en mi oído—: Si te lo ganas, te lo diré encantada.

Un escalofrío me recorre la espalda y, de repente, tengo la sensación de haber olvidado cómo se respira. Noelia sonríe y se mueve entre las mesas, asegurándose de que ha dejado la receta de los carbayones en todas.

—Por cierto, ¿qué tal anoche en *NEO Versaches*?

«¿Me vio?»

Sí, definitivamente he olvidado cómo respirar.

—Pues… bien —balbuceo, sin saber muy bien qué responder —. Mi mejor amigo decidió que ya era hora de recuperar viejas costumbres y bueno…

—Sí, ya me di cuenta —comenta, aunque no me mira mientras lo dice.

¿De qué exactamente?

¿De mi pésima coordinación al bailar con Hugo?

¿Del ridículo que eso supuso?

¿O de que acabé besando a una desconocida antes de salir de allí para acostarme con ella en su coche?

No me da tiempo a preguntárselo porque el resto de las alumnas empieza a llegar y nos vamos colocando en nuestros respectivos sitios.

—¡Carbayones, no me lo puedo creer! —exclama Esperanza, una mujer de la edad de mi madre que usa los sábados por la mañana para olvidarse de que tiene marido.

—Pero… ¿esto no era territorio prohibido? —pregunta otra compañera.

Frunce el ceño y alterna su mirada entre Noelia y la receta varias veces, como si no pudiera creerlo. Aprieto los labios y bajo la

cabeza para disimular la sonrisa que me cosquillea, aunque sé que nadie puede verme aquí atrás.

—Supongo que algo me ha hecho cambiar de opinión —responde Noelia con calma, antes de volver a recorrer la sala con la mirada—. Eso sí, hoy no quiero ni un solo fallo, ¿de acuerdo?

Remarca la advertencia sin apartar los ojos de mí. Entonces, me doy cuenta de que sigo con la chaqueta puesta. Carraspeo torpemente y me la quito con disimulo, aunque varias miradas fulminantes se clavan en mí al instante.

Trago saliva.

Lo último que me faltaba era convertirme en el objetivo de un grupo de señoras hambrientas de atención, como si me hubiera metido en territorio enemigo.

—Ya sabéis cómo va esto —continúa Noelia, plenamente consciente de la guerra de miradas furtivas que se ha desatado entre ellas y yo—. Turnaos para usar los utensilios en común y también el horno. Manos a la obra.

—No sé qué mosca le habrá picado para cambiar de opinión y romper una de sus propias reglas… —murmura Esperanza en voz baja.

Intento concentrarme en pesar los ingredientes correctamente y en no cometer errores que alimenten las habladurías.

—¿Pero es que no te has enterado? Se dice que ha encontrado *churri*.

Doy un respingo y el bol con la harina se me escurre de las manos.

—¡Mierda!

Siento cómo me arde el rostro y, en cuestión de segundos, todas las miradas recaen sobre mí.

Incluida la de Noelia.

Pero, en lugar de entrecerrar los ojos y darme por perdida, me dedica una sonrisa y niega con la cabeza.

—Recordad que es importante no desperdiciar los ingredientes —comenta sin ápice de reproche en la voz.

—Tiene que estar dándose el lote con alguien. No la recordaba así de simpática —murmura Esperanza de nuevo.

Miro hacia el final de la sala, donde están la escoba y el recogedor. En lugar de barrer la harina, tengo ganas de estrellarle el palo en la cabeza. Medito la idea durante un instante, alternando la mirada entre la escoba y ella. Pero termino sacudiendo la cabeza y limpiando el nuevo desastre que he creado.

Cuando levanto la vista de nuevo, me encuentro con Noelia observándome. Camina en silencio, con los brazos cruzados y ese gesto de concentración que la hace parecer implacable.

Aunque hoy…

La veo diferente.

Un cosquilleo me recorre la piel al imaginarla anoche, viéndome en la discoteca mientras…

—Céntrate, por Dios —me recrimino en voz baja.

Pero Esperanza parece haberme escuchado, porque se gira y me fulmina con la mirada. Intento ignorarla, pero las manos me tiemblan. Mi mente sigue atrapada en la posibilidad de que Noelia me viese irme con la morena.

Y también en la imagen de la rubia besándola a ella.

En la forma en que su cuerpo se contoneaba bajo un vestido que le quedaba perfecto.

En su cintura.

En sus muslos.

En sus…

Me obligo a borrar esa imagen de mi cabeza y a concentrarme en lo que tengo que hacer, aunque termino mezclando los ingredientes antes de pesarlos.

Esto va a ser un desastre.

Lo sé.



18

Noelia

El aire aún conserva un ligero aroma a tostado. Las alumnas se marchan una tras otra, con sus cajas repletas de carbayones recién horneados. Todas, salvo una. Porque Tamara sigue mirando los suyos como si fuera un alma en pena.

—Ya te saldrán mejor, no te preocupes.

—Está claro que la repostería no es lo mío —protesta, más seria de lo normal.

Cualquiera diría que Tamara Orellana se está tomando esto demasiado en serio.

Hace unos días no lo habría pensado, pero ahora parece genuinamente preocupada. Y aunque jamás lo he hecho con mis otras alumnas, no me queda más remedio que hacer de tripas corazón y ofrecerle algo diferente.

—Toma —digo, deslizando mi cajita sobre la mesa—. No quiero que Carmen piense que he perdido facultades como profesora. Es una de mis alumnas más fieles.

—Más bien pensaría que la que es un desastre soy yo, y no le faltaría razón.

Se encoge de hombros y, sin poder evitarlo, hago algo sin pensar. Mis dedos se elevan en el aire, indecisos, hasta que terminan

en su mejilla, dándole una caricia breve de consuelo. El contacto me atraviesa con un pequeño escalofrío.

Tamara me observa y me cuesta apartar la vista de sus ojos, siempre tan expresivos, como si encerraran en su interior cada emoción que la habita.

Por lo poco que me ha contado —y lo mucho que he visto en ella—, sé que no ha tenido una buena racha. Hace un esfuerzo enorme por aparentar que todo va bien, pero no le resulta sencillo lidiar con el fracaso. Y que se lo recuerden a diario, tampoco ayuda.

—Ven a casa y, en una tarde, te prometo que superarás con creces a todas las demás.

—¿Y que me declaren la guerra? No, gracias —bromea—. Me conformo con no quemar nada.

—Por mucho que lo niegues, se nota que esto te gusta. Antes, mientras mezclabas los ingredientes, me he fijado en que no fruncías el ceño ni una sola vez. Incluso te he oído canturrear.

—Y será verdad… —musita, sorprendida.

—Te lo juro. Ha sido divertido ver a Esperanza a punto de girarse para darte con la espátula y que te callaras.

—Esa mujer… —Sacude el cuerpo como si quisiera espantar un mal augurio—. Tendrías que haberla escuchado. No ha parado de cuchichear sobre ti y lo que se dice en el pueblo.

Frunzo el ceño, aunque no me toma mucho tiempo conectar los puntos de a lo que se refiere.

—Así que doña Puri ya ha hecho su trabajo…

—Y mi madre quiere verme esta tarde para dar un paseo por el paseo marítimo. Ya te digo yo que eso no va a traer nada bueno. Como se le ocurra mencionarme el trato que ha cerrado mi prima Cristina… no me vuelve a ver el pelo por aquí.

—¿Por eso te quedas en casa de tu mejor amigo?

—Por eso y porque convirtió la habitación de invitados en un gimnasio lleno de trastos inútiles que después no usa.

Se encoge de hombros.

—Pero bueno, casi mejor. Así no tengo que soportar que me diga a la cara que no he cumplido con las expectativas que tenía para mí.

Tamara suspira y vuelve a mirar los carbayones con desgana.

—No debería aceptarlo.

—Como tu novia falsa, te lo exijo. Así que ya te los estás llevando.

—¿Y qué más vas a exigirme?

La pregunta sale de su boca antes de que pueda evitarlo. Y en cuanto se da cuenta de cómo ha sonado, carraspea.

Mi primer pensamiento viaja unas horas atrás en el tiempo, a la discoteca y a ella con sus pantalones ceñidos y el top que dejaba ver partes de su cuerpo que otra mujer se dedicó a acariciar con los dedos …

Y con los labios, seguramente.

Sacudo la cabeza y sonrío.

—Que no seas tan dura contigo misma —respondo con sinceridad—. Todos nos hemos caído o equivocado alguna vez. Lo importante es encontrar el rumbo, un camino distinto por el que dirigirnos para hallar lo que realmente buscamos.

—Supongo que ahí está el problema. No sé qué quiero. —Baja la mirada—. El otro día le dije a Hugo que estaba segura de volverme a Zaragoza. Ya conozco la ciudad, tengo algunos contactos en empresas donde podría encajar…

Hace una pausa.

—Aunque parece que ellos no tienen el mismo pensamiento.

—A lo mejor es una señal para que busques otro destino. O para que te quedes en Cudillero.

—¿Aquí? —Niega con tal rapidez que hasta me sorprende—. Este ya no es mi sitio. Lo tengo clarísimo. Me pone los pelos de punta pensar que todo el mundo sepa hasta cuándo y dónde voy a ir al baño.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Lo digo en serio —protesta, cruzándose de brazos.

—Lo sé. Justo por eso me río. Ha parecido que estuvieras a punto de entrar en el circo de los horrores.

—Es algo parecido, sí.

—Ya…

No sé por qué esperaba que dijera otra cosa. Algo como que ahora se siente cómoda. O que, al menos, es un tema en el que prefiere no pensar. Pero la noto tan segura de su decisión que, sin insistir más, me quito el delantal y lo cuelgo en su lugar antes de buscar una bolsa en la que meter los carbayones. Tamara sigue en el mismo sitio, inmóvil, como si intentara encontrar respuestas en los objetos que la rodean.

—Hazme caso y llévatelos. Al menos para que tengas una tarde un poco más dulce.

Asiente y, por un momento, me dan ganas de volver a acariciarle la mejilla, abrazarla o… Niego.

—Pero, para que lo sepas, lo de las clases en mi casa sigue en pie —añado—. Seguro que a Churro también le entusiasma la idea de verte.

—Algún día se convertirá en mi mejor amigo. Ya te lo digo.

—Para eso, tendrías que quedarte en Cudillero.

El silencio se instala entre nosotras de nuevo.

Tamara no responde.

Se limita a coger su chaqueta de cuero y a ponérsela sin prisa. Luego, pasa los dedos entre sus rizos, como si la sola idea de pensarlo la abrumara.

—Ya te diré algo.

—Claro.

Nos quedamos quietas, mirándonos.

Y justo cuando estoy a punto de añadir algo más, se da media vuelta y se marcha. El aire a mi alrededor se espesa y la veo desaparecer mientras una extraña sensación me aprieta el estómago.

. . .

—Churro, por favor, que esto no es un concurso para ver qué árbol tiene la mejor tierra para mear.

Hace frío y llevo más de cuarenta minutos en la calle con un perro que, cuando quiere vengarse de mí por haberlo ignorado durante casi todo el día, se vuelve insoportable. Gira su pequeña cabeza, me fulmina con la mirada y lanza un gruñido que, estoy segura, significa que me ya me puedo ir a la mierda. Después olfatea el suelo con aire indignado y decide hacer su cuarto pis invisible de la noche.

Pongo los ojos en blanco y pataleo el suelo, desesperada.

—Te juro que, como no lo hagas ya, te vuelves a casa y te quedas sin premios durante un mes.

Sus patas diminutas se detienen de golpe.

No me mira, pero sus orejas se mueven. Ha entendido la amenaza. Y eso me da miedo. Sin embargo, lo veo acercarse a un árbol, olfatearlo con detenimiento, dar un par de vueltas sobre sí mismo y, por fin, levantar la pata para vaciar su vejiga.

«¡Ya era hora!», grito para mis adentros, levantando los brazos al aire con tanta fuerza que tiro de la correa sin querer.

Escucho su quejido y me quedo petrificada.

—Ay, cariño, lo siento, no quería ser tan efusiva, pero es que tengo frío y hambre, y también tengo que pensar en las clases que voy a darle a Tamara para que mejore con…

Churro empieza a ladrar y gruñir al mismo tiempo.

Hasta podría jurar que le veo fuego en los ojos con solo mencionar su nombre.

—Tienes que hacerte amigo de ella, esto es importante para las dos, ¿vale? —Me agacho y le rasco detrás de las orejas. Luego sujeto su carita entre mis manos y le sonrío con dulzura—. No querrás que mamá tenga que soportar los comentarios de Elvira y los abuelos, ¿verdad?

Entrecierra los ojos con expresión pensativa, como si estuviera meditando mis palabras. Pero antes de que pueda responderme con otro gruñido, el teléfono vibra en mi bolsillo.

Lo saco y veo un mensaje de mi hermana.

Me quedo inmóvil.

> **Elvira:** Papá, mamá y yo hemos pensado que estaría bien comer contigo y con tu chica antes de la fiesta. ¿Qué te parece el miércoles? Ya sabes, algo informal.

«Como si en vuestro vocabulario existiera esa palabra», pienso con sarcasmo.

Desvío la vista del teléfono y me encuentro con Churro observándome con los ojos bien abiertos.

Si les digo que no, me meteré en un problema gordo. Y tampoco quiero que me acribillen a preguntas innecesarias. Así que respiro hondo, escribo un escueto «Vale» y me guardo otra vez el móvil.

—Me temo que vas a tener que acostumbrarte antes de lo previsto, señorito.

Churro ladea la cabeza.

—Tenemos una comida con Tamara —le aclaro.

Ladra otra vez.

Suspiro y saco el teléfono para enviarle un mensaje a ella e informarle de las últimas novedades.

Es oficial: esto se nos ha ido de las manos.



19

Cudillero, Asturias.
13 de abril, 2025. Domingo.

Tamara

El bar de don Emilio es un coro de conversaciones y risas a las que Hugo, Claudia, Javi y yo nos unimos tras levantar nuestras cervezas y dar un trago, como si realmente tuviéramos algo especial que celebrar. Y, en cierto modo, así es, porque hace tanto tiempo que no nos reuníamos los cuatro, que ni siquiera tengo un recuerdo reciente de la última vez.

A pesar de mi reticencia, debo admitir que echaba de menos estos momentos.

En Zaragoza no tenía a nadie, a excepción de Marina, y mejor no recordar lo que Tania significó en mi vida, porque intentar rescatar algo bueno después de cómo terminaron las cosas me resulta imposible. Por mucho que Hugo insista en que toda relación te deja algo positivo.

Niego para mis adentros y le doy otro sorbo a la cerveza, centrando mi atención en la conversación que él mantiene con Javi sobre unos vecinos de Cudillero que armaron un escándalo en la

boda de un primo, o algo así. Las risas estallan de nuevo y mi mejor amigo me dedica un guiño.

—No sabes la de cosas que te has perdido por anclarte a esa oficina de mierda.

—Me gustaba lo que hacía —le reprocho, aunque sin un ápice de enfado—. Por mucho que ellos no lo supieran valorar.

—Pues eso que se pierden —dice Javi, me da un codazo y después un beso en mi mejilla—. Si yo hubiera sido tu jefe, jamás te habría echado de la empresa.

—Porque me quieres y no habrías visto mis fallos —respondo, con una sonrisa cansada—. No sé, a veces tengo la sensación de que me equivoqué de trabajo. Bueno, en realidad, de carrera y de todo.

Suspiro y escondo mi expresión en el vaso de cerveza.

—¿Y eso a qué viene? —pregunta Claudia, apartándose un mechón castaño de la cara mientras se cruza de brazos y se apoya en el respaldo—. Porque, que yo recuerde, escogiste exactamente la carrera que querías. La comunicación audiovisual fue tu sueño desde que tengo memoria.

—Pero mira a dónde me ha llevado —murmuro—. A fracasar en mi trabajo y a tener que aguantar que mi madre me busque uno en la empresa donde trabaja.

Estoy tan cansada de tener que dar explicaciones y de sentirme así, que apenas tengo fuerzas para hablar. Me termino la cerveza de un trago y continúo:

—Entiendo que esté preocupada por mí, pero joder… la vida no es un guion detallado que debamos seguir al pie de la letra. Por mucho que intente disfrazarlo con sus charlas motivacionales.

—No te quito razón —apunta Hugo con una sonrisa divertida, y yo levanto una ceja—. Aunque con otras cosas sí que estés dispuesta a seguirlo…

Noelia aparece en mi cabeza y recuerdo el mensaje que me envió anoche, diciéndome que reserve el miércoles para comer con su familia. Con todo el trabajo que tiene en *Dulce Armonía*, no tengo idea de cómo nos organizaremos para prepararnos y que nadie sospeche nada.

—Ese es otro tema —digo, quitándole importancia con un gesto de la mano—. El caso es que no quiero trabajar con mi madre y acabar siendo…

—Para empezar, no tendría nada de malo que termines allí, con una mujer que te quiere por encima de todo —interviene Javi.

Mi escepticismo le hace sonreír.

—A veces, las madres demuestran su amor de formas que no esperamos. Te crio sola. Seguramente le habría gustado hacer las cosas de otra manera, pero me da la impresión de que quiere allanarte el camino porque no desea que repitas su historia.

—Ella nunca fracasó —respondo con firmeza—. Jamás tuvo una queja de nadie.

—Que tú sepas —añade Claudia—. A lo mejor nunca te lo quiso decir para que no te preocuparas.

Javi asiente y eso me deja pensativa. Me quedo en silencio un momento, dibujando círculos en la mesa de madera desgastada. Intento recordar conversaciones con ella, hablando de su familia, pero no hay nada. Golpeteo el posavasos con un dedo y luego niego.

—Ese no es motivo para que me recuerde a diario cómo ha hecho las cosas mi *perfecta* prima Cristina.

—A lo mejor ella no es tan ideal como crees —apunta Javi—. Puede que solo eligiera el camino fácil y seguro cuando aceptó trabajar en la empresa de su marido.

Hace una pausa.

—No digo que no sea buena en lo que hace, pero siempre me has dicho que dejó atrás sus sueños por algo más… estable. Y tú…

—Yo solo quiero perseguir sueños imposibles —le interrumpo, levantando las manos antes de que intenten llevarme la contraria.

Mis amigos bufan y se miran entre sí, como si estuvieran resignados a la espiral en la que me he metido. Y la verdad es que sí. De no ser por las clases con Noelia y nuestra farsa, me pasaría el día entero en el sofá de Hugo, comiendo fritos y poniéndome al día con *Anatomía de Grey*, la serie perfecta para quienes queremos regodearnos en el drama.

—¿Sabes qué deberías hacer? —interviene Claudia.

«Pensaba que se daría por vencida», pienso.

—Dejar de buscar trabajo en empresas, en publicidad o en redes sociales. —La miro, incrédula—. Haz lo que siempre has soñado. Métete en el cine. Envía tu edición, la maqueta que preparaste antes de entrar en la universidad.

Ni siquiera recordaba la versión propia de *Desayuno con diamantes* que monté con escenas extra y algunos vídeos adicionales.

—Tú estás loca. Jamás van a aceptar…

—Tamara, ¿qué hay?

Los pelos se me erizan al reconocer la voz. Me giro despacio, como si el tiempo se hubiera detenido. Noelia me sonríe de oreja a oreja mientras se guarda un mechón pelirrojo tras la oreja. Hoy lleva pantalones anchos con zapatillas, combinados con una chaqueta marrón claro que resalta el color de sus ojos y el pelo suelto, que cae por sus hombros y espalda.

—He venido a tomar algo con unos amigos. —Señala con un gesto de la cabeza hacia atrás.

Estiro el cuello para ver a quién se refiere.

«No sabía que tuviera amigos», pienso. Lo cual es una tontería. Por supuesto que tiene.

Si ella es…

El cerebro se me queda en blanco. Y la única respuesta que encuentro es que, en muy poco tiempo, ha dejado de ser la profesora infernal a la que tiré dardos imaginarios contra una fotografía suya en la pared.

—Sentaos con nosotros —propone Hugo mientras echa un vistazo a su alrededor—. Mejor juntamos dos mesas, así estaremos más cómodos.

Claudia lo fulmina con la mirada, y el gesto me llama la atención, sobre todo porque Javi le da un codazo y sonríe como si acabaran de cometer una travesura. Aquí pasa algo, y voy a tener que enterarme rápido. Noelia me mira como si quisiera pedirme permiso.

—¡Claro, venga! —les digo encantada.

Hugo ayuda a colocar la mesa, y sus amigos se nos unen.

—Ellos son Esther y Sam —los presenta. Me levanto para saludar y, sin querer, le doy con la pierna a la mesa, a punto de tirar la cerveza—. Samuel tiene una granja ecológica cerca de Cudillero y es quien provee a *Dulce Armonía* de huevos y otros ingredientes.

—Con razón la bollería está tan buena —comento, dándole dos besos a él y después a ella—. Encantada.

—A Esther ya la conocéis —añade Noelia hacia los demás.

«Es verdad, ahora me acuerdo».

Una extraña tensión llena el ambiente. Me fijo en la manera en que Esther y Claudia se miran. Sus mejillas se han encendido como si tuvieran el sol sobre sus cabezas. No hace falta ser muy lista para notar que esa mujer le interesa a Claudia.

Sin embargo, no seré yo quien le haga pasar por un mal momento.

—¿Y ellos…?

—¿Si saben lo nuestro? —dice Noelia. Ni siquiera sé por qué lo pregunto.

—Están al día. En realidad, de camino aquí les estaba contando que mis padres y Elvira vendrán el miércoles, en vez de que nosotras vayamos a Oviedo.

Me atraganto con la cerveza y me pongo a toser como una loca. El aire no llega a mis pulmones y mientras Javi me pega en la espalda yo siento que está a punto de darme algo.

—¿Qué…? ¿Qué? —logro preguntar entre toses, intentando recuperar la respiración.

—Pues eso —responde Noelia con naturalidad. Luego levanta la mano y llama la atención de Emilio—. No he podido decirles que no.

—Joder… eso significa que…

No me da tiempo a terminar la frase. La puerta del bar se abre y, para mi desgracia, aparece doña Puri con su séquito de reinas cotillas. Lanzo un gritito desesperado y todas las miradas se dirigen al mismo punto que la mía. Los ojos de la «dulce» ancianita se abren como platos, y sonríe con la expresión de una villana de cuento. Lo que no espero es lo que sucede a continuación.

Por alguna razón, pensaba que Noelia estaba más lejos de mí, pero está sentada a mi lado y su mano se posa con suavidad sobre la mía mientras se acerca a mi oído para susurrar:

—Tranquila, disimula. Esto nos vendrá bien.

El aliento cálido de Noelia roza mi mejilla antes de que me acaricie con los labios, y los pelos se me ponen de punta. Mi corazón se dispara y me falta el aire otra vez. Está claro que es por la maldita situación y la sorpresa de que sus padres vayan a venir a Cudillero.

Seguro. Vamos. No puede ser otra cosa.

Como si no tuviera ya suficientes problemas.

«Tú aceptaste la propuesta».

No sé cuándo piden las cervezas ni si nuestros amigos están hablando. Es como si me hubiera convertido en la protagonista de una comedia muda, rodeada de miradas y críticas por igual. Doña Puri no se atreve a acercarse, pero estira el cuello como un pájaro en busca de una mesa libre.

—¿Ves? No está preparada para enterarse de que mi ligue es una mujer —bromea Noelia.

—Tu ligue falso —le recuerdo en voz baja, como si necesitara recalcarlo.

—Y no te preocupes por lo de mis padres, va a salir bien —añade, ignorando por completo mi comentario—. Solo tenemos que seguir como hasta ahora, fingiendo que eres un desastre con la repostería y que yo he llegado a tu vida para salvarte de quemar unos cuantos cruasanes.

La naturalidad con la que lo suelta me deja pasmada. Me pitan los oídos y apenas soy capaz de respirar con normalidad, al menos no todavía.

—Claro… Va a ir bien, seguro —digo, apuro mi cerveza y, sin pensarlo, robo el vaso de alguien más cuando llega a la mesa.

—¡Eh, que era mía! —protesta Hugo.

—Pues te aguantas, por no pedirme otra a mí.

Varias sonrisas decoran las expresiones del resto.

—¿Y qué tal tu vuelta por Cudillero? —pregunta Esther—. Noelia me contó que has estado unos años en Zaragoza.

—Sí, pero las cosas no acabaron como esperaba. Mi novia decidió dejarme el mismo día que me despidieron, me subieron el alquiler, mis ahorros se esfumaron y terminé en la habitación de invitados de Hugo porque no aguanto a mi madre —resumo de un tirón, sin detenerme a respirar—. Lo dicho, una maravilla.

Sam, el amigo de Noelia, se rasca la cabeza rapada y teñida de rubio. Luego abre mucho los ojos y hunde los labios en su cerveza.

—Digamos que eso la ha guiado a *Dulce Armonía* —añade Noelia, tratando de aligerar la evidente tensión que acabo de crear —. Hacía tiempo que no tenía un reto tan… interesante —puntualiza con cierta diversión—. No era consciente de lo aburrido que es tener alumnas tan aplicadas hasta que tú apareciste.

Me dedica un guiño y las piernas me tiemblan, aunque no estoy de pie. Me hundo un poco en la silla por la vergüenza, intento sonreír y volver a la normalidad.

Javi es el primero en levantar su vaso de cerveza. Después, lo hacen los demás.

—Por las sorpresas de la vida —brinda con entusiasmo, evitando que el momento se tiña de incomodidad—. Y por los cruasanes bien hechos, siempre con amor.

El muy cabrón lo dice con toda la intención. Refiriéndose a las dos.

A este guion pactado. A una farsa que, debo reconocer, empieza a tomar un rumbo inesperado.



20

Noelia

—Tamara es…

—Única —respondo a Esther, aunque no parece muy satisfecha con lo dicho—. Lo que más me llama la atención es que todo el mundo parece notarlo, excepto ella.

—Me hace gracia porque sois dos polos opuestos que encajan a la perfección —añade Sam—. Tú no sueles ser muy paciente con quienes no tienen idea de repostería en tus cursos, por no hablar de lo de Churro. Nunca te he visto seguir saliendo con una mujer que no haya recibido su aprobación.

—Precisamente por eso, porque no estamos saliendo. Al menos, no de verdad. —Me encojo de hombros.

—Claro, había olvidado ese detalle —dice, y le echa una miradita a Esther.

El paseo marítimo está repleto de gente y, de repente, siento que las miradas se posan sobre mí, por mucho que solo parezca mi imaginación. Sujeto a Sam del brazo y los obligo a detenerse.

—¿Qué pasa? ¿A qué vienen esos gestos? —les reprocho y no tardo un segundo en atacar—. Más vale que me lo digáis o no veréis ni una miga del sobrante de hoy.

Los domingos no son días de mucho ajetreo en *Dulce Armonía*, como si el pueblo entero se hubiera propuesto que también me tomara un descanso.

—¿Y bien? —insisto, cruzándome de brazos.

—Nada. —Sam levanta las manos y sonríe, dándole vida a su bigote rubio—. Solo que parece que os lleváis muy bien. No lo digo por la farsa, sino porque de verdad se nota que os entendéis, que habéis… conectado.

—Y no te atrevas a negarlo —dice Esther antes de que pueda abrir la boca.

Entrecierro los ojos. Llevarles la contraria no me servirá de nada.

—¿Y qué pasa si es así?

—Pues que a lo mejor deberías replantearte un poco tu vida y dejar de lado ligues como Daniela, que, por cierto, solo te va a traer problemas —me riñe Sam.

—¿Qué tiene de malo divertirse un poco?

—Que tú eres el objeto del engaño hacia otra persona, cuando sufriste lo mismo y te recuerdo que eso, te destrozó la vida. No sé, ¿qué me dices al respecto? —Esther parece molesta. Mi primer impulso es decirle que me deje en paz, pero no puedo hacer otra cosa más que darle la razón.

El único motivo por el que terminé en la cama de Daniela la otra noche fue…

Cierro los ojos y solo puedo ver cómo las luces de la discoteca caían sobre Tamara, revelando curvas perfectas que me hubiera gustado recorrer con mis propias manos. Pero no fui yo, sino aquella morena la que acabó con ella, vete tú a saber dónde.

Bueno, claro que lo sé.

Porque Tamara es… «preciosa».

Niego.

—Lo sé, he cometido un error, ¿vale? Soy muy consciente y no necesito que montéis un consejo de guerra por eso —protesto.

Sam se acerca, engancha su brazo al mío y me atrae a su cuerpo con una sonrisa en los labios.

—Solo intentamos que no te hagan daño —dice, y me da un beso en la mejilla, como si eso fuera a hacerme sentir mejor.

—Igual que con el tema del azúcar en los dulces —añade Esther, aprovechándose de la situación—. Te haría bien explorar otro tipo de ingredientes.

Pongo los ojos en blanco.

—Ya sabes cómo reaccionarían nuestros clientes, ¿verdad? Creo que este es el primer lugar en el que estoy donde no aceptan versiones distintas a lo tradicional. Ya es un milagro que compren los carbayones de crema de avellana. —Esther pone cara de disgusto y me echo a reír—. Pero prometo que lo intentaré. Tal vez haga una pequeña sección para los yoguis y los que somos más *fit*.

Sam se suelta y levanta los brazos, llamando la atención de los transeúntes para celebrar esta pequeña victoria. Luego gira y baila al más puro estilo Broadway.

—¡Hola, guapetón! —grita con voz aguda a un señor que pasa a nuestro lado. Este niega con la cabeza al verlo.

—Estás loco —comento, y vuelvo a agarrarme a él—, pero me encanta haberte conocido. A los dos. Cudillero no será lo mismo sin vosotros.

—Desde luego, sería un lugar aburridísimo. Tenemos que pintar las calles de arcoíris más a menudo. —Me dedica un guiño y, de repente, se pone más serio—. ¿Estás nerviosa por lo del miércoles?

Mi mirada se pierde en las montañas que rodean el paseo marítimo y la entrada al puerto. El movimiento de la bahía me da la calma suficiente para pensar en lo que esto pueda llegar a significar. Rara vez mis padres se ofrecen a venir al pueblo para comer en

familia. No es que no les guste, pero prefieren el bullicio de Oviedo y la variedad de restaurantes que regentan allí.

Suelto el aire de mis pulmones y busco apoyo en la sonrisa de Esther.

—Sé que quieren venir para comprobar que me va bien y que lo de Tamara es real, que no es una mera ilusión, vamos.

—Pues vaya manera de empezar —bromea Esther, y le doy un manotazo.

—Así no ayudas en nada. Ya me las pagarás cuando alguien te haga temblar hasta los huesos.

—¿Lo dices porque eso es lo que te pasa con Tamara? —añade Sam.

—¡Parad ya, joder! —grito. Varios pares de ojos se giran hacia nosotros y los fulmino con la mirada. Sonrío a un par de vecinos que beben sidra en una terraza y carraspeo—. Lo único que quiero es que se vayan convencidos de que pueden estar tranquilos, de que he encarrilado mi vida y ya no me paso el día llorando por quien no lo merece. Lo que me hicieron José y Virginia ha quedado en el pasado.

—Nunca entenderé esa jugarreta del destino, ni cómo se atrevió a juntar a dos de tus ex mientras uno te ponía los cuernos. Aunque bien dicen que siempre se junta el hambre con las ganas de comer.

La escena de cómo los pillé regresa a mis recuerdos, y hago un soberano esfuerzo por desechar esas imágenes.

Las sombras se alargan sobre el suelo de piedra, y en algunos tramos me fijo en los barcos estratégicamente alineados, mirando al mar. Desde aquí, se ve la entrada, con las aguas del Cantábrico extendiéndose en un azul profundo que me pone los pelos de punta, como si su calma de hoy pudiera derivar en tormenta según su capricho.

El lugar donde suele situarse la lonja a primeras horas de la mañana me dibuja una sonrisa en los labios.

—Eso fue lo que me trajo hasta aquí —digo, restándole importancia—. Aunque haya dejado de creer en el amor.

—No creo que eso sea del todo cierto —apunta Esther, encogiéndose de hombros—. Lo que pasa es que no has conocido a la persona adecuada, alguien que te demuestre que puedes volver a confiar y que no todo el mundo te hará daño.

—Por eso tienes que acabar con lo de Daniela —añade Sam—. Y esta vez, de verdad.

—Que sí, pesados —bufo, y los tres nos echamos a reír.

Miro el reloj de muñeca.

—Tengo que volver a *Dulce Armonía* o Alba me mata. Le prometí que hoy le daría un par de horas libres de más. Tiene un evento importante.

—Nosotros nos vamos a dar un paseo por la escollera. —Sam agarra a Esther del brazo como si fueran dos ancianas y sonrío—. Avísanos si necesitas cualquier cosa para el miércoles, ¿vale?

—Claro, ya os diré cómo ha ido todo.

Nos despedimos con un par de besos en las mejillas y levanto la mano al girar sobre mis pasos. Después, las guardo en los bolsillos de mi chaqueta y, de camino a la pastelería, me pongo algo de música en un intento por no pensar demasiado en la comida con mis padres y mi hermana.

Ni en cómo están yendo las cosas con Tamara.



21

Cudillero, Asturias.
16 de abril, 2025. Miércoles.

Tamara

Churro me mira desde unos veinte metros de distancia como si estuviera a punto de lanzar rayos por los ojos. Tiene el ceño fruncido y los labios le tiemblan, conteniendo los gruñidos por miedo a que Noelia le riña otra vez. Hace cinco minutos intenté hacer las paces con él, pero cuando fui a acariciarlo, me respondió con un cabezazo que dejó clara su reticencia a aceptar mi presencia. Dar un solo paso ya es una declaración de guerra, y no estoy segura de si respirar también será un delito para él.

—¿Seguro que no come humanos? —pregunto, sosteniendo un bol entre las manos.

Si cruzo la línea entre la puerta de la cocina y el salón, se desatará la Tercera Guerra Mundial, seguro.

—Ya sabe lo que hay desde hace unos días —responde Noelia sin apartar la mirada de la sartén—. No creo que se atreva a llevarme la contraria. ¡Joder!

Me giro y la veo destrozar la tortilla de patatas al intentar darle la vuelta, por segunda vez. Se enfada tanto que agarra la

espátula y la estrella contra el metal, como si acabara de darle un puñetazo a un saco de boxeo. Ahora entiendo por qué sus alumnas no se atreven a contradecirla.

Carraspeo. Miro hacia el salón y, al no ver a Churro, corro con pasitos cortos —en plan pingüino— hasta la mesa, donde dejo el bol con la ensalada en el centro.

—¿Por qué no me dejas hacerlo a mí y vas a cambiarte de una vez, como dijiste hace media hora?

—Porque no tienes idea de cómo son mis… —Noelia se lleva las manos a la cabeza y luego las deja suspendidas en el aire mientras cierra los ojos—. ¿Y tú desde cuándo sabes hacer tortilla de patatas?

—Que sea un desastre con los postres no significa que no sepa cocinar. Esto no es cuestión de pesar ingredientes y medir todo con precisión quirúrgica —protesto, como si sus clases fueran una absoluta tortura—. Anda, dame.

Le quito la espátula de las manos y nos miramos a los ojos durante un par de segundos. Se me eriza la piel con el roce fugaz de nuestros dedos. El instante es tan breve que, cuando se aparta para comprobar que los cubiertos y las servilletas están bien colocados, algo dentro de mí se revuelve, como si quisiera aferrarse a esa sensación.

Sabía que era organizada, que le gusta tenerlo todo bajo control, pero ahora que estoy en su espacio, a punto de enfrentarnos a algo desconocido, me doy cuenta de que también es insegura y que teme decepcionar a su familia. Es irónico que en eso nos parezcamos un poco, cuando ella tiene su vida perfectamente encarrilada, con una profesión y un futuro claros, mientras que yo…

Un ladrido a mi espalda me sobresalta. Cierro los ojos con fuerza y rezo para que Churro no venga a devorarme. Pero cuando miro de reojo, lo veo dando vueltas sobre sí mismo mientras Noelia se agacha, lo acaricia detrás de las orejas y le da un premio.

—Y mientras tanto, yo sigo siendo su enemigo número uno —murmuro casi para mí.

Niego con la cabeza y me concentro en cortar la patata y la cebolla.

Oh, no.

—Joder, esta es de las fuertes… —farfullo entre dientes mientras intento contener el escozor en los ojos y las lágrimas que brotan sin remedio.

Busco una servilleta, sorbo los mocos y me limpio. Tengo que concentrarme en que esto salga bien, así que libro una dura batalla contra la cebolla durante los dos minutos que tardo en cortarla.

Después, preparo los huevos en un bol sobre la encimera y reviso que tengo todo a mano. Se nota que a Noelia le gusta usar ingredientes de primera calidad, porque los aromas y colores que percibo no solo despiertan mis sentidos, sino que me transportan a los mejores recuerdos de mi infancia y adolescencia aquí, en Cudillero.

Pongo las patatas en la sartén y me concentro en la cocina durante unos minutos más, hasta que la voz de Noelia me sorprende a mi lado.

—Pero… ¿qué te ha pasado? —pregunta, escandalizada. Se lleva las manos a la boca y veo cómo intenta contener la risa.

—¿Qué…? ¿Qué he hecho? —Miro hacia la sartén y el corazón me da un vuelco.

Por un segundo, pienso que me he dejado un trozo de papel con mocos entre las patatas.

Spoiler: no sería la primera vez.

—¿Es que no te has visto la cara? —Noelia no aguanta más y se echa a reír.

Busco algún reflejo y, al encontrarlo, descubro que el rímel se me ha corrido por completo. De hecho, ha creado surcos oscuros en

mis mejillas de una forma terrorífica, como si acabara de salir del tren de los horrores.

—Me cago en la puta… ¡Sabía que tenía que haber cambiado ese rímel! —Echo la cabeza hacia atrás mientras Noelia se regodea en su risa—. Oye, para ya.

—¿Han sido las cebollas? —pregunta, dándome un trozo de papel de cocina—. ¿Voy a tener que enseñarte también cómo evitar esto?

Odio que se burle de mí, aunque la picardía con la que sonríe me deja paralizada. La fulmino con la mirada e intento arreglar este desastre. Por supuesto, no funciona para nada.

—Anda, ve a mi baño. He dejado todo el maquillaje ahí. No creo que la base te sirva, pero algo podrás hacer —comenta mientras me acaricia el brazo con suavidad—. Tampoco necesitas mucho, porque estás guapísima. El cuero te queda bien.

Me guiña un ojo y, al mirar mis piernas, recuerdo que llevo puestos unos pantalones que combinan con unos botines espectaculares, además de cómodos.

No sé si es posible, pero siento que mis mejillas arden, como si hubieran adquirido el color de su pelo.

—La tortilla ya está, solo falta emplatarla —informo, carraspeo y estiro el cuello—. Pero ten cuidado, no la vayas a destrozar.

—Tranquila, no arruinaré tu obra de arte —dice con tono burlón—. Es la última habitación a la derecha.

Intento no hacer ruido de camino al baño para evitar que, en el peor de los casos, Churro se entere y venga tras de mí, dejándome sin escapatoria. Miro varias veces por encima del hombro y, cuando estoy a salvo, llevo las manos al pecho, como si acabara de atravesar con éxito un campo de minas.

La habitación de Noelia huele a una mezcla entre canela y mantequilla, y mi mente viaja a *Dulce Armonía* de inmediato. Las paredes están pintadas de un bonito tono gris y hay varias

fotografías colgadas. Me acerco a una de ellas y la veo con una chaquetilla de chef mientras decora una tarta impresionante. Es curioso que tenga esta foto aquí y no expuesta en el salón, como un recordatorio visible de sus logros.

Busco el baño y, al entrar, el aroma cambia a vainilla. Efectivamente, el maquillaje está sobre el mueble. Lo primero que hago es eliminar el rastro del desastre que la cebolla ha dejado en mí piel.

Me lavo la cara, la seco con cuidado y me observo en el espejo. Mis rizos tienen un toque rebelde que me encanta.

«Estás guapísima», las palabras de Noelia se pasean por mi mente y sonrío, nerviosa, al tiempo que mis dedos tiemblan al acariciar el frasco de su perfume, que descansa en una pequeña estantería. Niego con la cabeza y me pongo manos a la obra. No tardo demasiado en retocar el maquillaje, porque, como ella ha dicho, no lo veo necesario. Me arreglo un poco más los rizos, me miro una última vez en el espejo y, tras sonreír para mí misma, regreso al salón, encontrándome con voces desconocidas.

—Ah, ahí está Tamara —dice Noelia. Me quedo paralizada al ver a sus padres y a su hermana—. Les estaba contando que la cebolla te ha convertido en un mar de lágrimas.

—Sí, siempre me pasa. Por mucho que ella me diga lo que tengo que hacer, al final acabo así —disimulo.

Pongo mi mejor sonrisa fingida y, antes de saludar a su familia, hago algo que ni yo misma sé por qué. Mis labios buscan los de Noelia en un beso que apenas es un roce, pero que lleva a mi cuerpo una corriente eléctrica maravillosa.

—Para la próxima vez te haré caso, cariño —comento. La miro a los ojos y le acaricio el cuello. Luego dirijo mi atención a sus padres y me presento—: Soy Tamara, encantada de conocerlos.



22

Noelia

Apenas logro prestar atención a la conversación que Elvira y mis padres mantienen con Tamara. Quizás solo estoy nerviosa, o tal vez…

La caricia sigue presente en mi cuello y me cosquillea como si aún la sintiera. Levanto la vista de mi plato y la encuentro mirándome, con una sonrisa que le llega hasta los ojos y esa chispa traviesa en la expresión que aparece cuando habla de algo que le gusta. Aunque en este caso, ese algo soy yo, y solo imaginar la posibilidad de que…

«No, solo está interpretando su papel.»

Y lo hace a la perfección.

Mi padre pincha un trozo de tortilla y se lo lleva a la boca. Se queda en silencio unos segundos y emite un leve gemido de aprobación que me sorprende hasta a mí, porque pocas veces se le ve realmente satisfecho con este plato, aparentemente sencillo.

Le imito y compruebo que está en su punto justo, ni muy hecha ni muy cruda. La combinación de sabores me transporta al momento en que Tamara se concentró para darle la vuelta, con una destreza que dista mucho de la torpeza que suele mostrar en las

clases. Porque allí, se convierte en un completo desastre con el que, sinceramente, a veces no tengo ni idea de cómo lidiar.

—Bueno, contadnos cómo os conocisteis —dice Elvira, con evidente curiosidad—. ¿Cómo conquistaste a mi hermana? Porque ya te digo yo que lleva años sin querer saber nada de relaciones.

—Pues… —empiezo a decir.

—La verdad es que fue algo curioso. —Tamara me interrumpe con naturalidad mientras se limpia los labios con la servilleta. Luego bebe un poco de cerveza, como si quisiera darse tiempo para hablar. Se lleva una mano al pecho y finge tragar con dificultad—. Perdón, es que cuando una tortilla me sabe tan rica, me olvido hasta de mis modales —bromea.

«Joder, es toda una experta. ¿Habrá hecho esto antes?»

—Como decía, fue algo curioso. Yo estaba de vacaciones en Oviedo. Ya sabéis que trabajaba en Zaragoza… —Mis padres asienten y eso le da confianza para seguir—. Coincidimos en los Premios Nacionales de Hostelería, en noviembre. Recuerdo que todo el mundo la felicitaba por los postres que se sirvieron con el cáterin, y yo no pude ser menos. Pensé que no la volvería a ver, pero cuando regresé a Cudillero, la vi paseando por el puerto una tarde. Me sorprendí tanto que prácticamente la arrollé.

—Y yo ni siquiera sabía que se había apuntado a las clases de repostería.

—Bueno, la que estaba apuntada era mi madre, pero al final no pudo ir y yo cubrí su puesto para que el dinero no se echara a perder. —Tamara se encoge de hombros con fingida modestia y vuelve a beber de su copa—. Y así surgió todo.

—Menuda casualidad, ¿no? —comenta Elvira, mirándonos a ambas con suspicacia. Por un instante, temo que no se crea ni una palabra de lo que ha dicho mi *novia* falsa. Sin embargo, no tarda en sonreír y levantar la copa—. Habrá que brindar por estas casualidades de la vida. Qué pena que Julián no haya podido venir,

porque seguro que pensaría lo mismo que yo; así es como se encuentra al amor verdadero.

Estoy a punto de atragantarme con la cerveza y siento la presión hasta en los ojos.

Tamara interviene rápidamente, me toma de la mano y la aprieta con cariño sobre la mesa.

—Lo único que sé —dice con voz suave— es que me alegra haberla encontrado de nuevo y que, al menos, mi vuelta a Cudillero ha traído algo que no me esperaba para nada.

—Es verdad —recuerda mi madre—, nos habías contado que volviste porque la empresa en la que trabajabas hizo recorte de personal.

—No creo que sea el mejor tema para…

—No te preocupes, cariño, ya lo tengo superado —me interrumpe Tamara con una sonrisa.

Y antes de que pueda reaccionar, me da un beso en la comisura de los labios. Me quedo paralizada, con una repentina necesidad de beber. Me termino la cerveza de un trago y pongo la excusa de querer otra para levantarme e ir a la cocina.

—Madre mía, me va a dar algo… —murmuro para mí.

Me sobresalto al notar un leve golpe en la pantorrilla y me encuentro con la mirada inquisitiva de Churro.

—Tú también estás nervioso, ¿eh?. Ya ves, Tamara es toda una actriz —le digo, agachándome a su altura.

Churro gruñe, gira la cabeza hacia ella y luego vuelve a mirarme, repitiendo el proceso varias veces. La única razón por la que se está conteniendo es porque adora a mis padres. Bueno, y porque mi madre no para de darle comida, aunque le tenga dicho que no quiero que lo haga.

—No te preocupes, cuando esto acabe, volveremos a la normalidad.

Le guiño un ojo y le acaricio detrás de las orejas.

—Ahora ve con la abuela, pero nada de abusar con los caprichos, ¿eh?

Echa la cabeza hacia atrás, ofendido, y camina con sus patitas cortas hacia el salón.

Al pasar junto a Tamara, la fulmina con la mirada. Ella le responde con el mismo gesto, aunque enseguida disimula y vuelve a centrarse en la conversación. Me cuesta creer lo bien que se ha metido en el papel de novia perfecta, hasta el punto de que no puedo evitar mirarla en silencio.

Se aparta el pelo con naturalidad y me quedo embobada con el bonito contraste de colores cuando sus mechones rozan la piel de su cuello, donde descubro un lunar precioso en el que no me había fijado antes, justo debajo de su oreja. De repente, se gira y me guiña un ojo, invitándome a regresar.

Asiento, tomo una cerveza de la nevera y voy con ellos.

—No nos habías dicho que tenías una novia artista.

—Tampoco sabíais su nombre —aclaro con tono bromista, y nos echamos a reír—. No me gusta desvelar estas cosas, prefiero que sea la gente quien se dé a conocer.

—Es verdad, con Virginia y José hiciste lo mismo. —Como Tamara pone cara de no entender nada, mi hermana sonríe—. Sus ex —aclara—. La verdad es que ese par fue…

—No hablemos de eso, por favor —la interrumpo. Mi incomodidad hace que mi tono suene más duro de lo que pretendo —. ¿Ya sabéis dónde va a ser la fiesta?

El ambiente se tensa de golpe y me concentro en la comida. El gesto de Tamara también cambia y, como si notara la tensión, Churro decide hacer acto de presencia ladrando hasta que mi madre le da un poco de pan untado con paté para callarlo.

Por suerte, la conversación toma otro rumbo y Elvira deja de lado la idea de hablar sobre por qué hace tiempo decidí que el amor

no era para mí.

Las risas se mantienen durante el resto de la comida, en gran parte gracias a Tamara. Les habla de su pasión por el cine, de sus estudios, de cómo desvió su carrera profesional hacia la publicidad, aunque siempre ha soñado con producir y editar películas. Me sorprende descubrir a una persona distinta de la que entró en *Dulce Armonía* el primer día del curso. La ilusión con la que habla borra las conversaciones que hemos tenido alguna vez, donde el fracaso era el tema central. Sus ojos se iluminan de vez en cuando y me doy cuenta de que podría quedarme escuchándola todo el día.

—Supongo que entonces nos veremos en la comida. Pero si algún día os apetece ir a Oviedo, avisadnos y organizamos algo. —Mi madre se despide de ella con un abrazo.

Papá me da dos besos en las mejillas y se acerca a mi oído.

—Me ha caído muy bien, es una chica impresionante —susurra, y noto cómo se me eriza la piel al imaginar la sonrisa de Tamara en mi cabeza.

—Lo es —respondo con cierta dificultad.

Satisfecha, Elvira también se despide de ella y me da un par de besos, además de guiñarme un ojo en señal de aprobación.

Cuando la puerta del piso se cierra, me dejo caer contra ella, apoyando la espalda mientras suelto el aire que he estado conteniendo.

—Parece que ha salido mejor de lo que esperábamos —comenta Tamara con orgullo.

Nuestras miradas se encuentran en la distancia.

El corazón empieza a latirme más rápido de lo normal, siento las palpitaciones en los oídos. Hay una electricidad invisible entre nosotras. Estoy a punto de dar un paso cuando las patitas de Churro resuenan en el salón y corre hacia mí, desesperado, como si intentara protegerme de un peligro invisible… o de la posibilidad de que Tamara y yo…

—Tranquilo, guapetón, que no te la voy a robar —le dice ella con una sonrisa—. Lo de hoy ha sido puro teatro.

Y algo dentro de mí se rompe.

Churro me da varios lametones cuando lo cojo en brazos. Me obligo a recordar que esto solo ha sido eso, una escena fingida para salir del paso, algo que acabará cuando termine la boda de mi hermana.

—Gracias por lo de los premios. No tenía idea de que sabías que estuve ahí.

—He investigado un poco. Quería saber por qué una mujer como tú acabó en un pueblo como este, sobre todo siendo tan buena en su trabajo.

Tamara empieza a recoger la mesa.

—Deja, ya lo hago yo. No hace falta que te quedes —digo, y hasta yo me sorprendo por mi frialdad—. En Barcelona se complicaron las cosas. A veces, aunque ames lo que haces, tienes que saber cuándo parar y priorizar tu bienestar mental. El trabajo no debería ser un sacrificio, eso es lo que me trajo a Cudillero.

—Entiendo…

El silencio repentino enfría el ambiente. Tamara echa un vistazo al sofá del salón.

—Pues yo me voy. Ha sido muy agradable conocerlos, tienes unos padres increíbles. Igual que tu hermana.

—Gracias, ellos piensan lo mismo de ti —aclaro.

Dejo a Churro en el suelo mientras ella se pone la chaqueta. Luego enreda los dedos en sus rizos, los peina con cuidado y finalmente se guarda las manos en los bolsillos.

—Nos vemos —comenta.

—Claro. No te olvides de revisar el correo, ya he enviado las directrices para la siguiente receta.

Tamara asiente y, sin más, se marcha. Dejándome hecha un manojo de nervios.



23

Cudillero, Asturias.
17 de abril, 2025. Jueves

Tamara

—La verdad, no entiendo por qué no me lo has contado antes. Tiene delito ser tu madre y enterarme por los cotilleos del pueblo. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—¿Cuando tuviera la importancia necesaria? —La escucho bufar y me inclino hacia delante para buscar una de sus manos—. No me voy a casar, mamá. Solo es una historia que ha empezado por casualidad y ya está.

—¿Y ya está? Hablas como si la relación estuviera sepultada antes de empezar.

«Qué bien lo sabes», pienso para mí.

—En cualquier caso, solo quiero que sepas que me ha dolido un poco enterarme por doña Puri. Deberías haberla visto, escandalizada porque Noelia haya acabado con una mujer en vez de con el nieto de su mejor amiga. —Chasquea la lengua y niega con diversión—. A veces creo que, incluso muerta, va a seguir haciendo correr los rumores por Cudillero como la pólvora.

—Yo también. A esa mujer no se le escapa una.

Que mi relación con Noelia haya llegado a oídos de mi madre significa que hemos conseguido el efecto esperado y que esta farsa se nos hará mucho más sencilla. Además, la tensión entre nosotras parece haberse aligerado un poco, como si tener pareja fuera la solución a todos los problemas que tengo encima.

Desde que los chicos lo mencionaron, no he dejado de pensar en la posibilidad de contactar con diferentes productoras para hacerles llegar mi trabajo, lejos de las empresas habituales con las que solía colaborar. Apostar por el cine siempre estuvo en mis planes, pero con el tiempo, la idea se fue diluyendo. Recibí un golpe de realidad cuando comprendí que no era tan fácil cumplir un sueño si, al mismo tiempo, necesitaba pagar el alquiler. Con los meses, y el ir y venir de empresas, me alejé de la verdadera vocación que sigue latiendo dentro de mí. Otra de tantas decisiones nefastas a lo largo de mis treinta y cuatro años.

—… ¿y qué piensas al respecto? —escucho de pronto—. Cariño, ¿estás ahí?

—Sí, perdona. ¿Qué me decías?

—Que qué te parece quedar con Cristina, Fabio y los niños para hacer una barbacoa en su casa, para que la familia conozca a Noelia y lo celebremos.

La taza de café tiembla entre mis manos y estoy a punto de volcármela encima.

Esta no es la propuesta que esperaba después de contarle a mi madre cómo han ido las cosas desde la última vez que hablamos dando una vuelta por el paseo marítimo. La conozco tan bien que sé perfectamente por dónde va cuando habla de "celebrarlo". Como si, después de tanto tiempo, por fin hubiera encontrado una razón para que mi vida valga la pena.

Joder, a veces siento que vivo en los años cincuenta, cuando la gente te miraba mal por decidir no atar tu vida a nadie. Se supone que el plan era que se corriera la voz, dar a entender que estábamos

juntas, ir a la fiesta de la hermana de Noelia y luego a la boda. No pasear nuestro amor por Cudillero como si fuéramos las reinas de todas las portadas.

—¿No tenías que hacer turnos extra esta semana?

—Puedo cambiárselos a Sole. En cuanto le diga que mi niña ha encontrado a alguien, será la primera en ofrecerse.

—Mamá… que no es la noticia del año, por favor.

—¿Cómo que no? Para mí, Carmen Orellana, sí que lo es —exagera, y no puedo evitar reírme por la expresión que pone.

«No debió ser fácil para tu madre criarte sola. Que el supuesto amor de tu vida te abandone debe de ser un golpe durísimo que a mí no me gustaría vivir.»

Hugo, el filósofo, siempre se pone de su parte. Y aunque me cueste reconocerlo, la ilusión que veo en los ojos de mamá, es conmovedora. Al final, aunque sea una pesada y dé más importancia a estas cosas que a muchas otras, lo único que me demuestra es que quiere que sea feliz, que no termine sintiéndome sola, sin un hombro en el que llorar cuando las cosas se pongan difíciles, como le pasó a ella en los peores momentos de su vida.

La única y más clara diferencia entre las dos, es que yo no necesito a alguien que me cuide cuando las cosas van mal, porque siempre he sabido salir adelante por mi cuenta.

—Está bien, le preguntaré a Noelia cuándo le parece bien y quedamos con la prima Cristina.

—Ya verás qué contenta se va a poner cuando lo sepa.

«Sí, sí, a ver cuánto tarda en hacer comparaciones», pienso para mí.

Le doy un sorbo al café y echo un vistazo a mi alrededor. El bar está casi vacío, aunque dentro de media hora se llenará de pescadores que vienen a comer.

—Y lo de encontrar trabajo, ¿cómo lo llevas? —pregunta con interés—. Todavía puedo decirle a Sole que tenga esa conversación con el encargado. Seguro que te consigue un puesto en un abrir y cerrar de ojos.

—Mamá, no quiero trabajar en una empresa de textiles. Agradezco que te preocupes, pero soy yo quien debe encontrar su rumbo. Ya te lo dejé claro el otro día.

—No quiero que vivas en casa de Hugo toda la vida. ¿Qué va a hacer ese muchacho si encuentra pareja? ¿Necesitas que te haga sitio en casa?

—Pues en ese caso, ya pensaré en algo —respondo, frustrada —. Y tampoco quiero que desarmes la habitación solo por unas semanas. No voy a quedarme en Cudillero más de lo necesario, así que no te preocupes.

Las palabras salen de mis labios con tanta dureza que suenan casi con desprecio, como si me diera asco la idea de estar aquí, y mi madre lo nota al instante. Asiente y se aparta los mechones rizados que se han soltado de su peinado perfecto. También evita mirarme a los ojos, como si la hubiera herido con lo que acabo de decir.

La conozco tan bien que sé exactamente qué está pensando. Que no quiero estar aquí con ella. Que no es suficiente para mí. Que le reprocho la vida que me dio. Que su ausencia por trabajo nos afectó más de lo que admito. Que nunca la he visto como una madre de verdad.

—Perdón, no quería sonar tan brusca —me disculpo. Dejo la taza en el platillo y busco sus manos—. Es solo que creo que las oportunidades de verdad están fuera de este pueblo, y quiero esforzarme por encontrarlas. Pero te prometo que vendré más a menudo a verte.

—Eso dijiste la última vez, y apenas aparecías por casa en Navidad —protesta.

No puedo llevarle la contraria.

Y no es que no quisiera verla, es que simplemente no tenía ganas de volver para contarle a todo el mundo lo mucho que odiaba mi trabajo y cómo mi vida se iba desmoronando poco a poco.

«Total, para lo que me ha servido», me digo, porque eso es precisamente lo que he terminado haciendo.

—Pues esta vez cumpliré mi promesa. Los chicos me dieron una idea el otro día y creo que voy a intentarlo.

La ilusión vuelve a brillar en sus ojos, y no puedo evitar sonreír de oreja a oreja. Ahora sí que veo a mi madre de verdad.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a enviar mi copia de *Desayuno con diamantes* a diferentes productoras —le informo, y abre la boca, sorprendida—. Quiero cumplir la promesa que me hice cuando tenía quince años. Al menos, si fracaso esta vez, será después de haber intentado cumplir mi sueño.

—Tú no eres un fracaso, hija mía —afirma, y esta vez la sorprendida soy yo—. Solo has elegido los pasos incorrectos, pero eras tú quien debía equivocarse.

«¿Quién es esta mujer y qué ha hecho con mi madre?»

—Sé que tiendo a juzgarte mucho, que puede que solo desee para ti la vida que yo no he tenido, con cosas más… lógicas. Pero tú no eres como yo. No eres conformista ni te vale lo sencillo. Así que tienes mi apoyo. Te prometo que no volveré a insistir con lo de hablar con Sole.

—Muchas gracias, mamá. Es muy importante para mí.

Le doy un apretón en la mano y me termino el café de un sorbo.

—Eso sí —añade con picardía—, a partir de ahora quiero que me cuentes todo lo que pase con Noelia, o vas a tenerme detrás de ti todo el día.

Me mira a los ojos y sonríe.

—Me alegra que hayas encontrado a alguien, cariño. Se te ve muy feliz.



24

Tamara

Debería estar haciendo algo más útil que dar una vuelta por Cudillero, como revisar la receta que Noelia me mandó o desempolvar mi lista de contactos para enviar la versión de la película que edité de la que tan bien hablan mis amigos. Sin embargo, he preferido recorrer las calles que una vez fueron testigo de las sonrisas de otra versión de mí, una mujer idealista que creyó poder alcanzar todos sus sueños con solo comprar un billete de autobús.

«Y qué equivocada estaba…»

Lo que encontré ahí fuera no tuvo nada que ver con las ilusiones que me había fabricado en la cabeza. Sí, conseguí un buen trabajo. Sí, viví en un piso enorme con unas vistas increíbles. Sí, también tuve una novia que cocinaba de maravilla y que siempre sabía cómo satisfacerme en todos los sentidos. Pero aquello no fue más que una máscara, una ilusión que poco a poco se fue resquebrajando hasta convertirse en pedazos, dejando al descubierto a la verdadera Tamara, la que se escondía bajo capas y capas de mentiras que yo misma construí para convencerme de que tenía justo lo que siempre había buscado.

No es que fuera una impostora en el sentido completo de la palabra, pero ahora que lo veo con otra perspectiva, me doy cuenta

de que creé la personalidad perfecta para esconder mis inseguridades, esos miedos que, ahora que no tengo nada, han vuelto a salir a la superficie. Y lo curioso es, que he tenido que volver al sitio del que siempre quise huir para darme cuenta de todo lo que tengo que reparar antes de dar otro gran paso.

Por mucho que me levante cada mañana con ganas de tomar ese autobús, sé que estaría cometiendo un error garrafal que, dentro de unos años, me devolvería a Cudillero de una patada, con otra herida en el orgullo.

—Tamara Orellana, ¡qué raro verte por aquí tan sola!

«Mierda».

Había olvidado que dar un paso fuera de casa aumenta las probabilidades de encontrarte con doña Puri un doscientos por ciento, y también que tiene la habilidad innata de hacer que media plaza se gire para mirarte.

—Hola, ¿no tiene ninguna partida de parchís pendiente? —ironizo con gracia, y ella me da un pequeño manotazo en el brazo.

—Cómo me conoces, chiquilla, pero hoy es a las cinco —asegura con orgullo—. Así que me he dicho: «vamos a salir de casa a tomar un poco de vitamina D».

«Y a hacer de doña Hurraca también», pienso.

—Eso está muy bien.

—¿Tú dónde ibas? El otro día vi a tu madre y está encantadísima con eso que tú y yo sabemos…

Entrecierra los ojos y mueve sus cejas blancas poco pobladas. La sonrisilla que dibuja es la de quien se siente orgullosa de haber propagado el rumor. Debería molestarme, pero en el fondo me parece adorable. Además, esto me beneficia, tanto a mí como a Noelia.

La terraza de *La Taberna del Puerto* está abarrotada de gente y siento la leve tentación de invitar a doña Puri a un vinito, porque sé de buena fuente que a deshoras le gustan más.

—Ahora solo te falta encontrar trabajo y la tendrás contentísima.

Pero la idea se esfuma de mi cabeza tan rápido como ha abierto la boca.

—En eso estamos, doña Puri, en eso estamos —digo sin muchas ganas—. En realidad… —Me quedo pensando en una excusa para escapar y la encuentro de inmediato—. Estaba a punto de enviar unos mensajes, pero Noelia quería que fuera a ver algo que ha preparado.

—Ya sé yo lo que quiere que veas, chiquilla —comenta, y la mandíbula se me desencaja ante la insinuación que acaba de soltar —. Anda, ve, ve, no seré yo quien evite una cita de Julieta con Julieta.

«¿Se habrá bebido ya el vinito?», me pregunto, conteniendo la risa.

Doña Puri no me da ni un segundo para reaccionar. Me da un par de golpecitos en el brazo y se marcha con la misma rapidez con la que ha aparecido.

Niego para mí misma y guardo las manos en los bolsillos. Ahora que lo he mencionado, me apetece ir a ver a Noelia, distraerme con algo que no me haga pensar en todo lo que he dejado atrás y que ya no podré recuperar.

Pasear por estas calles me provoca cierta nostalgia, como si este laberinto de piedra escondiera secretos entre sus recovecos, esperando a ser descubiertos. Tengo la sensación de recorrer un álbum de fotos desordenado, donde cada esquina guarda un recuerdo, un trozo de historia que creí haber dejado atrás. Cuando mis ojos se posan en la taberna, revivo todas las veces que me sentí adulta al cruzar esa puerta de adolescente, solo para pedir un refresco de naranja. Incluso la confitería de la esquina me arranca una sonrisa, como cuando pegaba las manos al cristal y mi madre terminaba comprándome una marañuela para merendar.

Las casas de colores se apilan en la ladera, compitiendo por ver cuál atrapa mejor la luz del sol. De algunas ventanas abiertas se escapan retazos de conversaciones y el sonido lejano de una radio reproduciendo un bolero antiguo.

—¿Por qué quise alejarme de todo esto? —me pregunto en voz alta, como si esperara una respuesta reconfortante.

Durante años, me convencí a mí misma de que odiaba este lugar y la vida que tenía aquí. Creí que debía marcharme para alcanzar el éxito, tanto personal como profesional. Que mi padre se había ido porque en otro lugar había encontrado algo más interesante que estas calles y una hija sin futuro en ellas. Sin embargo, aquí estoy, sonriendo mientras atravieso las mismas calles de las que una vez quise huir.

Y entonces, llego a mi última parada.

Me detengo en mitad de la calle y un claxon me sobresalta. Me aparto, aunque lo más extraño es que el conductor, en lugar de insultarme como habrían hecho en Zaragoza, me sonríe. Tal vez ha visto algo en mi expresión, en mis ojos. Tal vez ha percibido los nervios que suben por mis brazos como pequeñas hormigas buscando construir un hogar en el centro de mi pecho, donde el corazón me late con fuerza por algo a lo que todavía no sé darle sentido.

A través de la ventana veo la silueta de Noelia.

Estoy segura de que sonríe mientras atiende a un cliente. Está tan metida en su elemento que me odio por saber que voy a sacarla de esa burbuja en la que parece moverse con soltura, sin expectativas, pero con un rumbo claro, con la certeza de lo que le gusta y lo que le hace bien al corazón.

«Dios, cómo la envidio por eso. La envidio tanto que me duele y me avergüenza sentirme así, cuando se supone que a mi edad ya debería tenerlo todo claro»

Sacudo la cabeza y cruzo la calle.

Mis dedos rozan el pomo de la puerta y, al abrirla, el aroma a dulce y café me envuelve con la misma intensidad con la que el fuego se instala en el bajo vientre cuando unas manos te acarician entre los muslos. Noelia levanta la mirada y su expresión seria cambia al instante. El corazón se me paraliza y, en cuestión de un segundo, vuelve a latir.

—Pensaba que no te vería hasta el sábado —dice mientras marca algo en la caja registradora—. Aquí tiene, don Damián. Mañana su pedido estará listo a las tres en punto.

—Eres la estrella de este pueblo, siempre aciertas con todo —comenta el hombre, y no podría estar más de acuerdo.

Le saludo con un gesto y espero a que se marche para hablar.

—No tenía mucho que hacer, la verdad.

—¿Ah, no? ¿Y la receta?

—Bajo control —miento—. Ya verás, voy a ser la mejor de la clase.

—Mejor no hagas apuestas, que ya sabemos cómo acaba eso.

Abro la boca.

—¿Y si quiero apostar, qué?

No debería envalentonarme tanto, pero a veces no puedo evitarlo.

Menos todavía, cuando el desafío es con Noelia Guerra.

—Pues tendrás que correr con las consecuencias, porque si pierdes, vas a tener que recompensarme.

—Tú dirás.

El ambiente se tensa, pero de una forma distinta a la del otro día en su casa, cuando su familia se marchó. Me acerco a la barra, me siento en un taburete y apoyo los codos, dejando caer la cara en las manos.

Espero una respuesta, por supuesto.

—Déjame pensarlo con calma. Tiene que ser algo a la altura —pide Noelia.

El pitido del horno indica que algo ha terminado de cocerse.

—¿Te apetece tomar algo? Invita la casa.

—Qué novia falsa más generosa que tengo —comento, y por un instante, su sonrisa parece desvanecerse.

—Voy a sacar los cruasanes, ya vuelvo.

Su semblante se endurece un poco, igual que ocurrió en su casa. Y yo no puedo evitar suspirar ni preguntarme si, sin darme cuenta, habré metido la pata en algo.



25

Noelia

Tardo unos treinta segundos en reaccionar. El horno sigue pitando hasta que lo apago, busco los guantes y arrastro el carro con las bandejas fuera. Enseguida, el aroma a mantequilla llena el obrador y me abre el apetito, como si cada vez que percibo estos olores, mis sentidos se despertaran por primera vez. El corazón me late a toda prisa y, al pensar en la sonrisa pícara de Tamara, estoy a punto de quemarme por quitarme los guantes antes de tiempo.

—¡Ah, joder! —grito.

—¿Estás bien? —oigo desde fuera.

—¡Sí, no te preocupes!

«Estoy perfectamente», pienso.

Al menos, debería estarlo. Pero la realidad es muy distinta.

Por más que lo he intentado, no he conseguido sacarme de la cabeza los últimos instantes que pasamos juntas en casa después de que mis padres y Elvira se marcharan. Tamara cerró el capítulo con rapidez, como si le resultara sencillo deshacerse de la máscara con la que interpreta este papel. Un papel que le sale a la perfección, ya que estamos. Y supongo que eso no tiene nada de malo. Lo que me preocupa es haberme sentido tan mal y no haber dejado de pensar

en ello durante el resto del día, y que haya conseguido quitarme el sueño.

Churro me observó con sus ojos inquisitivos en más de una ocasión, como si supiera perfectamente que no podía sacármela de la cabeza. Algo que, sin duda, no debería estar ocurriendo. Porque fui yo quien le pidió que me ayudara. Porque fui yo quien ideó este plan.

Y también… la que no puede evitar sonreír como una tonta cada vez que Tamara suelta alguna ocurrencia o se pone blanca al confundirse con los ingredientes en clase.

—Esto no está bien, nada bien.

—¿Qué no está bien? ¿Los cruasanes?

Doy un brinco y estoy a punto de lanzarle uno de los guantes a la cara.

—Eh, que soy yo —dice, levantando las manos para cubrirse —. Cuidado con eso, que podrías joderme esta bonita nariz.

Me quedo mirándola.

«Sí que la tiene bonita, sería una pena.»

Niego con la cabeza de inmediato. Tengo que dejar de pensar en estas tonterías.

—¿Qué haces aquí? —pregunto, cruzándome de brazos y fulminándola con la mirada—. Este es territorio prohibido, ¿sabes?

—Quería conocer bien dónde trabaja mi guapa y maravillosa novia falsa.

El tonito que usa no me gusta demasiado, sobre todo cuando recalca el «falsa». Es como si, con cada palabra, intentara recordarme que lo nuestro no va más allá de una mentira estratégicamente elaborada.

«Es que así es como debe ser», dice una voz en mi conciencia.

Afuera, el silencio sigue imperturbable. Y ahora que está aquí, no se me ocurre mejor idea que buscar los guantes de Alba y dárselos.

—Ya que te has colado sin permiso —digo, midiendo cada una de mis palabras—, ahora vas a saber lo que es trabajar de verdad en *Dulce Armonía*.

—Pensaba que eso ya nos lo estabas enseñando en clase.

—Eso no es nada. Allí no tienes la presión de cientos de personas que lo quieren todo perfecto. Aquí no se puede desperdiciar un solo ingrediente, ni mucho menos quemar la repostería o echar a perder una tarta porque, en lugar de azúcar, alguien le ha puesto sal.

—Yo no he hecho ninguna de esas cosas —se justifica Tamara —. Bueno… salvo tirar un par ingredientes… y quemar alguna cosa.

Se encoge de hombros. Debería echarle la bronca, sobre todo, por el tono de burla. Porque para mí es muy importante ser profesional. Cada ingrediente, cada elaboración que preparo aquí es como una joya que merece ser tratada con el mayor cuidado.

Sin embargo, no puedo evitar prendarme de su sonrisa.

—Algún día pagarás las consecuencias de sacarme los colores en clase, ya te lo digo yo —le aclaro.

—Ah, ¿te saco los colores? Eso no lo sabía.

Me sonríe hasta con la mirada, y tengo que obligarme a apartar la vista. Alba tenía unos asuntos personales que atender, así que estaré sola al menos una hora. Aunque por la tarde no solemos recibir tanta clientela, no hay indicios de que pueda estar tranquila del todo.

Tamara suspira.

—¿Y qué se supone que tengo que hacer con esto? —pregunta, poniendo las manos en su cintura.

—Vamos a darles el toque final a los cruasanes, ¿no ves que les falta algo?

—¿Algo? —repite, observándolos como si estos fueran a responderle.

Niego y echo la cabeza hacia atrás. De todas las personas con las que me podría haber involucrado en este juego, Tamara parece ser la que menos encaja conmigo. O al menos, en un momento como este. Porque, después de varios días, he empezado a darme cuenta de que tenemos más cosas en común de lo que creía.

—Vamos a colocar todas las bandejas sobre la mesa y ahora te lo digo.

—Vale.

Al instante, pone ese gesto de concentración que ya le he visto otras veces. Su ceño se frunce ligeramente y se dibuja una pequeña arruga que la hace aún más atractiva, igual que el lunar en su cuello que no me canso de mirar cada vez que se aparta el pelo con cierto nerviosismo.

«Mierda, el pelo.»

—Espera un momento… —le pido y corro hacia el fondo del obrador, donde suelo guardar mi bolso y la chaqueta.

Cuando regreso, llevo una goma en la mano y le pido permiso para sujetárselo en una coleta.

—Es muy importante evitar la contaminación cruzada. Sería un desastre para *Dulce Armonía*.

—Claro, lo entiendo.

Tamara me da la espalda y, al acercarme, me doy cuenta de que es unos centímetros más baja que yo, ni siquiera me había dado cuenta hasta ahora. Le recojo el pelo con la mano izquierda y escucho su respiración, calmada y profunda, como si estuviera en plena meditación. Mis dedos rozan su cuello, y me pierdo en el cosquilleo que su piel deja en mis yemas. La sensación me recorre

los brazos hasta instalarse en mi pecho, donde el corazón empieza a hablar más de la cuenta.

Carraspeo y doy dos vueltas a la goma, procurando no tirarle demasiado.

Sus rizos, rebeldes y perfectos, se resisten a ser domados.

A mi tacto, los noto suaves, esponjosos, con un sutil aroma a mango que me hace cerrar los ojos por un instante y querer quedarme así un poco más.

—¿Ya? —pregunta, sacándome de mi ensoñación.

—Sí, sí, perdona.

Vuelvo a concentrarme.

Con todas las bandejas dispuestas sobre la mesa, me quito los guantes y ella me entrega los suyos. Después, busco un bote grande que hay debajo y lo coloco junto a los cruasanes.

—Llega el toque maestro; un poco de este almíbar gelatinoso para que obtengan un brillo perfecto y realcen aún más el sabor de la mantequilla.

—Era eso… —murmura Tamara—. Con razón los veía tan feos.

Bromea, y le doy un codazo por su descaro.

—¿Quieres hacerlo tú? —pregunto, rebuscando un pincel en uno de los cajones.

—No sé yo… No quiero estropearlos.

—No digas tonterías. Si lo haces con cuidado, saldrán perfectos. Mira, te enseño cómo.

Abro el tarro, hundo el pincel y lo deslizo con suavidad sobre uno de los cruasanes.

—El truco está en no pasarse, que no parezca que intentamos ocultar algún fallo.

—A ver… —dice ella.

Me quita el pincel y se prepara para barnizar uno, aunque su mano izquierda tiembla un poco. También me acabo de dar cuenta de que es zurda.

No sé por qué, pero es un detalle que me hace sonreír.

—Tranquila, que no vas a matar a nadie —bromeo, tan cerca de ella que casi puedo oler su miedo.

No sé si esto es peor que pasar cinco minutos con Churro.

Me atrevo a sujetar su muñeca con la mano y la guío para que lo haga bien.

—Toques suaves, como si acariciaras algo que te gusta mucho.

—O a alguien, por ejemplo.

Lo dice con tanta naturalidad que detengo el movimiento y me quedo mirándola con los ojos bien abiertos.

—Siempre he pensado que las caricias son una forma de hablar con amor —añade, y por un segundo, me gustaría preguntarle a quién se refiere.

Abro la boca para hacerlo, pero mi móvil suena y me aparto de Tamara de golpe, como si de repente su muñeca me quemara.

—Dame un momento. ¿Terminas tú con eso?

—Claro, creo que ya le he pillado el truco. Por cierto, luego tengo que consultarte algo.

Asiento, tomo aire y corro al fondo para coger el bolso. Al ver el nombre en la pantalla, el corazón me da un vuelco y una enorme sonrisa aparece en mi rostro. Después de semanas sin saber de ella, escuchar su voz es justo lo que necesitaba.

—¿A que no sabes quién acaba de sacar un billete de avión para ir a verte?

—¡No me jodas! —exclamo, y echo un vistazo atrás para ver cómo Tamara sigue concentrada en su tarea—. Dime que esta vez va en serio y no me estás tomando el pelo.

—Te lo prometo por nuestros mejores días de juerga. Mañana por la noche estoy allí.

—Maite, cómo te quiero. Ya verás qué alegría le vas a dar a Churro.

—Y espero que a ti también —responde con ese tono que haría sonrojar a cualquiera.

—Claro que sí, ya lo sabes —murmuro en voz baja. Un silbido llama mi atención. Giro la cabeza y me encuentro con Tamara—. Tengo que dejarte. ¿Me escribes luego con todos los detalles?

—Por supuesto.

Le pido a Tamara que espere un momento y me doy la vuelta.

—Genial, entonces hablamos después —digo, bajando el tono de voz—. Te quiero.

Y al colgar la llamada, regreso a esta loca realidad.



26

Cudillero, Asturias.
19 de abril, 2025. Sábado.

Tamara

Estoy tan concentrada en la pantalla del móvil que ni siquiera noto la entrada del resto de mis compañeras. Me doy cuenta cuando mis propios pensamientos se ven ahogados por el murmullo creciente de conversaciones que, en cuestión de segundos, pasan de ser voces normales a auténticas cacatúas alborotadas. Al levantar la mirada, Esperanza es la primera en sonreírme, con esa antipatía característica de quien cree que me he ganado el favor de la profesora y tengo algún trato especial.

Los rumores que circulan por las calles de Cudillero han tenido que servir para algo, sin duda. Y la parte más positiva es que mi madre ha dejado de insistir en que me busque a alguien con quien animar el cuerpo. El tema del trabajo es otra historia que debo solucionar poco a poco y que, por ahora, no está dando frutos.

Mañana tenemos la barbacoa con Cristina, Fabio y los niños y, como no podía ser de otra manera, Noelia es la invitada de honor. Todavía me acuerdo de cómo se le cortó la respiración cuando le dije que mi madre estaba deseando conocerla en otro ambiente fuera de

los cursos y que, además, sería este fin de semana —lo sé, en teoría tendría que haberle preguntado antes si podía—.

Sin embargo, aceptó de inmediato, y aunque el ambiente siguió relajado mientras preparábamos los cruasanes, noté que algo en ella cambió. Sobre todo, cuando mencionó que recibiría la visita de alguien y que le costaría un poco más meterse en el papel.

«Aunque no creo que eso tenga nada que ver con lo nuestro», me digo.

—Buenos días a todas —interrumpe Noelia, y el resto de alumnas se calla—. Espero que os hayáis estudiado la receta durante este par de días, porque hoy quiero ver progresos. Además, os tengo una sorpresa.

Trago saliva cuando su mirada se dirige a mí con la precisión de una flecha tensada en un arco. Sonrío con disimulo y pongo mi mejor cara de «esta será la mejor elaboración de mi vida». Sin que se dé cuenta, apago la pantalla del teléfono y lo guardo en el bolsillo del pantalón.

Reparte las recetas y lo primero que hago es mirar los ingredientes, porque ya se me ha olvidado si eran 200 gramos de harina o de azúcar… o si es que había harina en realidad.

—La mejor elaboración se pondrá a la venta en el escaparate de *Dulce Armonía* —anuncia de repente.

—¡¡Ahhh, me muero!! —grita una de las alumnas.

—No voy a tener contemplaciones —añade Esperanza, girándose para mirarme.

Después suelta una carcajada y yo me encojo de hombros. Cuando nadie me ve, echo la cabeza hacia atrás y cierro los ojos con fuerza. Lo peor que me podría pasar es que esto se convierta en una competición a vida o muerte.

Porque estas mujeres son capaces de sacarte los ojos sin dudarlo.

—¿Y qué pasará con la que haga la peor elaboración? —pregunta oportunamente Cecilia.

Las risillas se extienden por toda la clase y la mujer se aparta algunos mechones grises del rostro. No me mira, por supuesto, pero está claro que se refiere a mí.

—Lo digo porque no quiero que se tengan en cuenta otros criterios…

Cómo no, pone el dedo en la llaga.

—Si te refieres a… —empiezo a decir.

—Hoy no seré yo quien dé el veredicto. —Noelia me deja con la palabra en la boca y varias miradas fulminantes se clavan en mí.

«Me cago en todo.»

Una respiración, dos, tres… ni cuatro son suficientes para intentar estar tranquila. Pienso ir a por todas y destrozarles la vida.

—Noelia, ¿y entonces quién va a ser quien juzgue la mejor elaboración? —interviene Esperanza.

Me han cabreado tanto que, por un momento, había olvidado ese pequeño detalle. Ella se gira hacia la puerta trasera que da al obrador y estira el brazo para dar la bienvenida a una mujer que es…

Preciosa.

—Ella es Maite Redondo, panadera y repostera. —La presenta —. Ha trabajado en obradores muy famosos de toda España y ahora tiene un negocio en pleno crecimiento en el centro de Gijón. *Dulce Armonía* se queda muy corta a su lado.

—No digas tonterías, todo lo que haces aquí es una maravilla —responde Maite con una sonrisa y le dedica un guiño amistoso que me tensa—. Sobre todo, esa reinvención de los carbayones. Cuando regrese, voy a tener que suplicarte la receta.

—Ya veremos, tendrás que darme algo a cambio —le dice Noelia.

¿Soy yo o lo que tengo delante es a dos mujeres con una complicidad arrolladora?

—Parece que tienes una rival —me susurra Esperanza y dibuja una sonrisa maliciosa.

—Cállate, por favor —le pido entre dientes.

Pero ya no puedo evitar mirarlas de nuevo. Maite se recoge el pelo largo y rubio en un moño perfecto que luego oculta bajo un gorro de pastelera negro. Se pone la chaquetilla y la remanga, dejando al descubierto algunos tatuajes que, estoy segura, tienen que ver con su profesión y sus gustos.

—Como ha dicho Noelia, seré yo quien juzgue vuestra elaboración. No os toméis esto como un concurso con un premio espectacular.

—¿Cómo que no? —la interrumpe Cecilia—. Llevo años esperando este momento.

Cualquiera pensaría que bromea, pero en sus ojos hay un fuego que me hace tragar saliva. Estas mujeres son peores que las hienas más hambrientas.

—Entendemos que estos cursos pueden parecer algo monótonos o demasiado básicos en algunas ocasiones —dice Noelia, cruzándose de brazos—. Por eso, hoy quería hacer algo diferente.

—Y yo le propuse la idea. —Maite le termina la frase y, cuando se miran, una ráfaga de incomodidad me atraviesa por dentro.

Suerte que estoy en la última fila y no se me ve con facilidad, porque si no…

«Joder, qué viene.»

Aparto la vista de golpe y me centro en la receta que tengo sobre la mesa.

—Tú debes de ser la famosa Tamara, ¿no? —me pregunta Maite.

—Famosa por quemar hasta el carbón y tirar el dinero —masculla Esperanza.

Me convierto en gemela de Churro.

«Me la cargo. Que me espere a la salida y ya verá cómo se traga sus palabras.»

—Todos hemos sido principiantes alguna vez, estoy segura. ¿Verdad, chicas? —la regaña Maite.

Aunque parezca que me está echando un cable, hay algo en su tono que no me gusta y me hace sentir una vergüenza repentina. Y ver la sonrisa que le dedica a Noelia y cómo ella le responde no ayuda en absoluto.

Ya estoy escuchando a Hugo en mi cabeza, recriminándome que me lo tome así. Pero lo que sí tengo claro es que no me gusta que me dejen en evidencia. Y es justo lo que está haciendo esta mujer, que vete tú a saber qué relación ha tenido con Noelia.

Algo que, por supuesto, no me importa.

No.

Absolutamente nada.

Respiro hondo, me concentro en la receta y me remango el jersey. Cojo la goma que llevo en la muñeca y me hago un recogido. U en cuanto Noelia nos da permiso para empezar, me pongo manos a la obra.

No sé cómo me saldrá esta tarta de Santiago, pero sí sé que no voy a permitir que piensen que ella me favorece solo por nuestra relación. Altamente falsa, claro.

Respiro hondo, empiezo a pesar los ingredientes y me centro en los números y los pasos de la receta. Aun así, mi atención se desvía de vez en cuando hacia Maite y la manera en la que acaricia el brazo de Noelia. Le susurra algo al oído y ambas se ríen en voz baja, como si compartieran un momento especial.

«Además, deberías saber que estas historias siempre acaban en desastre, ¿no? Eso o enamorándote de tu novia falsa.»

Pero eso no es algo que me vaya a pasar a mí. No a estas alturas. Tengo claro lo que esto significa y cómo va a terminar. Solo es un acuerdo, nada más. Aunque, si realmente lo tengo tan claro… ¿por qué cada vez que la miro siento que el suelo se tambalea bajo mis pies?

Sacudo la cabeza y me concentro en lo mío.

No.

Hugo jamás podría tener razón.



27

Avilés, Asturias.
20 de abril, 2025. Domingo.

Noelia

En el coche suena Chica Sobresalto, a un volumen que me permite escuchar la respiración de Tamara… y casi sus pensamientos. Está callada, mirando por la ventana, algo extraño en ella, ya que siempre tiene algo que decir. Imagino que será por los nervios. Cada vez que me ha hablado de su familia, y en especial de su prima Cristina, me ha dejado claro que no se siente cómoda con las comparaciones a las que la someten constantemente.

Y, para ser sinceras, yo estaría igual.

Pero lo malo de tener una relación falsa es que hay que cumplir con las expectativas. Al menos hasta que demos el carpetazo y pongamos fin a esta relación absurda. La fiesta previa a la boda será dentro de dos semanas, y después llegará lo peor: el momento álgido de una historia que, conforme pasan los días, se vuelve más… extraña. Por decirlo de alguna manera.

«Podrías haberme llamado a mí y ya está. Dejarte de historias que solo pueden traer complicaciones… ¡con una persona que ni conoces!»

Recuerdo perfectamente la cara de Maite cuando se lo conté, y las carcajadas que vinieron después. Aunque en realidad, hay algo en lo que se equivoca, porque sí creo conocer a Tamara… o, al menos, estoy empezando a hacerlo. Reconozco esa sonrisa forzada que pone cuando la avergüenzan o se siente contra la espalda y la pared. La manera en la que se acaricia la sien cuando está nerviosa o su forma de agachar la mirada cuando está a punto de romper a reír. También sé que no está del todo a gusto en Cudillero, pero que, a la vez, no es capaz de admitir que echaba de menos este pueblo. Y, sobre todo, sé que quiere encajar, encontrar su sitio, hacer sentir a su madre orgullosa como recompensa por todo lo que ha hecho por ella.

—Alba me ha enviado un mensaje esta mañana —rompo el silencio—. Ha dicho que el cliente que se llevó tu tarta de Santiago se ha chupado los dedos. —Ella sigue mirando por la ventana, sin inmutarse—. ¿Tamara?

—Dime —murmura, girando la cabeza—. Perdona, estaba distraída con el paisaje…

—Te decía que tu tarta le encantó al cliente que la compró —repito, dedicándole una sonrisa sin despegar la vista de la carretera —. Lo reconozco, no esperaba que fueras a ganar.

—Ya, como todo el mundo —responde con frialdad.

—¿Estás bien? —pregunto, reduciendo un poco la velocidad.

Mira su reloj de pulsera y asiente sin más. No hay un cruce de miradas, ni un gesto de indiferencia.

Nada.

Lo que me hace sentir aún peor.

—Si estás nerviosa por lo de hoy, no quiero que…

—Estoy bien —me interrumpe, con sequedad, y su mirada vuelve a la carretera.

Aprieto los dedos en el volante y suspiro. No tengo claro que haya sido buena idea venir con ella en coche con la intención de

reforzar nuestra pantomima ante los demás. Ni siquiera sé por qué me preocupo, cuando tengo muy claro que hará su mejor actuación frente a su familia y, después, volverá a la misma naturalidad con la que ya me ha dejado claro más de una vez que esto es un juego… y punto.

«Nada más». Me lo repito, intentando dar peso a mis pensamientos.

El resto del trayecto por la N-632 transcurre en silencio. El paisaje asturiano nos envuelve con su verdor infinito y sonrío al ver los pequeños pueblos a nuestro paso, donde el tiempo parece haberse detenido entre hórreos centenarios y campos que se extienden más allá de lo que alcanza la vista. Me hubiera gustado que Tamara compartiera algo de su pasado, si jugaba por aquí de niña o si tenía algún rincón especial con su madre donde llevar a cabo un millón de travesuras.

Pero no lo hace.

La silueta de Avilés aparece en el horizonte, y la modernidad del Centro Niemeyer contrasta con el casco histórico, donde las calles empedradas y las fachadas de piedra cuentan historias de siglos pasados, igual que las de Cudillero. El cielo gris cubre la ría y las gaviotas que planean sobre nosotras añaden un toque diferente al bullicio urbano.

—Por la izquierda —me indica Tamara, reviviendo de la mismísima tumba.

Le hago caso y me dirijo hacia una casita de campo a las afueras, donde la naturaleza vuelve a imponerse, rodeando a una casa rural con una amplia terraza y el humo que ya sube de la que debe ser la barbacoa. El entorno tranquilo, con vistas a los bosques de eucalipto y prado verde, me parece un refugio perfecto para cuando quieres relajarte y disfrutar del tiempo sin más.

Aparco el coche a la entrada y una mujer saluda desde la puerta con entusiasmo.

—Ahí está mi prima, prepárate para el caos —dice Tamara.

En cuanto se quita el cinturón y abre la puerta, pone su mejor sonrisa fingida.

—¡Cris, qué alegría verte!

La susodicha prácticamente corre hacia nosotras y envuelve a su prima en un abrazo fuerte, seguido de dos sonoros besos en las mejillas.

Después le limpia el carmín que le ha quedado en la cara y fija su atención en mí.

—Y tú debes de ser la famosa novia.

«La novia más falsa en realidad», me recuerdo.

—Noelia, encantada —digo, correspondiendo el saludo.

Me da dos besos y vuelve a mirar a Tamara, luego a mí, y repite el gesto varias veces. Tengo la sensación de que está intentando evaluar si hacemos buena pareja.

—Mi tía me comentó que eres la dueña de *Dulce Armonía*, ¡qué casualidad! Fui varias veces cuando estábamos de visita por el pueblo, pero no recuerdo haberte visto.

—Probablemente te atendiera Alba, mi compañera.

—Ella también es… —murmura, baja la voz y no señala con el índice mientras hace círculos con este.

—¿Crees que ser lesbiana se pega como un resfriado? —ironiza Tamara, sin rastro de buen humor en su expresión.

—Ay, chica, hoy en día no se puede ni hacer una broma. Los del colectivo tenéis la piel muy fina —se justifica Cristina.

Me esfuerzo por no hacer ningún comentario.

—Vamos, que Fabio ya está con la barbacoa y los niños se impacientan.

Empiezo a entender por qué Tamara no la soporta. Su perfume huele a hetero-comentarios absurdos. Pongo los ojos en blanco y, cuando Cristina nos da la espalda, veo cómo Tamara niega

con resignación. Lo único que parecen compartir es el tono de piel, aunque el de su prima es algo más claro.

—Un día de estos apareceré en la portada de las crónicas de asesinato —murmura.

Su expresión de hartazgo me hace sonreír. De hecho, me parece hasta tierna. Y no puedo evitar lo que hago a continuación.

Detengo sus pasos, sujetándola de la muñeca y después entrelazo sus dedos con los míos. Tamara me observa en silencio, como si su cerebro hubiera cortocircuitado. La electricidad viaja tan rápido por mis brazos que me deja casi sin respiración. Me gusta verme reflejada en sus ojos y descubrir ese desconcierto con el que, a veces, me pregunto si en realidad…

«Ten cuidado, porque esta historia puede acabar muy mal.»

Escucho la voz de Maite en mi cabeza y suspiro.

—Intenta pensar que esto es como las clases de repostería —digo—. Aunque seas un desastre, eres capaz de mantener el control. Solo tienes que recordarte cómo estuviste ayer.

—Eso fue porque… porque… —balbucea y, cuando parece a punto de confesarme algo, niega—. Quería callarle la boca a Esperanza. No sé cómo la aguantas.

—Paga parte de mis facturas —respondo con un encogimiento de hombros.

—Pues qué puta tortura —bromea, y nos echamos a reír—. Solo espero que Cristina no suelte ningún comentario más de ese estilo, o peor, que mi madre la justifique.

—Y si lo hace, ya estaré yo para callarle la boca. —Le dedico un guiño, y por fin me sonríe en calma.

—Pues habrá que meterse en el papel —me recuerda. Mira nuestras manos y aprieta sus dedos con fuerza—. Vamos, cariño.

Su tono lo delata, igual que sus gestos. Es solo parte de la actuación. Pero lo que me fastidia de todo esto es que, además de

necesitar un cigarrillo, me hubiera gustado que ese «cariño» fuera de verdad.



28

Tamara

Parece mentira que los niños no sean los que me están sacando de quicio. Si no fuera por Noelia, que ha logrado desviar el tema un par de veces, Cristina y yo ya estaríamos de las greñas. Y no precisamente como cuando éramos pequeñas. Fabio se bebe su segunda cerveza de la tarde y nos observa como si estuviera presenciando un partido de tenis, con nuestras palabras e insinuaciones yendo de un lado a otro como una pelota. Es curioso cómo cambia el amor hacia una persona. Mi prima lo era todo para mí cuando éramos niñas, pero ahora parece que vivimos en una rivalidad —que yo no empecé— en la que ese lazo que nos unía ha desaparecido por completo.

Y me gustaría saber por qué.

Hugo acertó una vez al decir que probablemente se debe a que en Avilés se siente lejos de lo que siempre ha querido. Trabaja en una empresa que no la valora como debería y está a cargo de unos niños que son un dolor de cabeza veintidós de las veinticuatro horas del día. Pero yo nunca tuve la culpa de eso, y no entiendo por qué me lo hace pagar.

Tengo la hamburguesa a medio comer en el plato y mi madre me lanza una de esas miradas que, cuando era niña, lo decían todo. «O te lo comes, o te lo comes», resuena en mi cabeza. Qué

dramático me parecía el mundo entonces, y qué sencilla era la vida en realidad. Cuando no tenías expectativas que cumplir —o al menos no creías tenerlas— y lo único que debía preocuparme era mejorar en matemáticas y terminarme las lentejas de los miércoles.

Aunque mi infancia no fue fácil ni especialmente cálida, echo de menos esos momentos con ella, cuando hacía todo lo posible por no quedarse dormida en el sofá antes de que terminara la película. Solo por estar conmigo.

«Hasta que dejé de ser lo que ella quería», susurra esa vocecilla en mi conciencia.

—¿Estás bien? —me pregunta Noelia al oído, en un susurro que debería ser fácil de responder.

Y lo es.

Solo que es la mayor mentira que he contado en mi vida.

—De maravilla, solo tengo el estómago un poco revuelto.

—Pues esa carne es de primerísima calidad, no debería haberte sentado mal.

Cómo no. El comentario hiriente de Cristina abandona sus labios más rápido de lo habitual. No sé si es mi hartazgo, el madrugón o el rechazo de dos productoras a las que contacté ayer. Pero, de repente, mis manos golpean la mesa con fuerza. Mario y Victoria —o lo que es lo mismo, los mellizos malditos— me miran boquiabiertos. A él se le cae un bocado de la boca, y ella está a punto de tirar su Coca-Cola.

—No eres ni capaz de comportarte en casa de otra persona —me reprocha Cristina.

—Cristina, por favor, tengamos la fiesta en paz. Tu prima no ha hecho nada.

Por primera vez que recuerde, Fabio se pone de mi parte. Se sube las gafas por el puente de la nariz y fulmina a sus hijos con la mirada. Sin embargo, hay un silencio que me duele más que cualquier palabra. Mamá no dice nada. Niega con la cabeza, como si

acabara de presenciar otra prueba más de lo horrible que soy como hija, como prima, como persona.

—Dilo, venga, dilo —la incito.

—Tamara, ¿por qué no vamos a dar un paseo y así respiras un poco? —interviene Noelia, en tono conciliador.

—Eso, a ver si por lo menos haces caso a tu novia —dispara Cristina.

—¡Basta ya!

Esta vez es mi madre quien golpea la mesa. La niña da un manotazo al vaso y la bebida se derrama por toda la mesa.

—¿Por qué te empeñas en hacer las cosas más difíciles, cariño? ¿Es que no podemos tener una comida en familia sin discutir?

Abro la boca, sorprendida. Solo por esta vez, esperaba que se pusiera de mi parte. Que no me reprochara por la actitud de una mujer que no es feliz con su vida y lo paga con todos los que la rodean.

Pero ya veo que no voy a conseguir nada quedándome aquí.

—Voy a dar una vuelta —anuncio, y me levanto tan rápido como puedo.

La entrada a la casa me parece más lejana de lo que en realidad está. Me cuesta caminar y pensar con claridad. Siento que estoy a punto de tener una puta crisis de ansiedad, porque el pecho me duele y apenas soy capaz de llenar los pulmones de aire. Las lágrimas amenazan con salir, pero las contengo con esfuerzo, aunque no puedo hacer lo mismo con el latido desbocado de mi corazón, ni con esta puta sensación de ser una basura para los demás.

Sobre la mesa de la cocina hay varias piruletas. Le quito el envoltorio a una y me la llevo a la boca, buscando algo en lo que concentrarme. Lo hacía de adolescente, cuando sentía que no podía pensar con claridad. Los oídos me pitan y mis pies se deslizan por

las baldosas estampadas como si tuviera que sortear obstáculos o jugar a la rayuela, igual que cuando era niña. Me aparto el pelo de la cara e intento recuperar la respiración.

Ojalá esto fuese un simple juego de niños, una pesadilla de la que voy a despertar en algún momento.

—Pensaba que irías al coche —la voz de Noelia atraviesa la distancia y se instala dentro de mí como un bálsamo.

Chupo la piruleta y me giro para mirarla a los ojos.

—Joder, estoy tan cabreada… Coño.

—Dos palabrotas en una frase de cinco palabras te delatan, sí —bromea ella, y de repente me descubro dibujando una sonrisa—. Ha sido mejor que un combate entre Rhea Ripley y Liv Morgan.

—¿Entre quién…?

Mi cara debe de parecer un poema, porque el gesto de Noelia se amplia y después niega casi para sí misma.

—Tenía la esperanza de que te gustara la WWE, ya sabes… — Se acerca a mí con tanta calma que parece detener el tiempo, y cuando nuestros alientos se rozan, añade—: Como mi perfecta novia falsa.

—No me dejes con la intriga, joder.

—Oye, controla ese lenguaje. Como tu profesora, no puedo permitirlo —vuelve a bromear, y le doy un manotazo—. Me refería a la lucha libre, la veo de vez en cuando.

—De vez en cuando… ya. ¿Y lo haces con Churro? Porque con ese carácter de mafioso que tiene…

—Me debes un paseo con él, por si lo habías olvidado.

—No me cambies de tema.

—No lo hago, solo intento que sonrías —suelta de repente.

Y lo mejor, es que lo consigue al instante.

—Resulta que no eres tan borde como pensaba, Noelia Guerra —digo, señalándola con la piruleta—. Eso me gusta.

«Y a mí me encanta ver cómo te brilla así la mirada», quiero decirle.

—Se hace lo que se puede —comenta en voz alta—. No sé si podré ayudar mucho ahí fuera, pero será mejor que volvamos e improvisemos algo de qué hablar para que tu prima no desvíe la conversación a su terreno.

—Al de ella y al de mi madre, que siempre está igual —añado con hastío—. Pero bueno, ya estoy acostumbrada.

—Seguro que en algún momento cambia de opinión. Solo tienes que demostrarle que, aunque a veces las cosas salgan mal, eso no significa que hayamos tocado fondo. Creo que lo único que le pasa, es que se ha acostumbrado demasiado a no tenerte en este tipo de comidas.

No soy capaz de responderle. Me limito a perderme en sus ojos verdes y en los mechones pelirrojos que se escapan de su peinado perfecto y que combinan con sus labios. Noelia me extiende la mano y entrelazo nuestros dedos, igual que al salir del coche.

Y ahora, de regreso al jardín, me doy cuenta de que ya no me cuesta caminar. De que parte del peso que llevo en el pecho, lo está cargando ella conmigo.



29

Cudillero, Asturias.
25 de abril, 2025. Viernes

Noelia

—Uff, los viernes a veces son agotadores. —Alba se echa hacia atrás y se pasa las manos por la cara, con evidente cansancio—. Me pregunto por qué nunca están satisfechos.

—A la gente le gusta que todo sea perfecto, incluso que los cuernos de un cruasán sean simétricos —bufo y le doy un sorbo a mi zumo de naranja. Solo el pensar en ello me hace sonreír—. Pero en los restaurantes es mucho peor, créeme. Cuando los comensales se ponen de acuerdo para fastidiarte el servicio, lo hacen y con ganas.

—No me extraña que quisieras buscar un poco de tranquilidad —opina Maite. Se quita el gorro de pastelero y se deja caer en la silla con pesadez—. Eso sí, estoy de acuerdo con Alba, creo que deberías buscar a alguien que te ayude, aunque sea solo para los fines de semana. Sobre todo, si hay comuniones o fiestas de cumpleaños. Cualquier excusa vale para darte más trabajo.

—Sí… No es la primera vez que se me pasa por la cabeza, pero no hay mucha gente a la que poder confiarle el trabajo de

Dulce Armonía. Tendré que poner un cartel y ver quién está interesado.

—¿No has visto a alguna alumna con potencial en los cursos?

Su pregunta tiene un tono burlón con el que intenta picarme. Alba frunce el ceño y me mira sin entender muy bien qué está pasando.

—Cree que lo de Tamara me va a estallar en la cara —le confirmo.

—Ah… bueno, yo también lo veo así.

Abro la boca, sorprendida, y Alba se encoge de hombros.

—Te lo dije desde el primer día, no me parecía buena idea. Y luego resulta que, cuando te ves con ella o se pasa por aquí, te pones… no sé.

—¿Cómo? —insisto.

—¿La has escuchado alguna vez reírse en el trabajo? ¿Ponerse colorada? ¿Dejar lo que está haciendo solo para tomarse un descanso de cinco minutos con alguien? —Las preguntas van dirigidas a Maite.

—Estás de broma… —protesto.

Las dos me miran y sonríen mientras niegan.

—Estás coladita por Tamara —sentencia Maite.

«Tener amigas para esto»

Pincho la ensalada que he traído de casa y me llevo el tenedor a la boca. Mejor tenerla llena que lista para soltar alguna tontería. Lo que dicen es una locura, una auténtica locura, peor aún que verme envuelta con una chica que me usa para engañar a su novia.

Niego con la cabeza y, al alzar la vista, me encuentro a Alba de brazos cruzados.

—Que no, joder, que no —replico—. Me llevo bien con ella, pero ya está. Es maja, pone interés y ya es capaz hasta de mezclar

dos ingredientes sin que uno de ellos acabe chamuscado, pero nada más. Además, está pasando por un momento complicado y no tiene nada de malo querer ayudarla.

—Ayudarla… claro, porque ella sí que te está echando una mano ¿no? —dice Maite entre risas.

—Si te vas a quedar aquí para molestar, mejor te vuelves a Gijón.

—Para que luego me llores porque me echas de menos y no vengo a verte.

—A veces no te aguanto.

—Solo decimos que tengas cuidado —advierte Alba, apuntándome con el tenedor—. Te conozco desde hace años y no te veo controlando mucho la situación.

Podría dar mil razones por las que se equivoca. Podría. Pero ahora mismo no se me ocurre ninguna. Así que opto por concentrarme en la comida, beber un poco de zumo y mirar el reloj de muñeca. Quedan cuarenta y cinco minutos para volver a abrir, una excusa perfecta para ponerme a amasar algunas de las delicias que se venderán hasta el cierre. Me termino la ensalada y me levanto de la mesa.

—¿En serio no vas a decir nada? —insiste Alba.

Maite le sujeta la muñeca y niega con la cabeza.

—Creo que ya he dicho todo lo que tenía que decir. Esto se va a acabar en menos de un mes, cuando mi hermana se case, y estoy segura de que, para entonces, Tamara ya habrá decidido irse de aquí. Que es lo que realmente está deseando.

No quería sonar dura ni cortante, pero por el gesto de Alba, parece que no le ha gustado mi actitud. Aunque, mejor así. No necesito aguantar más tonterías. Aquí hay mucho que hacer, y todavía tengo que pensar qué demonios me voy a poner para la dichosa fiesta de mi hermana.

. . .

A pesar de estar a punto de entrar en mayo, la tarde —ya cercana al anochecer— se ha enfriado, y noto cómo el aire fresco acaricia mis brazos, erizándome la piel. Parece mentira que Cudillero estuviera tan lleno de vida esta mañana, porque ahora tiene más pinta de haberse convertido en un pueblo fantasma.

Hace un rato, Tamara me envió un mensaje. Aunque le respondí que «sí» a vernos en una hora para dar un paseo, no estoy segura de querer hacerlo. La conversación con Alba y Maite en *Dulce Armonía* sigue rondándome la cabeza, impidiéndome concentrarme en el trabajo como a mí me gustaría.

—Deberías darle un poco de tregua. Es una chica muy trabajadora, y me da la impresión de que lo único que quiere es cuidarte. Como si fueras su hermana mayor.

«Lo que me faltaba». No soporto que me echen la bronca, menos todavía cuando no tienen razón.

—¿Cuándo he dicho que no me gusta cómo trabaja? —le recrimino a Maite—. Porque, si fuera otra persona, la habría echado a la primera de cambio cuando arruinó cuatro kilos de elaboraciones.

Estoy a la defensiva, y se nota por el gesto que pone.

—No te haría ningún daño admitir que estás muy a gusto con esa tal Tamara y que sonríes cuando hablas de ella —añade, obligándome a detenerme en seco.

—Pues sí, es una tía agradable, y ha traído un poco de diversión a mi vida con esta maldita idea que tuve en un momento de desesperación. Pero de ahí a que me guste… va mucho, pero que muchísimo. Y me cansa que insistáis en eso. Además, créeme cuando te digo que Tamara no está ni un poquito interesada en mí. Ya me lo ha dejado bien claro.

Sé lo que está pensando: que el simple hecho de hablar así de ella ya significa algo. Pero antes de que pueda decir nada, levanto

las manos.

—Y te lo repito: no me gusta. Solo he tenido la suerte de encontrar a alguien lo suficientemente loca como para seguirme la corriente en este plan.

—Vale, ya no voy a decir nada más al respecto —promete Maite, aunque no sé por qué, no la creo—. Entonces, ¿nos tomamos unas copas? A ver si así te quitas ese estrés que llevas encima.

—No estoy estresada, solo cansada —corrijo—. Y tampoco puedo. Tamara me ha pedido que nos veamos, y voy a aprovechar que tengo que sacar a Churro para ir con ella.

Maite sonríe y niega con la cabeza, bajando la vista.

—Así que… ya ha hecho migas con Churro.

—En realidad, la odia —aclaro, encogiéndome de hombros—. Y por eso quiero que se vean más, para evitar que en la fiesta o en la boda haga algo raro.

—Por supuesto, no queremos que el perro se convierta en Terminator —bromea. Me obligo a poner los ojos en blanco.

—Eres insoportable.

—Te recuerdo que por eso me quisiste desde el primer momento en que nos conocimos en el restaurante —replica con picardía. El recuerdo cruza mi mente y, sin poder evitarlo, sonrío—. En fin, yo voy a tomar algo y luego a casa. ¿Te veo más tarde?

—No, mejor vete a dormir. Seguramente mañana haya mucho lío en el obrador, y ya sabes que tengo que dar la clase.

—Lo dicho, necesitas a alguien que os cubra las espaldas.

Me encojo de hombros y Maite me da por imposible. Niega y, de forma inesperada, se acerca para rodearme en un abrazo que sabe a miel con mantequilla. Deja las manos en mi cuello, como solía hacer años atrás, y sonríe.

—Ten cuidado.



30

Noelia

Llevo cinco minutos arrastrando a Churro con la correa, como si supiera exactamente con quién nos vamos a encontrar. No cedo a sus protestas. De vez en cuando, le lanzo una de esas miradas que dejan claro quién manda aquí. Aunque, para qué engañarnos, los dos sabemos que el dueño de la casa es él y que yo vivo pendiente de su estado de ánimo y de sus constantes exigencias de cariño. Sin embargo, hoy no será su noche. No quiero quedar en ridículo ni dejar a Tamara tirada.

Durante estos días, he aprendido a adivinar su estado de ánimo con solo fijarme en sus gestos, miradas, sonrisas e incluso en la forma en que escribe los mensajes de WhatsApp. Después de cómo terminó la barbacoa el otro día, no me extraña que no esté de humor.

Esther me ha propuesto una escapada a la Playa del Silencio con el resto del grupo, para alejarnos un poco del ajetreo que trae consigo la primavera en Cudillero. Me ha parecido una buena idea. También que quiera que invite a Tamara, para que se sienta más integrada y no se pase el día pensando en lo que tiene que hacer para largarse de aquí.

El pensamiento cruza mi mente y me deja un malestar en el pecho, justo cuando Churro clava las patas en el suelo y me resulta

imposible tirar de él.

¿Cómo algo tan pequeño puede tener tanta fuerza?

—Churro, no me vengas con tonterías a estas horas y camina, o te juro que…

«¿Que qué?», leo en su mirada.

Pensar que me lo ganaría poniéndole su pañuelo favorito ha sido un error de cálculo muy desviado. Suspiro y me agacho para quedar a su altura. El desprecio más grande al que me haya sometido jamás llega cuando intento acariciarle la cabeza y la aparta como si tuviera mierda en la mano.

—¿Se puede saber qué te pasa? —pregunto.

Churro ladra y luego gruñe, mirando por encima de mi hombro. Su expresión cambia, y me giro para ver cuál es el problema.

Tamara levanta la mano y me saluda desde unos veinte metros de distancia, titubeante, como si con eso ya supiera que no va a ser bienvenida. Quedamos en la zona del puerto para dar un paseo, pero parece que ha sido testigo de mi discusión con quien debería ser mi alma gemela.

—No, más bien con el perro más rabioso del mundo —murmuro para él.

Otro ladrido y me fulmina el corazón.

Fuerzo una sonrisa mientras enredo la correa en mi mano y tiro de ella para que camine sin más protestas. Mi brazo se cansa de llevarlo hacia atrás y hacer fuerza, hasta que, de repente, pasa justo lo contrario. Churro coge carrerilla y se lanza hacia adelante, dispuesto a dejarle claro a Tamara quién manda aquí.

—Veo que me has echado de menos, enano —comenta ella entre risas—. Te daría un beso, pero creo que la luna no te tiene de buen humor.

Le doy un pequeño tirón a la correa y consigo que se detenga en seco. Mi mirada de «te quedas sin chuches un mes» también ayuda. Por precaución, me agacho y lo tomo en brazos, pegándolo contra mí. Es un espectáculo vernos darle a Tamara un par de besos en la mejilla mientras él se aferra a mi pecho como si fuera a contagiarse de algo solo por estar a un centímetro de ella.

—Yo también lo he hecho —dice Tamara, acariciándole la cabeza a pesar de que él la mueve sin parar.

—Perdona, hoy está muy susceptible. Seguro que se cree que lo he traicionado por decirle que el paseo iba a durar solo diez minutos.

—No tendrías por qué haber aceptado —se apena Tamara—. Además, seguro que ha sido un día durísimo en *Dulce Armonía*. Esta mañana pasé cerca de allí y vi que había una cola enorme en la acera.

—¿Por qué no entraste?

—Te lo acabo de decir, porque vi que estabais hasta arriba. No quería molestar.

—Tú no eres molestia —aseguro—. Seguro que me habría tomado un respiro si hubieras entrado. El resto de los días se me suele olvidar. ¿Caminamos?

—Claro.

Lanzo una advertencia a Churro con la mirada y lo vuelvo a dejar en el suelo. Se mueve lentamente, manteniéndose a una prudente distancia de dos metros. Por suerte, su instinto perruno se activa enseguida y empieza a olisquear el suelo del puerto, totalmente ajeno a nosotras y a la conversación que mantenemos con apenas unas pocas palabras durante el trayecto del paseo marítimo hasta el final del puerto.

Una vez allí, lo dejo a su aire y nos sentamos en la pasarela de madera donde atracan los barcos. Colgamos las piernas sobre el agua y escucho el crujido de la madera desgastada por los años, la

sal y las pisadas de los marineros que han pasado por aquí antes que nosotras.

Tamara sonríe y se apoya en una rodilla. La otra pierna la mece suavemente, como si marcara un ritmo secreto que solo ella conoce. El puerto está tranquilo. Apenas se oye el leve golpe de las olas contra los cascos de las embarcaciones, un sonido hipnótico que, al mismo tiempo, arrastra y calma. Churro sigue olisqueando, encantado con el aroma a salitre y mar.

—Siempre me ha gustado este sitio —murmura Tamara—. Es como estar en medio de todo y de nada a la vez. En un limbo, justo como ahora me siento.

La miro de reojo. Las pocas luces del anochecer le dan un tono más cálido a su piel y, por un instante, olvido que esto es un juego. Que lo nuestro es una mentira.

O que debería serlo.

Pero aquí estamos, juntas, en silencio. Y, por alguna razón, temo el día en que esto se acabe.

—Vas a encontrar el camino, estoy segura.

—Mi madre no piensa lo mismo —dice, y la tristeza cruza su expresión—. Ya la viste el otro día.

—Creo que necesitas hablar con ella, decirle cómo te sientes con lo que pasó. Incluso te diría que deberías hacer lo mismo con tu prima Cristina —comento.

Tamara esboza una leve sonrisa, como si el dolor se hiciera más profundo dentro de ella.

—Es evidente que la echas de menos. Que os echáis de menos —añado—, aunque no sepa qué ocurrió.

—No le hizo mucha gracia que dejara Cudillero. Que siempre tuviera en mente irme de aquí. Crecimos juntas y nos prometimos estar la una para la otra. Supongo que, de algún modo, se sintió traicionada.

Tamara se encoge de hombros, fija la vista en el horizonte y apoya las manos en la madera.

—Yo también me habría sentido así —añade poco después—. Pero mira para lo que me ha servido…

Sin pensarlo demasiado, coloco mi mano sobre la suya y acaricio su piel. Sus ojos se fijan en los míos y tengo la sensación de que buscan algo más que comprensión. El corazón me da un vuelco y noto un cosquilleo recorriéndome, obligándome a moverme unos centímetros, lo justo para que el sonido de su respiración se mezcle con el murmullo del agua.

La tristeza desaparece.

A cambio, las estrellas parecen zambullirse en sus ojos.

Y cuando estoy a punto de cometer una locura de la que ya no habrá vuelta atrás, Churro empieza a ladrar como un loco y se lanza hacia mí, como si el simple contacto con Tamara fuera a alejarme de él para siempre.

—Joder, es el demonio personificado —dice Tamara entre risas, al verme atraparlo más rápido que un pestañeo.

El perro apoya la cabeza en mi pecho y se aferra a mí sin dejar de mirarla de reojo.

—Se toma muy en serio lo de protegerme —aclaro.

—Pues tranquilo, que no me la voy a comer —le aclara ella.

Y lo único en lo que soy capaz de pensar, es cuánto me gustaría que lo hiciera.



31

Cudillero, Asturias.
26 de abril, 2025. Sábado

Tamara

Es la primera vez desde que empecé las clases que me siento realmente bien, como cuando pones tu canción favorita y bailas sin preocuparte de nada ni de nadie a tu alrededor. Las miradas asesinas de Esperanza no han faltado, por supuesto, pero ni ella ni que haya hecho la mejor elaboración, ha conseguido cambiar mi buen humor.

Hace un mes que volví a Cudillero con dos maletas, un fracaso laboral a mis espaldas, la cuenta del banco en números rojos y una lista bastante larga de razones por las que no debería hablar con mi ex —aunque últimamente he tenido ganas—. También lucho a diario contra el deseo de enviarle un mensaje a aquella morena con la que tuve una noche de sexo increíble en el coche. Sin embargo, hay algo que ha cambiado un poco. Ya no miro estas calles con rencor, como si cada fachada fuera un espejo en el que mi reflejo se burlara de mí. Hoy, los escaparates solo me devuelven la imagen de una chica cansada después de pasarse horas editando un nuevo proyecto que, espero, me abra esas puertas profesionales que tanto necesito.

Claudia y Javi se emocionaron al ver mi montaje y están decididos a ayudarme a crear una especie de portafolio que refleje mi trayectoria y mi visión del séptimo arte. Ellos han logrado que recupere un poco de la ilusión que creía perdida, a pesar de que una parte de mí sigue negándose a ver ese talento o a creer que puedo aspirar a algo más que trabajar para una empresa de publicidad.

Mi único objetivo es seguir adelante, cerrar el capítulo de la Tamara que una vez se marchó de aquí y encontrar un lugar donde realmente pueda alcanzar mis metas.

«Cudillero nunca ha estado en mis planes, y nunca lo estará», me repito, como si el simple hecho de negarlo fuera suficiente para cortar cualquier atadura.

He quedado con los chicos en el bar para tomar un par de cervezas y despejar la mente. Tarde o temprano tendré que hablar con mi madre, porque no quiero seguir retrasando esa conversación ni dar pie a más tensiones con ella o con mi prima Cristina. El consuelo que me ofreció Noelia anoche sigue dentro de mí, flotando como mariposas dispuestas a aferrarse a cualquier cosa para evitar que me haga daño.

Tal vez ella tenga razón. Quizá Cristina se ha sentido traicionada. O, simplemente…

«Me echan de menos tanto como yo a ellas».

—Pero este no es tu lugar —murmuro.

—¡Tamaraaa!

El tono agudo de la voz me atraviesa y hace que mis músculos se tensen de inmediato. En cuanto me giro, veo a doña Puri aferrada a su bolso, corriendo hacia mí con sus delgadas piernecillas.

—¡Qué coincidencia, chiquilla! —exclama.

—Sí que lo es, sí… —Me obligo a sonreír con falsa simpatía—. ¿Va al bar de Emilio?

—No, no, qué va. He quedado con Marisa para ir al bingo.

«Joder, ¿me habrá seguido?», pienso, porque el pequeño local donde se reúnen los vecinos está al otro lado de Cudillero.

—Pero justo te he visto y quería saludarte. Eso… y preguntarte una cosilla.

Entrecierra los ojos y me observa con ese gesto de quien mide cada palabra antes de soltarla. Siento que mi futuro en el pueblo depende de esta conversación. Me enderezo, guardo las manos en los bolsillos y levanto las cejas, fingiendo un interés que, en realidad, no tengo.

—La prima de Esperanza me comentó que la tarta de Santiago por la que todos suspiran la hiciste tú. ¿Has encontrado tu nueva profesión? —Mueve las cejas con picardía varias veces y se acerca para agarrarme una de las manos—. ¡Que no me extrañaría nada, eh! Porque está claro que tú y Noelia habéis hecho muy buenas migas. ¡Hemos vivido engañadas, chiquilla! ¡Engañadas! Y Marisa buscándole un buen mozo con el que verse después de cerrar *Dulce Armonía*…

—¿Qué quería preguntarme? —le recuerdo.

Siempre se va por las ramas. Siempre.

—Ah, claro, claro. Pues tiene que ver con eso, cariño —responde, apretándome la mano—. No tendrás competencia con esa panadera que ha llegado de Gijón, ¿verdad? Porque corre el rumor de que el otro día las vieron… ya sabes… cariñositas.

No sé qué es peor: haberme convertido en la comidilla de Cudillero o el tono con el que insinúa algo sin fundamento alguno.

—Es una vieja amiga. Noelia me dijo que ha venido alguna vez a ayudarla con el negocio.

—Pues yo nunca la había visto.

«¿Por qué será?», pienso.

—Qué le vamos a hacer, doña Puri. Tenía que ser yo quien volviera al pueblo y hacerme novia de Noelia para que todo el mundo estuviera pendiente del siguiente capítulo de esta telenovela.

No me molesto en ocultar mi sarcasmo. Tanto ella como sus amigas se han pasado de la raya. Doña Puri suelta un gritito de consternación y niega con la cabeza, como si de verdad la hubiera ofendido. Me suelto de su mano y la vuelvo a meter en el bolsillo de la chaqueta. Necesito algo dulce que llevarme a la boca.

—Pues yo que tú, protegería ese corazón tan bonito que tienes, porque lo que vio Marisa no es algo que se dé entre amigas.

Suelta la bomba y mira su reloj.

—Tengo que irme o nos quedaremos sin los mejores cartones —añade. Me da una palmada en el brazo y sonríe—. Saluda a tu madre de mi parte y dile que a ver si nos vemos.

—Claro…

Se aleja a toda velocidad, arreglándose la permanente con una mano, como si la carrera hasta aquí le hubiera deshecho el peinado. Me muerdo el labio inferior. Tengo el impulso de enviarle un mensaje a Noelia, contarle lo que ha pasado y pedirle que tenga cuidado. Sin embargo, me arrepiento al instante y sigo caminando.

No sé por qué debería advertirle de nada, si ella ya es mayorcita para saber lo que hace. Además, no soy yo la más interesada en que esta mentira se mantenga.

Sacudo la cabeza y continúo hasta el bar, que está abarrotado cuando llego.

Hugo levanta la mano desde una mesa del fondo, donde el bullicio es menor. Me acerco y saludo a todos con un par de besos en las mejillas. Claudia me observa con atención, como si supiera que algo me pasa, pero me deja el tiempo suficiente para quitarme la chaqueta y pedir una cerveza a Emilio con un gesto de la mano.

—¿Otro rechazo? —pregunta sin rodeos.

—Por suerte, no. Aunque no sé si esto es peor.

Levanta las cejas con interés. Javi se apoya en la mesa con los codos y Hugo pone cara de advertencia, como si ya tuviera claro que lo que voy a decir es una locura.

—He visto a doña Puri, de camino al bingo. Casualidades de la vida, me ha visto de lejos —digo sin poder creerlo. Niego y suspiro —. El caso es que me ha soltado algo que me ha dejado un poco… no sé.

Recordar sus palabras me hace preguntarme qué vio exactamente su amiga. Pienso en la actitud cariñosa con la que yo misma las he observado en *Dulce Armonía*, tanto esta mañana en el curso como el otro día, cuando Maite dejó claro que me estaba metiendo en su territorio.

—¿Qué te ha dicho? —insiste Claudia—. Coño, que mira que te gusta dejarnos con la miel en los labios.

—Pues… que Noelia me está poniendo los cuernos con Maite.



32

Tamara

Hugo suspira con hastío y Javi le da un codazo. Gracias al cielo que, al menos, uno de mis amigos es capaz de empatizar conmigo y no verme como una loca exagerada. Le doy un sorbo a la cerveza y noto la espuma en los labios. Me la limpio con la lengua y vuelvo a la conversación, como si se hubiera abierto ante mí un dilema imposible de resolver.

—El caso es que no entiendo cómo se toma esas libertades con esa… amiga, cuando se supone que estamos juntas.

—Pero es que no estáis juntas —puntualiza Hugo.

—Eso el pueblo no lo sabe. Y debería ser así, ¿no crees? —le recuerdo—. Fue ella la que me pidió ayuda, la que quiso que lleváramos a cabo esta mentira. Y ahora, además de ser la comidilla de Cudillero, resulta que tengo unos cuernos que llegan de aquí hasta Barcelona.

—¿Y te duele? —pregunta Javi.

—Pues claro que me jode, no me gusta que hablen de…

—No me refiero a eso —me interrumpe—. Digo que si te molesta que tenga algo con esa tal Maite.

—Noelia puede acostarse con quien le dé la gana —aclaro, levantando mi cerveza—. De hecho, es de las que tiene una

aventura cada fin de semana, según me ha dado a entender. Y me da exactamente igual.

Se quedan en silencio. Sus miradas se clavan en mí, como si intentaran escarbar en mi interior para encontrar una respuesta diferente a la que acabo de darles. Bebo despacio y dejo el vaso sobre la mesa, incluso con una sonrisa divertida por lo incrédulos que son.

—¿Qué? —pregunto directamente.

—Pues que parece que sí te importa. —Antes de que pueda protestar, Hugo mira al resto y Javi le da la razón—. O sea, básicamente y según veo, ahora mismo pareces estar teniendo un ataque de celos.

—¿Ataque de celos? Tú estás tonto —mascullo y niego rápidamente—. Ya os lo he dicho, no me gusta estar en boca de todos, y menos por algo que yo no he elegido.

—Si no lo hubieras querido elegir, para empezar, no le habrías dicho que sí —interviene Claudia.

Podría negárselo. Podría. Pero lo peor es que tiene razón.

—Puede ser, pero fue algo que nos convenía a ambas. A ella, por esa historia que tiene con su familia, y a mí, para que mi madre no estuviera encima de mí todo el tiempo.

—Carmen solo se preocupa por ti —insiste Hugo, diciendo en voz alta lo que parece haber estado callando durante mucho tiempo —. Tú no has estado con ella, no sabes lo mal que le sentó enterarse de que tenías problemas o que no te trataban como te mereces.

—¿Estás seguro? Porque no pasa un día sin que me deje claro que soy el peor fracaso que le podría haber pasado en la vida — espeto.

Pero, al segundo, me arrepiento.

Odio sentirme contra las cuerdas, sobre todo porque, cuando exploto, digo cosas que no pienso. O peor aún, que no siento. Y por

las miradas que me dirigen, acabo de darme cuenta de lo equivocada que estoy.

—Mierda, lo siento —suspiro y me hundo en la silla.

—Entiendo que sea frustrante, que no sea fácil estar en tu piel. Pero también creo que Carmen nunca ha sabido bien cómo decir las cosas. Si te detuvieras un momento a pensar en cómo se siente, te darías cuenta de que la que realmente se ve como un fracaso es ella. Porque nunca pudo darte la vida que habría querido para ti.

—¿Un fracaso? Pero si se ha desvivido para que yo pudiera estudiar, ir a la universidad, tener las oportunidades que ella nunca tuvo —recuerdo en voz alta. Siento un dolor punzante en el pecho—. La he visto mil veces quedarse dormida mientras me leía un libro, haciendo todo lo posible por sacarme una sonrisa. Eso no es un fracaso.

—Y, aun así, siempre quisiste irte de aquí —sentencia Javi.

El silencio se vuelve tenso, tan denso que el remordimiento me cala hasta los huesos.

Les miro a los ojos y veo reflejado en ellos un cúmulo de sentimientos que han viajado conmigo desde que me fui. La tristeza que los envuelve es la misma con la que yo despierto cada día, consciente de que he estado dando tumbos solo para acabar en el punto de partida. Fracasando en todos mis intentos por ser alguien más que la niña que creció sin padre y que apenas tuvo una madre que pudiera ocuparse de ella.

Y, aunque siento que sus palabras son injustas, sé que las dicen desde el cariño, desde ese amor que nos tuvimos desde el primer día en que nos cruzamos en el cole, el instituto o en la cancha de baloncesto cerca del puerto.

Javi es el primero en notar las lágrimas acumulándose en mis ojos. Extiende su mano y aprieta la mía con fuerza.

—Te has empeñado tanto en huir, que no has sido capaz de encontrarte a ti misma —dice Claudia, con esa sonrisa tan suya que siempre lo cura todo—. Y nosotros siempre hemos visto en ti a una estrella.

—Eras la que nos protegía de los abusones, la que siempre conseguía una chuche de más para merendar con un vaso de leche y chocolate.

—La que me enseñó el pueblo de arriba abajo cuando mi familia se trasladó aquí —añade Javi—. Y no tienes ni idea de lo duro que ha sido seguir adelante sin ti.

—¿Por qué nunca me lo dijisteis? —pregunto con un hilo de voz—. Que parecía estar cometiendo un gran error.

Hugo sonríe y niega con la cabeza, tan cómplice como siempre, desde nuestros primeros años de sentarnos juntos en clase.

—Porque somos tus amigos, y jamás te habríamos cortado las alas al tomar una decisión —responde. Se acerca y me abraza con fuerza—. Pero lo que sí tengo claro es que estaremos aquí cada vez que te equivoques.

—Para eso están los amigos, ¿no? —añade Claudia.

—Y para hacerte ver que le des una vuelta a lo de Noelia, porque con solo mirarte a los ojos sabemos que lo que sientes por ella no es, ni de lejos, indiferencia.

—¡Venga, dejad ya el tema! —protesto. Se encogen de hombros y se echan a reír—. Lo único que me faltaba era esto. Entre Noelia y yo no hay absolutamente nada, ¿vale?

«Nada, de nada de nada», me repito.

Busco mi vaso de cerveza y le doy un sorbo.

La conversación cambia de rumbo y, durante los siguientes minutos, nos echamos unas cuantas risas recordando anécdotas de hace años y las veces que fuimos la peor pesadilla de las calles de Cudillero.

Sin embargo, mi mente no deja de pensar en Noelia, en lo que ha dicho doña Puri y en la pequeña, ínfima posibilidad de que, tal vez, sí me haya molestado su cercanía con Maite.



33

Playa del Silencio, Asturias.
27 de abril, 2025. Domingo.

Noelia

El tiempo que hemos tardado en llegar ha merecido la pena. Y mucho. Atrás queda el sendero serpenteante que desciende entre los acantilados cubiertos de vegetación, mientras el mar asoma entre las rocas. He sentido los nervios, la impaciencia, incluso he contado los minutos que han pasado hasta que, por fin, la vista me deja sin aliento.

La Playa del Silencio no es una playa cualquiera. Es un rincón escondido, casi intacto, donde el agua de color verde esmeralda se extiende hasta el horizonte y las olas rompen con fuerza contra los acantilados, imponentes, llenos de vida. No hay otro lugar en el mundo que me erice la piel como este. Que me haga sentir en casa.

Aquí no hay chiringuitos, ni sombrillas, ni ruido. Solo el sonido del mar, eterno y constante, mezclándose con las voces de los demás, con los murmullos que nos han acompañado durante el camino. Bajo mis pies, los cantos rodados crujen levemente, y al fondo, las rocas emergen del agua como gigantes dormidos, creando un paisaje que parece sacado de otro mundo.

—Había olvidado lo bonito que es este sitio… —dice una voz.

Al girarme, descubro la emoción en los ojos de Tamara.

Me quedo mirándola unos segundos. Observo cómo el aire mueve sus rizos, la forma en la que se abraza a sí misma y cierra los ojos por un instante, dejándose envolver por el entorno. Nada más que cielo y mar fundiéndose en la eternidad.

—¿Hace mucho que no venías? —me atrevo a preguntar.

—Unos cuantos años. Supongo que quería evitar precisamente esto.

Me alegra ser testigo de su nostalgia, de cómo sus ojos oscuros se reflejan en un paisaje que sigue sorprendiéndome cada vez que vengo, ya sea en primavera, verano u otoño.

Detrás de nosotras, los chicos preparan un pequeño picnic, y Hugo es el primero en sacar el móvil para hacer algunas fotos. No sé qué tiene este lugar, pero reconozco que fue una estampa así la que me hizo quedarme aquí hace unos años.

—A lo mejor termina convenciéndote —comento.

Tamara arquea una ceja, sin entender a qué me refiero.

—¿Para qué?

—Para que te quedes aquí.

—Ah… eso.

Se encoge de hombros y echa un vistazo a su espalda. Javi y Claudia descorchan la primera botella de sidra, y la espuma se desperdiga por todas partes, haciéndoles reír.

A pesar de que al principio me pareció un poco extraño, ahora agradezco que Esther propusiera este plan. Sobre todo, porque hay algo en el aire que la hace sonreír especialmente, darle brillo a una mirada que no se ha apartado en ningún momento de…

—No puede ser —murmuro.

—¿Qué pasa?

Tamara se gira y sigue mi mirada, frunciendo el ceño.

—No, no. Seguro que no es lo que yo creo —balbuceo, casi hablándome a mí misma.

—Pero, ¿qué ocurre? —insiste.

—¿No te has fijado en que Esther y Claudia…?

—¡¿Qué?! —exclama. Me abalanzo sobre ella antes de que diga nada más.

Le tapo la boca con la mano y le pido silencio mientras nuestras miradas se dirigen al mismo punto.

—Creía que a Esther… —murmuro, sin poder terminar la frase.

—Ya, yo también —responde.

Menuda sorpresa. Las dos sonreímos, pero al instante Tamara niega y, después, fija la vista en mí, incómoda, como si tuviera algo rondándole la cabeza.

—¿Puedo hablar contigo un momento?

—Claro.

Cruzo los brazos para protegerme del frío y me alejo unos metros con ella, apartándonos del grupo.

—El otro día tuve una conversación con doña Puri. —«Esto no puede acabar bien», pienso—. Literalmente me abordó en mitad de la calle para decirme que tú…

—¿Que yo…?

—Te vio en actitud cariñosa con Maite —suelta de golpe.

Por un instante, me quedo sin saber qué decir. Dirijo la mirada hacia Maite, que brinda con Esther mientras conversan sobre vete a saber qué. Todo parece normal, pero hay algo en la expresión de Tamara que me hace ladear la cabeza justo antes de reír por instinto.

—No estarás insinuando que ella y yo… —Sacudo la cabeza, incrédula—. ¿Por qué le haces caso a esa mujer? Si lo único que le

interesa es tener algo de qué hablar en cada esquina de Cudillero.

—Precisamente eso es lo que me molesta. Ser el centro de atención del pueblo, que todo el mundo piense que yo… —Se calla de golpe, como si necesitara medir sus palabras—. Joder, que ahora se creerán que tengo más cuernos que Montoya en *La isla de las tentaciones*.

—No me lo puedo creer…

Intento evitarlo, pero me es imposible no soltar una carcajada. Al menos, hasta que Tamara se cruza de brazos y se queda en silencio, como si el fin del mundo estuviera a punto de llegar.

—Tamara…

—¿Te traes algo con ella? ¿Sí o no? —exige, dejándome con la boca abierta.

—No pienso responder a eso.

—Entonces es un sí. Ya me lo imaginaba —deduce. Niega con la cabeza y se acerca más, como si temiera que alguien más pudiera escucharla—. Por lo menos, podrías haberme avisado, así sabría a qué atenerme mientras sigo en el pueblo.

—Pero si eres tú la primera que ve esto como un simple juego —protesto, dejando ver más de lo que me habría permitido en otra ocasión.

—¡Eh, venid a tomar sidra! —grita Javi desde el grupo.

—¡Ahora no podemos! —respondemos las dos al unísono.

Los chicos se quedan en silencio. Desde lejos, Maite me lanza una mirada inquisitiva, a lo que respondo con una negación rápida.

—Esto es ridículo —murmuro, incrédula—. ¿De verdad me estás preguntando esto solo porque una anciana con demasiado tiempo libre ha decidido que nos ve demasiado juntas?

—No es solo por eso, ya te lo he dicho.

—¿Entonces por qué es exactamente?

Tamara me sostiene la mirada, como si intentara encontrar algo en mis ojos, algo que ni yo misma sé. Luego suspira y se revuelve el pelo con frustración.

—Porque no me gusta cómo me hace quedar.

—¿Cómo te hace quedar? —insisto, frunciendo el ceño.

—Como la idiota de un triángulo amoroso que ni siquiera existe, ¡joder!

El comentario me pilla desprevenida. No es que no imaginara lo que piensa, porque yo misma lo he insinuado antes. Pero es su tono de voz, la manera en la que le da una patada a una piedra, el cabreo reflejado en cada uno de sus gestos… Ni siquiera sé a qué Tamara estoy viendo ahora mismo.

—No me importa que la gente hable, pero sí que hablen de esto. De nosotras. De lo que se supone que tenemos. Y si ahora empiezan a meter a Maite en medio, lo único que consigo es quedar como la pringada que se está tragando el cuento.

—¿Y qué se supone que significa eso?

Tamara vuelve a mirarme, esta vez con los ojos encendidos. De rabia. O quizás… sea otra cosa.

—Significa que todo el pueblo cree que estoy colada por ti y que tú estás demasiado ocupada con otra mujer como para darte cuenta. Y sinceramente, estoy harta de que me vean como a una puta fracasada.

El calor sube a mis mejillas. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo idea de qué hacer.

—Eso no es cierto.

—¿Ah, no?

Da un paso más, acortando la distancia entre nosotras.

—Entonces, dime lo que es verdad, Noelia. Porque yo solo te veo con Maite en esa plaza, riéndote con ella en la cafetería como si conociera cada parte de ti. La veo inclinarse sobre tu mesa como si

tuviera todo el derecho del mundo a tocarte y… —Se calla de golpe, como si acabara de darse cuenta de lo que está diciendo.

Nos quedamos en silencio.

Las olas rompen contra las piedras, el viento le desordena otra vez el pelo. Y yo… yo no dejo de observar la tensión en sus hombros, la forma en la que sus puños permanecen cerrados a cada lado de su cuerpo. La manera en que sus palabras han pasado de ser una simple molestia a unos celos tan evidentes que se reflejan en su mirada. Y, joder… eso me deja completamente descolocada.

—No tengo nada con ella. Es mi amiga, sin más —afirmo con total tranquilidad.

—Entonces díselo a todo el pueblo, porque al parecer la versión oficial es otra.

—Doña Puri, la radio ambulante —ironizo—. ¿Qué quieres que haga? ¿Que salga a la plaza con un megáfono y lo anuncie a los cuatro vientos?

—Pues mira, no estaría mal —apunta.

La tensión entre nosotras es densa, eléctrica, como si una sola chispa pudiera hacer que todo estallara. Pero ninguna de las dos se mueve.

—¡Chicas, que nos la acabamos toda! —protesta Javi.

—¡¡QUE YA VAMOS!! —gritamos de nuevo al unísono.

Tamara suelta un suspiro y se pasa la mano por la cara, agotada.

—Esto es lo último que me faltaba —murmura, casi riendo para sí misma—. Pero ¿sabes qué es lo peor?

—Sorpréndeme.

—Que esto no debería molestarme. Pero, joder, lo hace. —Sacude la cabeza, como si estuviera enfadada consigo misma, y después levanta las manos en un gesto de rendición—. Y… voy a irme antes de seguir diciendo tonterías.

—Sí, será lo mejor.

El sonido del mar llena mis oídos, pero su voz sigue ardiendo en mi cabeza, y no tengo idea de por qué no soy capaz de ir tras ella.

«¿Desde cuándo le importa tanto lo que haga con otra persona?»



34

Tamara

La tensión se puede cortar con un cuchillo. Apuesto a que Hugo ha notado el humo saliendo de mi cabeza después de hablar con Noelia, porque no ha dejado de mirarme e intentar averiguar qué me pasa desde que me he sentado a su lado. Debería estar disfrutando de un picnic espectacular, donde los sándwiches vegetarianos y la fruta son protagonistas junto a la sidra. Además de las risas y las conversaciones maravillosas, claro. Sin embargo, no logro concentrarme en nada de eso, porque mi mente sigue atrapada, debatiéndose entre lo que he dicho y el arrepentimiento que me ha invadido poco después.

¿Yo, celosa de Maite? ¡Venga ya! Claro que no. Lo único que ocurre es que, como le he dicho a Noelia, odio que me pongan en el centro de atención, sobre todo cuando eso se sale de lo que pactamos en su momento. No quiero ni imaginarme la reacción de mi madre ni las preguntas que me hará si se entera de los últimos acontecimientos dirigidos por doña Puri.

Bebo de mi vaso de plástico y siento el burbujeo de la sidra en la lengua. Adoro ese regusto ácido que me deja en la boca, y que se mezcle con los aromas que nos rodean debería ser un extra que me haga sonreír.

Debería.

Pero no puedo, porque ahí están esas dos, mirándose con complicidad, compartiendo secretos que Maite le susurra al oído y a los que Esther y Claudia se suman como buenas aliadas. «Maldita traidora, y yo que creía que estaba a mi lado». En serio, tengo ganas de levantarme y largarme de aquí, perderme entre los acantilados y dejar que el viento me ayude a entender qué me pasa en realidad.

—¿Vas a contarme por qué estás tan seria? —me espeta Hugo sin rodeos.

Me acerca otro vaso de sidra, pero niego con la cabeza.

—Te lo bebes —ordena—. Y después, hablas.

—¿Ahora eres inspector de policía? ¿O es que esto es un tercer grado?

—Joder, qué dramática eres a veces —dice, poniendo los ojos en blanco—. Todo el mundo se ha dado cuenta de que discutías con ella porque, precisamente, discreta no eres.

—¿Y de qué se supone que íbamos a discutir Noelia y yo? No tenemos ese derecho, porque no somos nada.

Pero sí me hace sentir algo. Y me odio por ello.

Agradezco que los demás sigan en plena conversación, un poco alejados de nosotros, porque no quiero tener que dar explicaciones después.

—Lo único que le he dicho es que no quiero que la gente me señale con el dedo, que piensen que no me entero de nada mientras me engañan.

—Bueno, técnicamente, no te están engañando —me recuerda Hugo. Entrecierro los ojos y él se encoge de hombros—. Ya te advertí que esto no te iba a salir bien. Deberías haberme hecho caso.

—A veces no te soporto.

—¿Seguro? Porque fui al primero que llamaste cuando supiste que tenías que volver a Cudillero.

—Cuidado, no vayas a morir de exceso de orgullo —ironizo. Desvío la mirada hacia Noelia y, por un segundo, creo que me devuelve el gesto, pero sigue tan ensimismada en su conversación con Maite que parece no notar mi presencia—. Solo quiero que las cosas salgan como deben salir. La fiesta de su hermana es la semana que viene y todavía falta para la boda, así que… lo mínimo que podríamos hacer es fingir que estamos juntas y no dejarnos ver con otras mujeres.

—Ya… porque eso sería un crimen, ¿no? ¿No se te ha ocurrido que quizá ella se lleva así con sus amigas?

—Te digo yo que ahí hay algo, aunque Noelia diga que no.

—Qué cabezota eres —masculla—. Mira… —Agarra la botella de sidra y me sirve otro poco—. Estarías más tranquila si dejaras de pensar que te miente. Porque, teniendo en cuenta que fue ella quien te pidió empezar con esta farsa, no creo que se le ocurra ir por ahí besándose con otra.

—Eso no fue lo que me contaron…

—Ah, claro, la anciana más cotilla del pueblo, ¿no? —apunta, negando mientras se ríe—. No sé cómo sigues fiándote de ella si lo que más le gusta es tener algo de qué hablar mientras juega al bingo o a las cartas con sus amigas. Nada más.

Miro al horizonte, donde el verde esmeralda se funde con el azul del cielo, salpicado de nubes blancas y esponjosas. A pesar del frío, estar aquí me hace sentir como si hubiera retrocedido en el tiempo, a aquellos veranos en los que todo era más sencillo.

—Supongo que tienes razón.

—¿En qué tengo razón?

Lo fulmino con la mirada. Sabe perfectamente a qué me refiero y no pienso darle el gusto de seguir burlándose de mí, por más que me haya dejado sin argumentos con lo de Noelia.

—¿Por qué no damos un paseo por la orilla? —propone Javi, abrazándome por la espalda.

Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba ahí.

—Pero ni se te ocurra hacer como siempre y mojarme, porque te enteras. ¿Está claro? —le advierto.

Pone cara de no haber roto un plato y nos echamos a reír. Me bebo la sidra de un sorbo, dejo el vaso a buen recaudo y me arreglo el pañuelo dentro de la chaqueta de cuero. Cuando me pongo de pie, Noelia me mira, y en sus ojos veo un atisbo de incomodidad. Debería ir con ella y pedirle perdón, pero en cuanto veo la mano de Maite en su brazo, me arrepiento. La tensión regresa y nos envuelve como si ahora fuéramos dos extrañas que no saben nada la una de la otra.

Puede que no la conozca tan bien como sus amigos, su familia o incluso Alba, pero sé que mi actitud le ha hecho daño, que me he pasado de la raya y que toda la discusión ha sido un sinsentido provocado por unos celos que no me atrevo a aceptar. Celos que se abrieron paso en mi pecho el primer día que la vi sonreír a Maite con esa complicidad que solo tienes con alguien que ha encontrado un hueco real en tu vida, o en tu corazón.

O quizás ocurrió mucho antes, cuando la observaba en *Dulce Armonía*, poniendo amor en cada uno de sus ingredientes hasta convertirlos en algo más que un carbayón o un cruasán. En un regalo al corazón. En el amanecer filtrándose entre las rendijas de una persiana. En el verde esmeralda del Cantábrico meciéndose mientras caminamos.

Lejos la una de la otra.

Acompañadas por las risas de los demás, mientras chapotean en el agua.

Y mientras yo me repito, una y otra vez, que esto nunca será real.



35

Oviedo, Asturias.
2 de mayo, 2025. Viernes.

Noelia

Nunca me había sentido tan nerviosa por una cena familiar en la que ni siquiera soy la protagonista. Digamos que esta tampoco ha sido la mejor semana de mi vida. Maite se marcha mañana a Gijón y voy a notar su ausencia en casa, pero sobre todo en el obrador, lo que me ha llevado a convencerme de que Alba y yo necesitamos a alguien que nos ayude en los días de más trabajo. Afortunadamente, cada vez llegamos a más vecinos y también a quienes vienen de pueblos cercanos. Sin embargo, no es eso lo que me quita el aliento.

Desde que discutimos en la Playa del Silencio, los mensajes entre Tamara y yo han sido escasos. Tampoco ha respondido al correo donde le envié algunas dudas previas ya resueltas sobre recetas que me habría gustado enseñarle en casa, cumpliendo así la promesa que le hice antes de la comida con mis padres y Elvira. Puede que desde entonces se haya replanteado esta locura, que se haya dado cuenta de que el plan no va a salir bien y que…

Niego con la cabeza. Es mejor no pensar en eso. Por mucho que quiera engañarme, nunca habrá algo real con Tamara, aunque

la discusión del domingo me haya dejado claro que, después de todo, sí le importa lo que haga cuando no estoy cerca de ella.

—Qué raro que no hayas venido con tu chica. —Elvira entra al aseo del restaurante y rebusca en su bolso hasta dar con su pintalabios, que se aplica poco después.

Su mirada se cruza con la mía en el reflejo del espejo. No quiero que note nada de lo que me pasa, así que sonrío con naturalidad y me encojo de hombros.

—Tenía cosas que hacer. Está preparando una especie de portfolio para contactar con algunas productoras, y es muy perfeccionista con eso. Hugo iba a ayudarle, pero no creo que tarde en llegar.

—No me estaba quejando —replica, aunque su tono sugiere lo contrario—. Además, el primo de Julián también llega tarde. Los aperitivos pueden esperar.

Pongo los ojos en blanco. No me gusta acertar en estas cosas, ni tampoco que Elvira sea tan intransigente. Sé que organizó esta cena para celebrar la boda con las personas que no podrán asistir por compromisos profesionales, pero tampoco quiero que se convierta en una competición por ver quién la decepciona más o le arruina la noche.

—¿Seguro que estás bien? —pregunta de repente.

Y eso me sorprende.

Me paso los dedos por el pelo suelto que cae sobre mis hombros y después retoco mi maquillaje, imitando su gesto.

—No sé, normalmente te cabrearías por mis comentarios y por lo intransigente que soy.

«Joder». Había olvidado lo mucho que me conoce.

—No me pasa nada —digo sin más.

—No te habrás peleado con Tamara, ¿verdad? —«Coño, tendría que haber pensado en algo más convincente». Niego con la

cabeza, pero ella se gira y me mira directamente a los ojos—. ¿Seguro? Porque puedes contarme lo que sea, ya sabes que estoy muy feliz por ti. Hacía tiempo que no te veía tan…

—Estoy bien —la interrumpo.

No sé cómo pretende verme si todo esto no es más que una mentira forzada que, al final, solo me traerá problemas. Sin embargo, sé que no me dejará salir de aquí sin que le diga algo que logre convencerla.

Sonrío de nuevo y me encojo de hombros.

—Es solo que Tamara sigue pensando que Cudillero no es su sitio, pero eso ya lo sabía cuándo la conocí.

—Te encantaría que se quedara a vivir en el pueblo, ¿verdad?

Asiento. No sé cómo lo hago para que me crea, pero sé que lo he conseguido cuando sonríe y me da una palmadita en la mano.

—Ya verás cómo encuentras la solución —comenta, negando con la cabeza mientras me acaricia el cuello.

—¿Qué pasa?

—Nada. Es que desde lo de Virginia y José no te veía así… Sonríes como una adolescente que acaba de descubrir el amor cada vez que hablas de ella. Se nota que estás enamorada de Tamara.

Abro la boca para responder algo, pero ella se mira el reloj y me acaricia el brazo.

—Bueno, voy a ver si ha llegado alguien más. No tardes mucho, que estoy nerviosa y eres la única que me mantiene con los pies en la tierra.

Me da un beso en la mejilla, guarda el pintalabios, se arregla un poco el pelo cobrizo y se marcha por donde ha venido, dejándome aquí, sin saber qué pensar. Por un momento, siento que el alma se me ha salido del cuerpo y que algún engranaje se ha roto dentro de mí, porque no soy capaz de moverme ni un solo centímetro.

Al final, consigo girarme hacia el espejo, observo mi reflejo e intento sonreír.

«Se nota que estás enamorada de Tamara».

—No estoy… —murmuro, sacudiendo la cabeza—. No estoy enamorada —repito.

No sé de qué intento convencerme, pero cada vez que lo pienso o trato de negarlo en voz alta, el corazón se me acelera y apenas puedo respirar sin que a mi mente acudan esos gestos tan suyos, esos tics que la hacen inconfundible. Su sonrisa. O la expresión que apagó su alegría habitual mientras discutíamos en la playa.

Abro el grifo y dejo correr el agua. Me echo un poco en la nuca, con cuidado de no mojarme mucho el pelo. Acto seguido, retoco el color de mis labios, guardo el maquillaje en el bolso y me aliso las pocas arrugas que se han formado en el vestido verde ajustado que he elegido para esta noche. Solo tengo que centrarme en la cena, capear el temporal y convencerme de que esto pronto se acabará. Como le dije a Elvira, Tamara se marchará de Cudillero. Y contra eso, yo no podré hacer nada.

. . .

Salgo al pasillo que lleva al salón donde se celebra la cena y apenas doy unos pasos cuando veo a Elvira, que me sonríe antes de señalar con la cabeza hacia la entrada del restaurante.

Tamara avanza con aire nervioso, sujetando el bolso contra su regazo. Sin embargo, no es eso lo que me deja paralizada, con la respiración contenida y un tamborileo descontrolado en el pecho. Se aparta un mechón rizado de la cara y echa un vistazo a su alrededor, buscándome con la mirada. La mía se encuentra con la suya justo cuando se detiene bajo una lámpara que la ilumina por completo. La luz resalta el tono cálido de su piel y el vestido negro que la

envuelve, haciendo que su figura resplandezca con un brillo casi hipnótico.

Su expresión cambia en cuanto me ve, y sonríe con una felicidad que borra cualquier rastro de la discusión y la frialdad con la que nos hemos tratado esta semana.

—Perdón por llegar tarde. Digamos que me perdí un poco intentando encontrar aparcamiento, pero vamos a fingir que había mucho tráfico —bromea.

«Igual que fingimos lo nuestro», pienso, y una punzada me atraviesa el pecho.

—No te preocupes, te guardaré el secreto —murmuro, sintiéndome de pronto torpe, sin saber cómo reaccionar.

Pero, como siempre, ella toma la iniciativa. Me deja sin defensas cuando me besa, con una dulzura que me desarma y una calidez que despierta cada uno de mis sentidos. Una descarga eléctrica me recorre el cuerpo cuando sus dedos se entrelazan con los míos y sus labios se posan una vez más en mi cuello, impregnándolo con su perfume.

—¿Haces tú las presentaciones? —pregunta, susurrando contra mi oído. Luego se separa apenas para mirarme de arriba abajo—. Estás preciosa.

—Vamos —respondo, sujetándole la mano con más fuerza.

Las dos nos acercamos a la mesa como si este juego nos saliera a la perfección. Como si no fuera una farsa. Y, por un instante, quiero creerlo. Quiero pensar que su sonrisa es real, que el roce de su piel contra la mía es sincero. Que todo esto significa algo más.

Pero, una vez más, los sentimientos con los que he intentado luchar me estrujan el corazón de una forma que nunca antes había sentido.



36

Noelia

Tengo la sensación de haber perdido la capacidad de hablar o de hilar dos frases seguidas para dar una respuesta coherente a lo que el resto de los invitados pregunta. Llevo la segunda copa de vino blanco a los labios y bebo más de un tercio mientras mis ojos siguen fijos en la mano de Tamara, que descansa sobre la mía, acariciándola con pequeños círculos y con una calma inquietante, como si este gesto fuera lo más natural entre nosotras. Desde que se sentó a la mesa, no ha dejado de reír con mi hermana, Julián, el primo de este y un par de amigos que no conocía hasta ahora. Somos veinte personas, incluidos los padres de los novios, y Elvira me observa con una sonrisa en los labios, la misma que me dedicó en el aseo.

—…¿verdad que sí, cariño? —escucho decir a Tamara, pero apenas logro reaccionar.

—¿Perdón?

—Les decía que al principio me costó mucho ganarme a Churro, que incluso se meó en mi bota.

Julián rompe a reír, como si pudiera verlo en su cabeza, y yo sonrío al instante, intentando que nadie note lo distraída que estaba.

—Sí, ya sabéis que es un trasto, no suele fiarse de la gente que aún no conoce.

Bebo otro sorbo y dejo la copa sobre la mesa. Mi cuerpo me pide ir al aseo y refrescarme un poco, pero mi corazón no quiere alejarse de la sensación de sus dedos rozándome la piel. Dentro de mí, la revolución es mayor que la de un enjambre de abejas en un panal. Y no tengo ni idea de cómo poder controlarlo.

—A ver si esta boda va a traer otra nueva —dice Enrique, el primo de Julián.

No puedo evitar que la saliva se me vaya por el otro lado.

—Quién sabe, a lo mejor sí que pasa.

Me quedo mirando a Tamara, tan sorprendida que aparto la mano por instinto. Su expresión brilla con una sinceridad abrumadora; de hecho, sonríe con tal convicción que apenas deja espacio para la duda. Y lo peor es que, por un segundo, hasta yo me lo creo.

Menuda gilipollez.

El teléfono me vibra sobre la mesa y veo que entra un mensaje de Maite, que se ha quedado en Cudillero a cargo de Churro.

> **Maite:** Creo que hemos encontrado un nuevo pañuelo favorito.

Abro la foto adjunta y sonrío al instante. Churro aparece con cara simpática y un pañuelo con estampados de cruasanes alrededor de su cuello.

> **Noelia:** Deja de consentirlo, que cuando vuelvas a Gijón se va a deprimir.

Y no sería la primera vez.

> **Maite:** Pues entonces vas a tener que invitarme más a menudo. ¿No crees?

Esta vez envía una foto suya, abrazando al perro con una sonrisa que me hace recordar uno de los momentos más especiales que compartimos juntos hace un par de años.

—Noelia me ha contado que estás preparando un portfolio para enviarlo a varias productoras —comenta Elvira.

Aparto la vista del teléfono y me doy cuenta de que Tamara lo estaba mirando. Su gesto se ha endurecido y aprieta la mandíbula, aunque enseguida cambia la expresión y le sonríe a mi hermana.

—Sí, espero recibir respuesta pronto. Así podré irme de Cudillero cuanto antes.

Mis padres, que charlaban animadamente con sus consuegros, dejan de hacerlo y me buscan con la mirada de inmediato. Acto seguido, el resto de la mesa hace lo mismo y el ambiente se llena de un silencio incómodo.

—Fuera de aquí tendrá más oportunidades —aclaro, encogiéndome de hombros—. Ya lo hemos hablado. Para eso existe el tren, ¿no?

—Salvo si vuelvo a Zaragoza —añade Tamara con un tono cortante que me deja sin palabras.

Siento las miradas de todos sobre nosotras.

—Ya lo veremos cuando llegue el momento, cariño —pronuncio y llevo la mano hasta su barbilla antes de besarla.

Por un instante, temo que me aparte o que se levante de la silla. Sin embargo, se sirve más vino y lo bebe con aparente tranquilidad.

La conversación se desvía hacia los novios, las disculpas de quienes no podrán asistir a la boda y los regalos que les han traído. La velada se me hace amena por momentos, y logro centrarme en la cena, achispada por varias copas más de un vino delicioso que no puedo dejar de beber. Maite envía unos cuantos mensajes más, en uno de ellos incluye un vídeo de Churro roncando sobre su regazo, y Tamara lo observa con recelo.

—Me ha encantado tenerte aquí esta noche.

Cuando la cena termina, Elvira la abraza con entusiasmo, con un brillo en los ojos que delata un cariño de cuñada que me hace

apretar los dientes para no decir algo indebido.

—Haz el favor y lleva a mi hermana a casa —le pide—. Me da que el vino ha hecho de las suyas.

—Todo el mundo ha bebido —me quejo.

—Yo no —replica Tamara—. Justo porque sabía que tenía que coger el coche.

—Os teníais que haber quedado en el hotel que reservamos —comenta Julián antes de darme dos besos en la mejilla—. Pero tus padres me han dicho que mañana tienes que ocuparte de la pastelería, ¿no?

—Sí, tengo las clases, además…

—Será mejor que nos vayamos, así evitamos el tráfico —sugiere Tamara—. Gracias por la cena, lo he pasado muy bien. Espero que esta sea la primera de muchas.

—Sí… seguro —murmuro.

Creo ver a mis padres entrecerrar los ojos, pero antes de que pueda añadir nada, Tamara me arrastra fuera del restaurante y el frío de Oviedo me golpea los brazos.

La piel se me eriza y cierro los ojos, sintiendo un extraño calor en las mejillas.

—Me parece que no debería haber bebido tanto vino —murmuro.

—¿No me digas?

—¿Y tú por qué estás enfadada? —le pregunto.

Tamara no responde. Me sujeta del brazo y me guía hasta el aparcamiento. No recuerdo haberme despedido de mi hermana, así que miro hacia atrás, levanto un brazo y lo agito antes de soltar una risa y negar con la cabeza. Ni siquiera sé si he logrado contenerme en la cena o si he dicho alguna tontería, porque el semblante de mi acompañante sigue tan serio como en los últimos días.

Y odio verla así.

Llegamos a un Seat rojo que no recuerdo haber visto en Cudillero. Tamara busca las llaves en el bolso, pero se lo arrebato antes de que las encuentre.

—¿Qué haces? —se queja—. ¿Quieres coger una pulmonía? Te estás congelando.

—Pues caliéntame tú —respondo sin pensar.

«¿Acabo de decir eso en voz alta?»

Se queda mirándome, con la espalda apoyada en el coche y sin saber qué decir. Su boca se entreabre y me pierdo en el tono cálido de sus labios, en lo tentadores que me parecen. Me gusta cómo algunos rizos le acarician las mejillas. Y entonces no me lo pienso ni un segundo más.

Doy un paso, luego otro, y rozo su cuello con los dedos en un toque que no tiene nada de falso, que saboreo como si fuera mantequilla fundiéndose en una masa esponjosa.

La miro una vez más y, sin pedir permiso, la beso. Me hundo en su boca con todas las ganas que he contenido, con la esperanza de que no se aparte. Y no lo hace. Sus manos van a mi cintura y Tamara profundiza el beso.

Uno que, por primera vez, no tiene nada de mentira.



37

Tamara

«Esto no es buena idea. Esto no es buena idea». No dejo de repetírmelo mientras las manos de Noelia recorren mi piel con una urgencia que nunca había sentido en otra persona. Sus ojos me observan con un brillo especial, y no sé si es por el alcohol o por el verdadero deseo con el que busca mi boca y me acorrala contra el asiento del coche.

Afuera, el frío ha dado paso a una lluvia inesperada, y los ríos de agua resbalan por las ventanas con la misma prisa con la que sus labios se deslizan por mi cuello. Tengo la piel erizada y un torbellino de nervios revuelve mi estómago al sentir el calor de su cuerpo sobre el mío. Debería decírselo. Debería decirle que esto no está bien. Pero no puedo. Porque sus besos son como nicotina, y ya no quiero que se aparten de mí.

—Qué guapa eres… —susurra contra mi piel—. Me encanta tu pelo, cómo cae sobre tus hombros, el contraste oscuro que crea con tu piel…

Noelia se aparta apenas unos centímetros y me mira a los ojos. Sus mejillas están encendidas, tal vez por el calor que hace dentro del coche, quizá sea por el vino. Pero hay algo en su expresión que consigue que no me importe en absoluto.

—Deja de hablar, joder —le pido, y la beso, hundiéndome en su sabor a cereza.

Su mano recorre mi muslo y se desliza bajo el vestido. Con la yema de los dedos acaricia la tela de encaje y busca mi sexo por encima de la ropa interior. El roce es tan sutil y, al mismo tiempo, tan intenso, que un gemido escapa de mis labios sin permiso. Cierro los ojos y, aunque todo esto es una locura, me dejo llevar por su boca, por sus manos, por la cercanía de su cuerpo. Sus curvas encajan con las mías como si estuvieran hechas para ello.

Después se mueve y se acomoda sobre mis piernas, haciéndome odiarla por perder el contacto entre mis muslos. Su pelo pelirrojo cae sobre mis hombros cuando me empuja con suavidad contra el asiento, las cosquillas me obligan a sonreír y dejo ir el aire que tengo en mis pulmones.

—¿Qué pasa? —pregunta.

Pensaba que no se habría dado cuenta.

—Nada —murmuro, antes de morderle el labio inferior—. Solo recordaba tu cara el primer día que nos conocimos.

—No me gusta que me hagan esperar —aclara.

No estoy segura de si se refiere a aquel día o a este momento.

Intento responder, pero no me da opción. Su boca atrapa la mía con hambre, con un deseo que me enciende desde dentro. Su lengua se enreda con la mía mientras sus manos exploran cada rincón de mi cuerpo. El espacio en el coche apenas nos permite movernos, pero es suficiente para que mis manos recorran su espalda y mis dedos deslicen los tirantes de su vestido verde, ese que hace que sus ojos parezcan todavía más bonitos.

Noto cómo se le eriza la piel cuando mis caricias bajan por su cintura y sus caderas. La necesidad me invade y deslizo la mano entre sus muslos, moviéndome lo justo para encajarme mejor contra ella.

Ahora soy yo quien la acaricia, primero por encima de la ropa interior, luego apartándola apenas para rozar con los dedos la humedad de su sexo.

—Joder, sí… —murmura, echando la cabeza hacia atrás.

Empieza a moverse sobre mí, en un ritmo delicioso que acelera el corazón. Como tantas otras veces que nuestras miradas se han encontrado y han hablado por sí solas. Su pelo huele a una mezcla de moras y fresas, pero lo que más me gusta es el contraste de su perfume con el leve aroma del sudor que empieza a perlar su cuello y su pecho.

Ancla una mano en mi nuca y se mueve más rápido. La beso y muerdo de nuevo su labio inferior, dejando escapar un ruego que no necesita palabras.

Porque ella lo entiende a la perfección.

Se separa apenas para mirarme con picardía, aparta un mechón de mi pelo rizado de la cara y deja al descubierto mi hombro izquierdo. Lo besa con ternura antes de deslizar una mano entre nuestros cuerpos, subirme más el vestido y colar sus dedos entre mis piernas.

Noto el calor de su piel y, cuando empieza a tocarme, cierro los ojos, disfrutando del movimiento de nuestras caderas. La sincronía entre nosotras es perfecta, un ritmo compartido que se intensifica hasta que, de repente, se oye el desgarro de una tela.

Las dos nos detenemos en seco y nos miramos, sorprendidas, antes de romper a reír.

—Creo que algún vestido acaba de sufrir las consecuencias —murmura Noelia sobre mis labios con diversión.

—Podremos decir que ha sido testigo de una batalla deliciosa —le respondo con picardía—. Aunque ahora mismo, lo único que me importa es otra cosa.

—¿El qué?

No necesito responder.

La beso y profundizo el movimiento de mis dedos, arrancándole un gemido ahogado. La lluvia arrecia y el sonido de nuestras bocas, de nuestros cuerpos buscándose, se funde con la tormenta que golpea Oviedo. Noelia desliza sus labios hasta el hueco entre mi cuello y mi hombro, lo besa, lo lame con una lentitud tortuosa antes de hundir los dientes en mi piel. Un escalofrío me recorre entera. Hace un rato, no dejaba de repetirme que esto no era buena idea —y quizá no lo es—, pero ahora no quiero que se detenga. Todavía no.

Noelia entra en mí y ardo por completo. Es un calor profundo, un deseo líquido que se me clava como sus labios cuando buscan los míos. Jamás imaginé que la noche acabaría así, ni que la escucharía temblar mientras su cuerpo se tensa y se rinde a un orgasmo que me hace gemir con ella.

Se aferra a mí, acariciándome con más intensidad, deseando arrastrarme con ella a ese mismo abismo donde lo que nos espera es mucho mejor que la oscuridad. Pero cuando muerde mi labio inferior y se separa apenas para mirarme a los ojos, algo dentro de mí se rompe.

El corazón me da un vuelco, porque sé que está a punto de pasar algo que lo va a cambiar todo.

—No quiero que esto sea una mentira —susurra, con la voz entrecortada. El corazón me martillea el pecho y siento cómo se me corta la respiración—. Tamara, quiero que esto sea de verdad.

Su sonrisa es tan bonita que casi duele.

Y, por lo visto, he venido a este mundo para ser quien la borre de su rostro. Pongo una mano entre nosotras y ella se detiene, confusa. Intenta besarme otra vez, pero me aparto.

En sus ojos aún brilla una chispa deliciosa entre el vino y el deseo y de repente, una ráfaga de arrepentimiento me atraviesa el cuerpo como una puñalada. Porque solo quiero salir corriendo.

—¿Qué pasa? —pregunta. Esta vez no hay rastro de picardía en su voz.

—Lo siento, pero no puedo hacerlo. No puedo.

La aparto de mí sin saber cómo lo consigo, escapando de algo que ahora me parece una trampa de la que no quiero formar parte.

Su olor está en mi piel, en mis labios, en mis dedos. En cada centímetro de mi cuerpo. Si cerrara los ojos, podría revivir cada instante con una claridad que me asusta. Me muevo torpemente hasta el asiento del conductor. Tengo la piel de gallina, pero ya no sé si es por el frío, por la vergüenza o por los nervios.

—No debería haber dicho eso —susurra. Sus dedos rozan mi barbilla, queriendo obligarme a mirarla.

Pero me resisto.

—Te llevaré a casa. Mañana tienes que madrugar.

Y sin perder más tiempo, busco las llaves en el bolso y pongo el motor en marcha.



38

Cudillero, Asturias.
3 de mayo, 2025. Sábado.

Noelia

«Lo siento, pero no puedo hacerlo». Tengo esas palabras clavadas en la mente. Sin embargo, lo peor no fue lo que dijo, sino la verdad que vi en sus ojos, una que me golpeó con fuerza, como si, de algún modo, hubiera esperado que nunca llegara ese momento. Me sentí tan estúpida que fui incapaz de pronunciar una sola palabra durante la media hora de trayecto entre Oviedo y Cudillero. Ni siquiera pude mirarla cuando nos despedimos al dejarme en casa, y ella tampoco buscó mi mirada en ningún instante.

No he pegado ojo en toda la noche, y llevo la resaca peor por culpa del insomnio. Churro me observa desde el salón sin acercarse ni un milímetro, como si pudiera notar que algo no va bien. Ni siquiera la ducha caliente ha conseguido disipar este malestar.

—Pues creo que ya tengo todo.

El sonido de la maleta de Maite golpeando el suelo me hace levantar la vista. Se acerca a mí con una sonrisa en los labios.

—Ojalá no tuviera que irme tan pronto —dice—. Me habría encantado quedarme en *Dulce Armonía* mientras das la clase.

—No pasa nada, es mejor que no te líes más.

—Espero que, a partir de ahora, tengas un poco más en cuenta mis consejos —bromea, aunque su tono lleva implícita una advertencia. Luego se acerca y me envuelve en un abrazo.

«Si ella supiera…».

La rodeo con los brazos y me quedo ahí, en silencio, buscando un consuelo que ni siquiera soy capaz de pedir en voz alta. No le he contado nada de lo que pasó anoche. Solo le dije que bebí más de la cuenta y que me he despertado con un dolor de cabeza espantoso.

—Te voy a echar de menos. Y Churro también.

En cuanto lo nombro, él ladra y corre hacia nosotras, dando pequeños saltos con sus patas cortas. Maite se agacha y él se deja acariciar, con esa expresión suya que casi parece una sonrisa. Y yo, lo único en lo que puedo pensar ahora mismo, es que ojalá hubiera aceptado a Tamara de la misma forma.

Quizás anoche solo intentaba dejarme claro que esto no tenía sentido. Que mis sentimientos hacia ella son una locura, incluso más que la idea de fingir una relación para evitar que mi familia intente buscarme pareja.

—Bueno, pues ya está. Que no me entere yo de que te portas mal o no habrá más pañuelos chulos para ti —le dice a Churro, con una sonrisa traviesa.

Él abre mucho los ojos, como si entendiera cada palabra, y hasta asiente antes de irse a su cama del salón para echar otra de sus siestas matutinas.

—Menudo rebelde está hecho. —Maite niega con la cabeza y vuelve a abrazarme—. ¿Tú vas a estar bien? —pregunta.

Su tono es lo bastante serio como para asustarme.

—Perfectamente. Pero, como te he dicho, te voy a echar de menos.

—Ven a verme más a menudo. Estamos a tres horas en coche, y en mi casa te espera mucho más que buen pan —me recuerda.

—No sé qué haría sin ti.

—Probablemente… ser un desastre.

Sus manos se posan en mi cuello, y cierro los ojos al sentir la calidez de sus dedos. Por un instante, me dejo llevar por la nostalgia. Por esos momentos de mi vida en los que nada parecía poder salir mal. En los que creía tenerlo todo bajo control.

Días en los que me sentía completa, sin miedo a perder lo que me hacía feliz.

Hasta que el destino decidió separarnos y nos obligó a entender que, aunque nuestro vínculo nunca se rompería, tampoco estaría unido por el amor.

—Avísame cuando llegues, ¿vale? —le pido, acariciando su mano.

—Serás la primera en saberlo.

Su beso en la comisura de mis labios me deja un cosquilleo que se cuela hasta lo más hondo de mi alma. La veo caminar hacia la puerta y, aunque deseo con todas mis fuerzas que se gire para mirarme una última vez, no lo hace. Porque sabe que, si lo hiciera, daría pie a algo que nunca ha funcionado entre nosotras.

Por el tiempo. Por la distancia. Por el trabajo.

Por otras personas.

Por mí.

Porque nunca estuve realmente enamorada de ella.

«Pero sí de…».

Churro ladra, arrancándome de mis pensamientos.

No entiendo qué quiere hasta que le da un golpecito con la pata a su bol vacío. Y suelto una carcajada sin poder evitarlo.

—Siempre lo consigues, ¿eh? —comento, cogiéndolo en brazos y abrazándolo contra mi pecho—. Hacerme sonreír, incluso cuando todo es un desastre.

Le doy un beso en la cabeza antes de dejarlo en el suelo y voy a buscar su comida.

. . .

El día no mejora con respecto a la noche anterior. De hecho, empeora, porque antes de llegar a *Dulce Armonía* he tenido la mala suerte de cruzarme con doña Puri, quien no ha desperdiciado ni un segundo para cotillear sobre Maite y soltar un comentario que me ha dejado con una vergüenza todavía mayor.

«Al parecer, la pobre se ha pillado una gripe de estómago, y su madre ha cambiado el turno para quedarse en casa con ella. Espero que dentro de poco seas tú quien le lleve sopa calentita».

Por supuesto, se refería a Tamara. Pero lo que doña Puri no sabe es que en realidad no está enferma. La conozco lo suficiente como para saber que ha usado esa excusa para no venir a clase hoy.

—Espero que no haya mucho trabajo esta mañana, porque tengo una resaca de mil demonios —se queja Alba en cuanto cruzo la puerta de *Dulce Armonía*.

—Pues ya somos dos —comento y dejo escapar un suspiro—. Maite acaba de irse, así que estaremos solas… al menos hasta que encontremos a alguien que nos eche una mano.

—¡Ya era hora! —grita, levantando los brazos como si acabara de ganar la lotería.

Si no fuera porque nos separa la barra de la cafetería, estoy segura de que me habría dado un buen abrazo.

—El negocio va bien, nos lo podemos permitir —respondo mientras me quito la chaqueta—. Voy a ver qué me espera hoy con

las alumnas.

Y lo que viene después es todavía peor. Como si los astros se hubieran alineado para convertir mi día en una mierda tras lo que ocurrió anoche. Reviso varias veces mi teléfono por si a Tamara se le hubiera ocurrido decir algo. Pero no hay nada. Ni un solo mensaje. Y el arrepentimiento me revuelve el estómago y potencia el dolor de cabeza que me palpita en las sienes.

—¿Qué le ha pasado a tu alumna estrella? —pregunta Esperanza con sorna—. ¿Tiene miedo de volver a meter la pata?

—Ponte con la elaboración y deja de meterte con Tamara —espeto sin pensar—. Aunque sea un desastre, se esfuerza más que muchas de vosotras. Esto no es un plató de *Sálvame*, un poco de educación.

El silencio se adueña de la sala. Varias alumnas me miran con la boca entreabierta; otras aprietan los utensilios entre los dedos sin decir nada. Esperanza susurra algo a su compañera, pero no añade ninguna otra burla.

A partir de ese momento, solo se escucha el ruido de las bandejas, los trituradores y los hornos en funcionamiento. Ninguna vuelve a hacer preguntas ni a pedirme que revise sus elaboraciones. Odio haberme comportado así. Tengo las disculpas en la punta de la lengua, pero el tiempo pasa rápido y, cuando me doy cuenta, las dos horas de clase han llegado a su fin.

—Nos vemos el próximo sábado —anuncio, aunque recibo pocas sonrisas a cambio.

Lo entiendo perfectamente. No debería traer mis problemas personales al trabajo, mucho menos cuando yo misma me los he buscado.

Joder.

Es que no puedo sacármela de la cabeza. Tampoco la forma en la que me miró cuando dije que no quería que lo nuestro fuera una mentira. Me gustaría pensar que lo que vi en su expresión fue

miedo. El mismo nudo de inseguridad que se me anuda en el pecho cada vez que pienso en Tamara y en lo mucho que me afecta.

Quizá desde nuestra primera clase.

No lo sé.

Me gustaría creer que ella siente lo mismo, pero las señales han sido claras. Ella nunca ha visto nuestra historia como algo real. De hecho, ha fingido tan bien que ha interpretado su papel a la perfección.

Tamara quiere irse de Cudillero. No quiere que nada la ate a este lugar.

Y mucho menos yo.

—¿Qué haces ahí parada? —La voz de Alba me arranca de mis pensamientos—. ¿Va todo bien?

—Sí, sí. Solo estaba pensando en qué les mandaré para la próxima clase.

—Esperanza ha dejado su elaboración para venderla en la tienda —me informa—. Ha dicho que prefiere que le des algo de beneficio en vez de llevársela a casa. La verdad es que estaba bastante rara.

—Puede que la resaca no me haya sentado muy bien —miento, aunque hay algo de verdad en ello—. Enseguida voy contigo.

Alba se dirige al obrador y, en cuanto se pierde tras la puerta, busco el teléfono y abro la conversación con Tamara. Si es que a esto se le puede llamar conversación. De los últimos cinco mensajes, no me ha respondido a ninguno. Pero aun así, respiro hondo y escribo.

Mi dedo se queda suspendido sobre la pantalla unos segundos. Y cuando reúno el valor suficiente, pulso «enviar».

Noelia: Por favor, responde. Tenemos que hablar.



39

Tamara

Dejo el teléfono boca abajo, aunque el impulso de responder me quema en las manos. La cabeza me late como si hubiera sido yo quien bebió más copas de la cuenta, y mi cuerpo parece empeñado en no olvidar el roce de sus manos, la forma en la que sus labios despertaron rincones dormidos de mi ser, como si nadie los hubiera hecho vibrar antes. La noche fue perfecta hasta que Noelia me miró a los ojos y pronunció un deseo que me dejó paralizada, sin saber qué hacer. Aunque mi respuesta fuera inmediata.

Suelto el aire y me llevo las manos a la cabeza, echándome hacia atrás en el sofá.

Me pregunto qué habrá pensado de mi huida, de haberla llevado a casa sin decir una sola palabra, de no haber respondido a sus mensajes, de haber faltado hoy a la clase.

—¿Ya te sientes mejor?

La voz de mi madre me saca de mis pensamientos. Aparece desde la cocina con dos tazas de té y me tiende una con su gesto paciente de siempre. Agradezco el calor entre mis dedos mientras la observo acomodarse en el sillón frente a mí. El aroma a manzanilla me reconforta, aunque sé que mi malestar no tiene nada que ver con el estómago, sino con los malditos remordimientos que me

carcomen por dentro. Con la vergüenza. Y con algo más que me empeño en no admitir.

Porque, en el fondo, sé muy bien que quiero lo mismo que Noelia.

—La verdad es que no estoy enferma —confieso, removiendo el té con la cucharilla—. Puse una excusa para no ir a las clases de Noelia.

Cuanto antes lo diga, antes evitaré preguntas incómodas.

—¿Y por qué harías algo así? ¿Ha pasado algo malo entre vosotras?

«Que todo ha sido una mentira».

Las palabras me arden en la punta de la lengua, pero me da tanta vergüenza reconocer algo así, que niego con la cabeza. Además, su familia no sabe nada. No voy a ser yo quien provoque que se enteren antes de tiempo. Si esto tiene que terminar, será porque las dos lo decidimos. No porque yo haya salido corriendo en cuanto sentí que algo podía atarme a Cudillero.

—Habla ya, cariño, que me tienes en ascuas.

Su tono es amable, pero la impaciencia se nota en sus ojos.

—¿Siempre has pensado que soy un fracaso? —disparo lo primero que se me viene a la cabeza.

He evitado tanto esta conversación que el dolor se ha vuelto insoportable. Ya ni siquiera duermo bien. Y la falta de respuestas de las productoras no ayuda. Llevo más de un mes aquí y lo único que he conseguido ha sido inventarme una relación falsa que ni siquiera he sabido cómo manejar.

—¿Por qué dices eso? —Su ceño se frunce y después niega—. Te equivocas, cariño. Siempre he estado muy orgullosa de ti.

—Pues no lo parece. No dejas de compararme con Cristina. Siempre me recuerdas todo lo que he perdido por el camino: a

Tania, mi trabajo… Hasta parece que te alegraste de que volviera a Cudillero con la moral por los suelos.

—¡Pues claro que me alegra que estés aquí! —exclama. Sus labios tiemblan antes de esbozar una sonrisa—. Pero no porque crea que eres una fracasada, sino porque… te echo de menos cada día.

Su voz se rompe en la última frase, y de inmediato, la conversación que tuve con los chicos hace unos días resuena en mi cabeza.

—Intenté convencerme de que tenías que encontrar tu sitio, cariño —continúa—. De que, si te quedabas aquí, te cortaría las alas. Pero, Tamara… Tú eres lo único que tengo.

—También tienes a Cristina y su perfecta familia —mascullo, con la actitud de una niña pequeña.

—Nunca será lo mismo. Nunca serás tú.

Deja la taza en la mesa de centro y se sienta a mi lado. Sus dedos buscan mi mano y la acarician con ternura, como solía hacer cuando era niña.

—Sé que no te di la vida perfecta. También sé que no estuve contigo tanto como me habría gustado. Me daba cuenta de lo mucho que te dolía quedarte con la tía Pilar, lo que odiabas comer con doña Consuelo, pero…

—Pero solo estabas tú, luchando contra el mundo y contra las circunstancias que te tocaron vivir —murmuro, con un nudo en la garganta.

Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos, con el peso de su arrepentimiento. Con las huellas de una lucha continua en la que intentó hacerlo lo mejor posible. Sé que le habría gustado hacer las cosas de otra manera, pero hay algo en su expresión que, de pronto, me hace comprender la verdad.

El sacrificio del tiempo no es la razón por la que siempre he querido huir de aquí. Mi madre nunca ha sido el problema. Ni tampoco el hecho de que mi infancia y adolescencia no fueran

perfectas. Porque cinco minutos a su lado, mientras me contaba un cuento o me preparaba chocolate caliente, bastaban para hacerme sonreír.

Pero yo quería más. Me inventé castillos de arena. Escribí un cuento de hadas con reglas claras que me hicieron ver la vida de otra manera. Como si necesitara ser una Tamara distinta a la que realmente soy. Alguien que le demostrara al mundo que, por haber crecido con la herida de la soledad, nunca podría ser derrotada. Y, sin embargo, he sido yo quien ha terminado destruyéndose con cada decisión que ha tomado.

—He sido la peor hija del mundo.

—No te atrevas a decir eso, Tamara Orellana —me reprende mi madre, dándome un manotazo en el brazo—. Para mí, siempre has sido maravillosa, con un talento que muy pocos tienen. ¿O es que ya te has olvidado cuando veíamos películas los sábados por la noche y me contabas cómo las habrías narrado tú?

—Claro que me acuerdo… y supongo que, por eso, me he equivocado tanto —suspiro—. Me he pasado la vida inventándome una historia alternativa en lugar de escuchar mi propia voz.

No espero la lágrima que resbala por mi mejilla, ni tampoco el gesto tan tierno con el que mi madre la limpia antes de abrazarme.

—Tengo que pedirte perdón —dice, con firmeza. Niego con la cabeza, pero me hace callar posando un dedo sobre mis labios—. Porque sí te he comparado con tu prima, creyendo que la seguridad que tiene en su trabajo y en su familia era lo que debías buscar. Algo que yo nunca tuve. Me he acercado más a ella con tu falta, he querido verte en su reflejo, y no me di cuenta de que eso no era lo más importante para ti, aunque ahora estés con Noelia.

Debería decírselo.

Contarle la verdad.

Pero no puedo.

—Me hace muy feliz ver en tus ojos lo enamorada que pareces de ella —añade, y mi corazón se estrella contra mi pecho—. Pero si crees que tu felicidad no está en este pueblo, entonces, búscala hasta que puedas sujetarla entre las manos.

—Ya no sé lo que quiero —admito, por primera vez en mucho tiempo—. Creí que era este lugar lo que me asfixiaba, que Cudillero era una cárcel. Pero en realidad, he sido yo quien se ha encerrado en ciudades más grandes, solo por buscar una aprobación absurda.

—A todos nos gusta que nos reconozcan lo que hacemos —bromea mi madre y después, me besa en la mejilla—. Aunque lo verdaderamente importante es que seas tú quien esté a gusto con tus metas, sean cuales sean. Sinceramente, no entiendo por qué te metiste en el mundo de la publicidad cuando tu verdadero talento es otro.

—Eso lo dices porque eres mi madre.

—No, lo digo porque he visto de lo que eres capaz —afirma sin dudar—. Sé que elegiste ese camino porque se te daba bien, porque te ofrecía una seguridad que el riesgo de quedarte aquí y apostar por lo que realmente querías no te daba.

—¿Y de qué me ha servido? —ironizo, intentando sonreír.

—A veces, perderlo todo es la única manera de encontrar lo que realmente necesitas.

—Me da miedo equivocarme otra vez. Volver a tomar una decisión que me lleve a algo que no es para mí —susurro—. Creía que era una persona segura de sí misma, pero ya veo que no.

—Yo creo que sí lo eres —replica con suavidad—. Si no, nunca te habrías lanzado a la aventura. Pero ahora es momento de detenerte, de pensar bien las cosas. Y puedes tomarte todo el tiempo que necesites.

—Bueno, no te creas, mi cuenta del banco no opina lo mismo —bromeo.

Las dos rompemos a reír y la abrazo con fuerza.

—Siento haberte hecho pensar que eras un fracaso —dice, acariciándome el pelo—. Solo quería que mi niña no se equivocara.

—Si equivocarme ha hecho que regresemos a este momento, entonces lo haría una y mil veces más —aseguro.

El huracán que tenía por corazón se calma entre sus brazos y, por primera vez en mucho tiempo, siento que, al fin, estoy encontrando el rumbo. Justo en el lugar del que siempre quise huir.



40

Noelia

—¿Qué narices haces aquí? —Tamara abre la boca y mira hacia el interior de la casa antes de entrecerrar la puerta, dejando que solo pueda ver la mitad de su cuerpo—. ¿Es que no sabes tener paciencia? Joder, mi madre casi se cree que eras una inspectora de Hacienda tocando así.

—Lo dice la que rompió una tableta de chocolate a golpes porque usar un cuchillo le parecía demasiado lento —ironizo.

Ella pone los ojos en blanco, pero esta vez no hay ni una sonrisa, nada que me indique que el enfado o la decepción se le han pasado.

—Necesitamos hablar de lo que pasó… de lo que dije. Y que ignores mis mensajes no ayuda. Además, te has saltado una clase importante.

—Seguro que no ha sido para tanto —murmura, con un aire de despreocupación que no termina de convencerme—. Habrás disfrutado un par de horas maravillosas sin que yo provocara un desastre con la mayoría de ingredientes.

—¡¿Quién es?! —se oye la voz de Carmen desde dentro.

Sonrío.

—¡Noelia! ¡Voy a dar una vuelta con ella! ¡Vuelvo para la cena!

«Genial, la trampa ha funcionado».

Como buena vecina de Cudillero, sé que hay dos cosas que aquí se valoran por encima de todo: primero, la pesca; después, el boletín oficial de cotilleos de los domingos, y Tamara no va a permitir que su madre haga preguntas, mucho menos que la historia se esparza como pólvora.

Escucho cómo se pone la chaqueta y agarra el bolso. Aprovecho para tomar aire, intentando pensar cómo llevar la conversación por un buen camino, pero mis intenciones se ven interrumpidas en cuanto su expresión cambia al darse cuenta de que no estoy sola.

Churro, por supuesto, no desaprovecha la oportunidad de hacer su drama personal.

—Genial, el comité de bienvenida ha llegado —farfulla Tamara.

Con la dignidad de un emperador romano, Churro levanta la cabeza, se sienta frente a ella y le dedica una mirada de absoluto desprecio.

—Vale ya, por favor, tengamos un poco de paz —pido, como si hablara con dos niños pequeños.

—Para que conste, es él quien siempre empieza —se queja Tamara.

Echo la cabeza hacia atrás y resoplo.

—Con lo bien que te has portado estos días, ya podrías seguir así —reprendo a Churro, que emite un quejido lastimero de cachorrito.

No me dejo engañar por él ni un poco.

—Claro… —murmura Tamara—. Seguro que con Maite se ha llevado de maravilla.

Detecto el matiz de celos en su voz.

No respondo. Sus palabras solo consiguen revolverme más por dentro, dejándome con mil preguntas que no sé cómo responder. La

verdad es que hubiera preferido no tener que estar aquí con la cantidad de trabajo que teníamos en *Dulce Armonía* —la que he tenido que cerrar antes de hora—. No quiero estar refunfuñando mientras el perro me tira de la correa como si estuviera guiándole a la perdición. No quería venir a casa de Carmen para buscar a Tamara como si fuéramos dos niñas que no saben cómo actuar. Lo único que quiero es que deje de comportarse como una cobarde y de la cara de una vez.

Porque lo que pasó en el coche no fue un impulso momentáneo.

Y nunca he estado tan segura de algo.

. . .

El silencio construye un muro entre nosotras. Churro camina con su arrogancia habitual, moviendo su trasero redondo como si estuviera patrullando la calle. Sigue en modo ataque, lo sé porque, a pesar del ruido del tráfico, lo oigo soltar gruñidos bajos cada vez que Tamara da un paso demasiado cerca de él. Le echo una mirada de advertencia. Su expresión me responde con un claro «no pienso hacerte ni caso», y eso me hace suspirar.

—Necesito que lo admitas —digo de repente.

Tamara se detiene en seco y gira hacia mí.

—¿Qué se supone que tengo que admitir?

—Que lo de anoche te gustó. Que no fue la primera vez que… —Niego con la cabeza e intento sonreír—. Sé reconocer cuando alguien se acerca a mí buscando algo más que un simple beso fingido.

Se queda paralizada. Sus manos vuelan al asa del bolso y la aprieta con fuerza, como si necesitara aferrarse a algo para mantenerse firme. En su mirada encuentro la respuesta que necesito. Pero eso no es suficiente.

Quiero oírlo de su boca. No. *Necesito* que lo diga.

—Noelia, esto… esto es una mentira que nos inventamos para salir del paso. Para que tu familia dejara de presionarte y pudieras ir tranquila a la boda de tu hermana.

—Eso lo he tenido claro desde el principio… —respondo, justo cuando Churro tira con fuerza de la correa—. ¡Para ya o no habrá premio al volver a casa!

El grito surte efecto. Suelta la correa que tenía atrapada entre los dientes y se sienta con resignación, poniendo los ojos en blanco.

Estamos delante del escaparate de la tienda de artesanía local de la calle San José. Desde el interior, las postales con imágenes del puerto nos observan, reflejando en miniatura las coloridas fachadas de las casas que nos rodean. Varias personas nos miran con curiosidad. Entre ellas distingo a don Pepe, que me dedica una sonrisa amistosa antes de que yo vuelva a centrarme en ella.

—Tamara…

—No estuvo bien —interrumpe, con la vista fija en cualquier punto que no sean mis ojos—. Y por muchas razones. No deberíamos hacer como si todo esto fuera algo más que un acuerdo entre nosotras. —El tono frío con el que lo dice me aprieta el pecho —. Yo tengo que centrarme en mi vida —continúa—, y tú tienes la tuya… y un perro que me odia. Está claro que no somos compatibles.

—No metas a Churro como excusa.

—No lo hago. Es una verdad como un templo —replica, encogiéndose de hombros—. A lo mejor parezco celosa… y quizá lo estoy. Pero sé que no se lleva mal con Maite sin motivo. Está claro que entre vosotras hay algo que…

—Lo hubo —admito, con franqueza—, pero se acabó enseguida. Me di cuenta de que la quería más como amiga.

Por primera vez, veo auténtica decepción en los ojos de Tamara.

—Lo sabía… —susurra, como si le hubiera traicionado al enterarse ahora y no cuando Maite apareció en la clase de repostería —. Me di cuenta desde el principio. Desde que intentó marcar territorio cuando le cediste el mando durante la clase.

Aprieta los labios, frustrada.

—Me habría gustado saberlo —añade—. Pero está claro que llevamos esta mentira demasiado lejos. Si ni siquiera podemos ser sinceras con cosas así…

—Tú tampoco lo estás siendo ahora. —Tamara se queda inmóvil—. Sé que te gusto —digo, sin apartar la mirada—. Que anoche me habrías besado hasta el amanecer. Pero estás tan asustada que no quieres admitirlo.

Doy un paso hacia ella, ignorando los tirones de Churro.

—No quieres encontrar un motivo para quedarte aquí —continúo—, porque lo único que buscas es huir. Huir de algo que desconozco, pero que te aterra.

Tamara abre la boca, a punto de responder.

No llega a hacerlo.

Un chirrido ensordecedor nos interrumpe cuando un coche derrapa a toda velocidad. El sonido hace que Churro dé un bote, como si le hubieran pisado la cola, y un segundo después, siento la correa deslizarse entre mis dedos.

—¡CHURRO!

El perro se lanza a la carretera como un disparo.

Todo pasa en un instante. Veo otro coche aparecer al final de la calle. El corazón se me congela, y estoy a punto de correr tras él cuando Tamara se adelanta.

—¡Mierda! —grita.

La veo lanzarse sin dudarlo. El coche se acerca peligrosamente, pero ella no se detiene. Se abalanza sobre Churro

en el último segundo y rueda por el suelo con él en brazos, cubriéndolo con su cuerpo como si estuviera protegiendo un tesoro.

El coche pasa de largo sin darse cuenta de nada. Yo sigo sin poder respirar. Tamara continúa en el suelo, con el perro apretado contra su pecho, y varios vecinos se llevan las manos a la boca y corren hacia nosotros, alterados.

—Dios mío, ¡Churro!

Tamara levanta la cabeza, despeinada, con la ropa cubierta de polvo y los ojos abiertos por la adrenalina.

—Estoy viva, gracias por preguntar —ironiza.

Se incorpora con dificultad y la observo de arriba abajo. Sus manos no sueltan a Churro y él la mira en silencio, con los ojos brillantes y una expresión que no deja rastro del odio que le tenía hasta hace unos minutos.

—¿Estás bien? —pregunto, todavía temblando.

Tiene uno de los camales rotos por la rodilla y veo la sangre chorrear.

—Sí, sí. Solo ha sido un susto —responde con voz entrecortada—. Lo importante es que él esté bien.

Lo aparta un poco de su pecho y lo examina, asegurándose de que no tiene ni un rasguño. Entonces, suspira con alivio. Sus ojos se humedecen, como si ahora fuera realmente consciente de lo que acaba de ocurrir. Y entonces pasa algo inesperado.

Churro ladra. Pero no es su ladrido gruñón de siempre. Es un sonido distinto. Está más contento que unas pascuas. De repente, empieza a lamerle la cara con entusiasmo, moviendo la cola como si Tamara fuera el amor de su vida.

Ella parpadea, perpleja.

—¿Qué coño…?

Churro le da otro lengüetazo en la barbilla y después le golpea el brazo con la pata, exigiendo más atención. Me paso las manos por

la cara y respiro profundamente, sintiendo cómo mi corazón recupera su ritmo normal.

—Creo que te acabas de convertir en su heroína —comento, esbozando una sonrisa.

—¿Ahora tengo un fan incondicional?

—Y vas a tener que lidiar con las consecuencias —resoplo, al ver la confusión en los ojos de Tamara—. Ahora no va a querer alejarse de ti.

Churro se acurruca más en su pecho, suspira con satisfacción y cierra los ojos con total confianza. Tamara lo mira, sin saber muy bien cómo reaccionar.

Finalmente, esboza una sonrisa resignada.

—Bueno… supongo que podré sobrellevarlo.



41

Cudillero, Asturias.
4 de mayo, 2025. Domingo.

Tamara

—De verdad, que estoy bien. Es solo una herida sin importancia. Tampoco es que me haya roto una pierna.

Aparto las manos de Hugo con fastidio y apoyo la cabeza en el respaldo del sofá. Los chicos también vinieron anoche a casa y han vuelto esta mañana porque, según mi madre, me cuesta caminar y hacer las cosas por mí misma.

No entiendo cómo puede ser tan exagerada.

—¿Por qué no te dejas cuidar un poco? Que siempre eres igual —se queja Claudia.

—Porque ya os he dicho que no es nada. Me quemé con el asfalto y puede que la herida me deje una buena cicatriz en la rodilla, pero eso es todo.

Mi tono de hastío hace que suelte un suspiro antes de levantarse del sofá, Claudia recoge el antiséptico y las gasas y se va refunfuñando hacia la cocina.

—Desde luego, a veces pareces esa adolescente que se quejaba por cualquier tontería —comenta Hugo, con diversión.

Le lanzo una mirada de advertencia, pero ni se inmuta.

—Lo que yo todavía me pregunto es cómo se te ocurrió lanzarte así a la carretera —interviene Javi, cruzado de brazos.

—Si no lo hubiera hecho, habrían atropellado a Churro, y no quiero ni pensarlo —aclaro, sintiendo un escalofrío recorrerme la espalda—. Si le llega a pasar algo… Ese perro será un demonio, pero Noelia se habría hundido, no podía permitirlo.

—Así que… lo hiciste por ella —insinúa Javi con una sonrisa burlona. Le doy un manotazo en el brazo—. ¡Auch! Deja de ser tan agresiva.

—Y tú, deja de decir tonterías.

Los miro a todos con seriedad y busco el vaso de agua que hay sobre la mesa de centro. Le doy un sorbo, intentando que me presten menos atención.

—No hay nada entre Noelia y yo. Salvé a Churro por puro instinto. Cualquiera en mi lugar habría hecho lo mismo.

—Pues eso no es precisamente lo que me diste a entender el otro día cuando volviste de hablar con ella en la playa —me recuerda Hugo.

«Es que no le puedo contar nada».

—¿Qué pasó en la playa?

Claudia regresa al salón como si le hubieran metido un petardo en el culo, y seguidamente, se sienta a mi lado en el sofá, dispuesta a escuchar todo lo que tenga que decir.

—Discutió con Noelia, porque estaba celosa por culpa de Maite —cuenta Hugo sin miramientos. Tampoco es que le importe demasiado guardar discreción—. Vamos, que está clarísimo que le gusta y que la mentira se le ha vuelto en su contra, pero no quiere admitirlo.

—Seguro que, si la besara de verdad, cambiaría de opinión —añade Javi, igual de entusiasmado—. Los besos siempre te hacen cambiar de opinión.

Él y Claudia están apoyados contra el respaldo, mirándome con una sonrisa cómplice, como si estuvieran viendo una película.

—Pues en mi caso no ha sido así, la verdad.

Se hace un silencio repentino.

Y, de repente…

—i¿LA HAS BESADO DE VERDAD?! —gritan los tres al unísono.

El calor me sube por el cuerpo al recordar lo que pasó el viernes por la noche, y noto cómo me cuesta respirar. Intento quitarle importancia encogiéndome de hombros, pero está claro que ya no podré librarme de esto. Lo que me extraña es que Noelia no les haya contado nada, teniendo en cuenta que también son sus amigos. Eso solo puede significar una cosa:

No es de las que va por ahí contando lo que le ocurre en la intimidad.

Qué tonta fui al pensar que, por su culpa, me convertiría en la comidilla del pueblo.

—Estuvimos a punto de liarnos —confieso, y ellos siguen atónitos.

Creo que Javi ha perdido el color, pero continúo:

—Bueno, en realidad sí nos liamos. En el coche al salir del restaurante, aunque a la mitad… me dijo algo que… lo jodió todo, básicamente.

—Tamara Orellana, te juro que, como vuelvas a ocultarme algo así, mi casa dejará de ser tu refugio. ¡Para siempre! —exclama Hugo, cruzándose de brazos como un niño indignado.

—Pero no la interrumpas, joder. ¿Qué fue lo que te dijo? —insiste Claudia con clara impaciencia.

—Que no quería que lo nuestro fuera una mentira —respondo, soltando el aire contenido en mis pulmones—. Y yo… dejé de… bueno, ya sabéis, tampoco voy a ponerme técnica. —Hago un gesto con la mano para evitar más detalles—. El caso es que me asusté y dejé todo antes de que fuera demasiado tarde.

—O sea, que encima te gustó —deduce Claudia, entornando los ojos.

Mi silencio responde por mí.

—¡Lo sabía! —grita Hugo, encantado.

—No voy a tener nada con Noelia, ya lo he dicho —afirmo, aunque ni yo misma acabo de creérmelo—. Sí, me gustó que me besara. También que… —El corazón me da un vuelco y siento una descarga eléctrica recorriéndome el cuerpo. Me remuevo en el sofá, incómoda—. …pero no podemos tener nada.

—¿Y eso por qué, si está clarísimo que os gustáis? —Javi se lleva las manos a la cabeza—. ¡Madre mía, madre mía, madre mía! —Hace una pausa dramática y nos mira a todos con emoción—. ¿Os dais cuenta de que habéis cumplido todas las reglas del *fake dating*? ¡Sois las protagonistas de una novela lésbica! De enemies a friends to lovers. Increíble.

—No sé para qué os cuento nada —bufó, llevándome una mano a la cara.

—¿Y ahora qué piensas hacer? —pregunta Claudia, mirándome con atención.

—Nada. ¿Qué se supone que debería hacer?

—¿Cómo que qué…? Joder, a veces eres de lo más obtusa, Tamara.

Se sienta a mi lado y me toma una mano entre las suyas.

—Tienes que dejar de ponerle freno a lo que sientes. Seguir fingiendo que esto es solo una mentira solo os va a traer problemas.

Los observo en silencio. Entiendo su preocupación, pero ahora mismo, ese es el menor de mis problemas. Y el destino me da la razón cuando suena mi teléfono. Miro la pantalla y veo un número que reconozco al instante. Se me encoge el estómago. Es una de las productoras a las que envié mi portfolio.

Suelto la mano de Claudia y respondo antes de que dé el segundo tono.

—¿Diga? —pregunto, con los nervios atenazándome la garganta—. Sí, soy yo. Dígame. Sí, sí, lo envié hace unos días. Espero que… Ah, claro. ¡No, no, no se preocupe! Gracias por tomarse la molestia de decírmelo por teléfono.

Cuelgo.

El silencio que se instala en el salón es absoluto.

—¿Qué te han dicho? —inquiere Hugo, ansioso.

Me recuesto en el sofá, sin ganas de mirar a nadie.

—Lo evidente. Que no les ha gustado mi trabajo. Buscan otro tipo de creatividad, o algo así —mascullo, dejando caer el teléfono en el sofá.

Me cubro la cara con las manos.

—Seguro que en algún momento recibirás un «sí» —me anima Claudia—. Además, así puedes descansar un poco más y…

—No quiero hablar de esto. —La corto de inmediato—. Sé perfectamente lo que tengo que hacer.

He cometido muchos errores en mi vida. Algunos no los he reconocido hasta que el destino me ha dado una bofetada. A otros los he mirado directamente a los ojos. Y, aun así, en lugar de enfrentarlos, solo he sabido hacer lo de siempre: huir.

Escapar lejos. Ignorar el camino que realmente debía tomar.

El rechazo laboral me deja un dolor de cabeza insoportable durante toda la tarde cuando me quedo sola en casa. Los chicos se han ido con cara de circunstancias, pero prefería quedarme así.

Cojeo hasta la cocina de mi madre, me preparo un té y regreso al salón, envuelta en un silencio que me golpea en las sienes. La soledad me obliga a pensar en todo lo que ha sucedido desde que volví a Cudillero. Y una sensación de remordimiento me sacude cuando me doy cuenta de que mi vida no ha cambiado en absoluto.

Sigo estancada.

Sin saber qué rumbo tomar.

Y, de paso, atrapada en una historia que al principio me pareció divertida, pero que ahora…

Busco el teléfono y abro la conversación con Noelia.

Lo último que me envió fue una foto de Churro, más feliz que nunca, con un pañuelo nuevo.

El mensaje que lo acompañaba decía:

«Deseando ver a mi heroína».

La imagen me enternece. Pero también me obliga a ver la realidad. Lo que ha ocurrido entre nosotras es una historia que se nos ha ido de las manos. Algo que no debería seguir manteniendo cuando, en el fondo, sé que este lugar no es para mí.

Porque en Cudillero… Hace mucho tiempo que dejaron de ocurrirme cosas buenas. Y con ese miedo. Con esa culpa. Con esa cobardía. Empiezo a escribir. Convenciéndome de que esto es lo correcto, aunque en el fondo sepa que es otro de esos errores que soy incapaz de evitar.

> **Tamara:** Lo he estado pensando. Creo que lo mejor es dejar de fingir, terminar de una vez con esto. No quiero seguir mintiendo a la gente, ni alimentar esperanzas en algo que nunca ha sido real. Espero no haberte decepcionado y que encuentres a alguien que te acompañe a la boda para que tu familia te deje tranquila. Me he divertido mucho. Gracias por enseñarme recetas tan ricas.

Pulso «enviar». El remordimiento me golpea al instante. Porque la mayoría de ese mensaje es verdad.

Excepto la parte en la que digo que lo nuestro nunca ha sido real.



42

Oviedo, Asturias.
9 de mayo, 2025. Viernes.

Noelia

He roto todas las promesas que hice alguna vez. A sabiendas de cuánto duele el engaño. De lo que significa ser el juguete de alguien que, mientras te dice cuánto te quiere, lleva una vida paralela a tus espaldas. Pero aquí estoy, siendo protagonista de ese mismo cuento.

Doy la tercera calada al cigarrillo y dejo que el humo ascienda hasta el techo, como si las pequeñas grietas que veo desde aquí pudieran darme algún tipo de consuelo. Daniela abre la puerta del baño y se apoya en el umbral con el pelo suelto, pegado a la piel, todavía húmedo por la ducha que acaba de darse.

—¿Por qué no has venido? Te lo habrías pasado de maravilla.

—Prefería fumarme un cigarro —respondo, con desgana, aunque me esfuerzo por disimularlo.

Ella sonríe, pero no insiste. Camina descalza hasta la cama y se desliza sobre el colchón antes de dejarse caer sobre mí. Me besa en los labios y me arrebata el cigarro para darle una calada profunda. Un escalofrío recorre su piel por el contraste de temperaturas y, sin pensarlo demasiado, la cubro con las sábanas

que aún envuelven mi cuerpo. El calor atrapado bajo ellas aún conserva la huella de su piel contra la mía, con el eco de sus caderas moviéndose sobre mí y el recuerdo de mis manos llevándola al éxtasis.

No sé cómo he llegado a esto. Pero sí sé lo que nubló cada uno de mis sentidos.

El mensaje de Tamara fue como una puñalada en el estómago. Al principio pensé que era una broma. Un mal sueño del que aún no había despertado. Pero Alba lo confirmó en cuanto lo leyó en voz alta.

Todavía no sé qué me dolió más: si la frialdad de sus palabras o el hecho de que no tuviera el valor de decírmelo a la cara.

«No sé por qué te sorprendes. Tamara siempre ha sido así. Si una vez dejó tirados a sus amigos y a su madre, contigo no iba a ser menos».

Desde que Alba lo dijo, esas palabras han estado martilleando en mi cabeza, junto con una sensación de decepción que no he conseguido sacudirme. La misma que ella sintió cuando me vio salir de la pastelería y fumarme un cigarrillo en mitad de la calle, cuando hacía años que había perdido la costumbre de hacerlo por enfado, o ansiedad.

En aquel momento sentí el impulso de cerrar *Dulce Armonía* e ir a casa de Carmen para enfrentarme a Tamara.

Pero, apenas un segundo después, entendí que no tenía sentido. Por mucho que la mirara a los ojos e intentara engañarme, lo nuestro nunca fue real para ella. Y lo peor es que ni siquiera sé por qué quise creer lo contrario.

—Estás muy callada —susurra Daniela contra mis labios.

El roce cálido de sus dedos aleja mis pensamientos. Igual que la calada que le doy al cigarro antes de contestar.

—Solo estoy un poco estresada… por lo de la boda y eso.

—¿Todavía no tienes con quién ir? Porque lo he pensado mejor… y quizá podría ser tu pareja.

Un escalofrío me recorre cuando sus dedos se deslizan entre mis muslos.

Su sonrisa se acentúa al ver la sorpresa en mi expresión.

—¿Es que has r…?

—Va a estar de viaje de trabajo dos semanas —responde, con naturalidad—. Así que no hay peligro de que se entere de nada.

Se inclina sobre mí y su aliento caliente se desliza por mi cuello, erizando mi piel a su paso.

—Allí nadie me conoce, así que no debería ser un problema —añade, en un susurro.

Intento decir algo, pero su boca encuentra la piel de mi clavícula y toda palabra se me queda atascada en la garganta.

—Se te va a hacer tarde —murmuro, en un intento por recuperar el control de la situación, con el perfume del champú embriagando mis sentidos.

—Todavía tengo diez minutos —dice, en tono juguetón—. Puedo aprovecharlos en otra cosa.

Exhalo un suspiro y cierro los ojos. Esto no es buena idea. No después de lo que ha pasado con Tamara.

No después de…

—Me encanta cómo sabe tu piel —susurra Daniela, y mis sentidos se quedan con ella.

Durante un segundo, pienso en el error que estoy a punto de cometer —como si no lo hubiera hecho ya durante el último par de horas—. En lo mucho que voy a arrepentirme mañana. Pero el deseo de borrar esta horrible sensación en el pecho me arrastra con más fuerza. La decepción. La tristeza. El dolor de haberme lanzado de cabeza a una piscina vacía, todo me palpita en la cabeza.

El mensaje de Tamara cruza mi mente. Y me basta con una sola caricia de Daniela para hacer que desaparezca. Para no permitir que vuelvan a hacerme daño.

Otra vez no.

—Sigue… —susurro, con la respiración entrecortada.

Sus labios se deslizan por mi piel y su lengua deja un rastro de fuego entre mis muslos. Mis dedos se aferran a las sábanas. Durante unos minutos —que me saben a poco—, me olvido de todo. De lo que me espera ahí fuera. De lo que encontraré en el pueblo. De las posibles habladurías. De la mentira que pensé que podría controlar.

Me olvido de todo y de todos.

Incluso de la mujer que invade mis pensamientos mientras otra me lleva al borde de un orgasmo que me recorre entera.

Cuando Daniela vuelve a besarme, mis labios están hinchados y mi aliento entrecortado. Ojalá el amor fuera así de sencillo. Una sonrisa pícara. Una caricia. Un beso. Un par de palabras bien elegidas. Y, después, la posibilidad de seguir adelante sin necesidad de mirar atrás.

Aunque lo que estoy haciendo sea, posiblemente, lo más ruin del mundo.

—¿Qué me dices entonces? —pregunta Daniela, con la boca aún pegada a la mía—. ¿Quieres que te acompañe a esa boda?

Quedan cinco minutos para que tenga que vestirse e irse al trabajo. Y lo único en lo que puedo pensar es en que necesito otro maldito cigarro.

Y en cómo detener el desastre que se ha convertido mi vida. El instinto me grita un «no» rotundo. Pero lo que siento. Lo que ha pasado con Tamara, me obliga a hacer justo lo contrario.

—Claro que quiero —digo, pegando mis labios a los suyos. —Antes de besarla con desesperación. Antes de robarle un beso que sabe a todo… menos a verdad—. Pero no se te ocurra ir de blanco.

. . .

Al día siguiente.

La lluvia me obliga a correr hacia *Dulce Armonía* como si estuviera huyendo del peor de mis demonios. Después de pensarlo mucho, decidí posponer las clases de repostería hasta el fin de semana siguiente a la boda de mi hermana, que es el próximo domingo. La única excusa que se me ocurrió fue que debía trabajar en su tarta de bodas —lo cual, en realidad, no es mentira— y que no podré atender a toda la clientela hasta que encontremos a alguien que pueda ocuparse de la cafetería junto con Alba y conmigo.

Nada más entrar, la veo refunfuñando mientras barre, completamente absorta en sus pensamientos.

Dejo el bolso en la barra y, al escuchar mis llaves, se gira de inmediato. Está más pálida de lo normal.

—Perdóname… te juro que no lo he hecho a propósito.

En el suelo hay un reguero de café esparcido entre los trozos de cristal del tarro en el que solemos guardarlo. Su expresión de culpa es evidente. Le tiemblan los labios, pero enseguida niego con la cabeza y le quito la escoba de las manos.

—Ve a preparar los hornos. Tenemos mucho que hacer antes de que empiece a llegar la gente —le pido, suspirando. Ni siquiera me he quitado la chaqueta mojada y ya tengo un millón de cosas que solucionar—. Voy a matar a Elvira por haberse casado en plena época de comuniones.

—No te preocupes, saldremos de esta. Además, hiciste bien en retrasar las clases. Así no te agobias.

—Sí… lo último que quiero es añadir más preocupaciones a mi vida.

—Y menos con lo de Tamara —añade Alba, sin rodeos—. Por cierto, ¿cómo lo llevas?

Me quedo inmóvil, apretando el mango de la escoba con fuerza. Por mucho que haya intentado asumirlo, todavía siento que todo ha sido una especie de sueño. Hasta que recuerdo nuestra conversación de WhatsApp y la realidad me golpea de lleno.

—Normal… tampoco es que hayamos tenido una historia de amor de película —comento, con ironía. Pero Alba no parece convencida. Me arrebata la escoba de las manos y me dedica una sonrisa comprensiva, haciéndome suspirar—. No quiero darle más importancia. Ella tomó una decisión y yo no puedo hacer nada al respecto.

—¿No puedes, o no quieres? —insiste, con una ceja en alto.

Me lo pienso por un instante.

—Las dos cosas —respondo finalmente, encogiéndome de hombros.

Me quito la chaqueta y la dejo en su sitio antes de buscar la chaquetilla con la que suelo trabajar en el obrador.

—Supongo que debí hacerte caso desde el principio y no haber sido tan idiota —admito—. No pensé que lo que pasa en los libros pudiera convertirse en mi realidad.

—Si es así, todavía podéis tener un final feliz —sugiere Alba, moviendo las cejas con emoción.

—Eso no va a pasar —aclaro, hojeo el libro de recetas donde anoto las elaboraciones especiales según mi estado de ánimo—. Por mucho que sintiera algo por ella, Tamara nunca vio lo nuestro como algo real. Me lo dejó claro el otro día.

Paso una página con algo más de brusquedad de la necesaria.

—Además, es obvio que no tiene ningún motivo para quedarse en Cudillero —continúo—. Y si lo tuviera, se encargaría de sabotearlo por culpa de su estúpido miedo.

—A lo mejor, por eso mismo deberías hablar con ella. Al menos para intentar limar asperezas antes de que sea el día de…

—No hará falta —la interrumpo—. Ya tengo acompañante.

Alba frunce el ceño.

—¿Quién?

Levanto la vista del recetario y la miro directamente a los ojos.

—Voy a ir con Daniela.

Alba se queda de piedra.

—Será una coña… —murmura, como si no pudiera creerlo—. ¿Verdad?

Niego con la cabeza.

—No. Al final sí puede venir, y sinceramente no me parece una mala idea —admito. Su expresión pasa de la incredulidad al espanto —. Sinceramente, creo que esto es lo que debería haber pasado desde el principio —añado, con una punzada de rabia contenida—. Así, al menos, me habría ahorrado que me rompieran el corazón otra vez.



43

Tamara

He dejado de creer en mis posibilidades. Por más que mamá, Hugo y los demás insistan en que no me rinda, cada día tengo más claro que ese giro en mi carrera que tanto busco nunca llegará. Esta mañana me desperté temprano, convencida de que iba a darlo todo, de que me sentaría frente al ordenador a redactar unos cuantos correos y los enviaría a las productoras con el entusiasmo que solía caracterizarme. Sin embargo, ese ímpetu se desvaneció en cuanto abrí mi bandeja de entrada y vi todos los rechazos acumulados.

No han sido las mejores dos semanas de mi vida. Hace tiempo que no me siento bien, aunque me haya esforzado en aparentar lo contrario, en mantener la sonrisa en los labios como si las cosas fueran de maravilla.

Si he fracasado, al menos no quiero regodearme en ello ni dar pie a que los demás se compadezcan de mí, por mucho que digan estar apoyándome. Volví a Cudillero con la intención de centrarme, de recuperar fuerzas y encontrar de nuevo mi rumbo. Esa puerta que se abra delante de mí, brillante, clara, hacia la que pueda lanzarme sin dudar. Pero, hoy por hoy, me siento más perdida que nunca. He dejado de esperar que algo cambie. Tengo dos ofertas de empresas de publicidad a las que ni siquiera he sido capaz de responder.

Y lo peor es que cada vez me parece más inevitable volver a ese punto en el que terminé la última vez: atrapada en un trabajo que no me llena, encadenada a contratos que cumplo con la inercia de quien ha olvidado por qué empezó en esto.

Sé que hay millones de personas insatisfechas con su trabajo, que aprenden a quedarse con lo bueno y vuelven a casa con una sonrisa. Y debo reconocer que les envidio profundamente. Porque yo nunca he conseguido hacerlo. Incluso me da risa pensar en cómo han acabado todas mis relaciones personales.

A veces me gustaría tener a alguien que me esperara al llegar a casa. Alguien con quien compartir estos dolores de cabeza que no me dejan dormir. Y entonces, Noelia aparece en mi mente. Como una estrella fugaz atravesando el cielo. Capaz de alterar mi corazón. Capaz de hacerme soñar con cosas que creía imposibles.

—Joder…

Me dejo caer en el sofá y miro al techo, vacía de expectativas, juzgando cada una de las decisiones que he tomado en los últimos días. Ojalá tuviera la valentía de decirme a mí misma qué es lo que quiero de verdad. Qué espero encontrar. Qué necesito para ser feliz.

Ojalá no hubiera sido una idiota con ella. Por más que me repita —o intente repetirme— que esto es lo mejor.

«Tengo cosas más importantes en las que pensar».

Intento convencerme. Pero ni yo misma me lo creo. Adjunto la dirección de mi portfolio en un nuevo e-mail y un archivo comprimido con algunos de mis trabajos. Continúo redactando el correo y lo envío diez minutos después, con la esperanza de que haya alguien al otro lado de la pantalla a quien le guste lo que hago.

El cielo está encapotado y Cudillero presagia tormenta, pero eso no impide que me entren ganas de salir a dar una vuelta. De redescubrir a la Tamara que alguna vez soñó entre estas calles con un futuro distinto al que ahora tiene.

Sin embargo, el timbre interrumpe mis pensamientos.

—Espero que Hugo no se haya dejado las cámaras otra vez —murmuro mientras me pongo las zapatillas de estar por casa y voy a ver quién es.

No espero encontrarme con Cristina al otro lado. Y estoy segura de que mi cara refleja lo mucho que me ha sorprendido.

—La tía me dijo que estarías aquí —dice, algo dubitativa—. ¿Puedo pasar?

Siento el impulso de cerrarle la puerta en la cara, pero lo último que quiero es tener que darle explicaciones a mi madre. Así que me aparto y la dejo entrar.

Cristina se limpia sus zapatos impecables en el felpudo, se quita la chaqueta y se arregla un poco el pelo para sacudirse las gotas de lluvia que han caído sobre ella. Lo que sea que quiera, debe de ser importante para haberse tomado la molestia de venir hasta aquí desde Avilés.

—¿Te apetece un té o un café? Iba a salir, pero puedo preparártelo.

—Si te molesto, mejor me voy —responde, señalando la puerta con la cabeza.

Echa un vistazo a mi alrededor y me da la sensación de que intenta comprobar si estaba haciendo algo de provecho.

Resoplo.

—No, no. No tenía nada urgente que hacer —le aclaro—. ¿Entonces?

—Un té estaría bien —dice, tras una breve pausa.

—Vale, siéntate en el sofá. Ahora vuelvo.

El silencio que se instala es denso. Tan denso que el nudo en mi estómago se aprieta un poco más. Me pregunto qué la ha traído hasta aquí. Sin embargo, camino hacia la cocina, todavía cojeando un poco por el dolor de rodilla, y pongo a hervir agua.

Le añado dos cucharadas de azúcar a la taza, tal y como recuerdo que le gusta. Mientras abro los sobrecitos de té, me doy unos segundos para ordenar mis pensamientos. No estoy de humor para tonterías. Ni mucho menos para que venga a restregarme por la cara que no he conseguido absolutamente nada en la vida. Así que espero, al menos, que no adopte esa actitud de sabelotodo que siempre me ha sacado de quicio.

Cuando regreso al salón, me sorprende verla con la mirada perdida en algún punto de la casa. Está cabizbaja, y se acaricia las manos, inquieta.

Parece… vulnerable.

Y eso no es algo que haya visto en ella muchas veces.

—Gracias. Había olvidado que en este pueblo hace un frío de mil demonios —comenta, tomando la taza entre sus manos.

—Es por el Cantábrico. Ya sabes que la humedad hace que el frío se sienta más.

Cristina escurre la bolsita de té y le da un pequeño sorbo. Saborea el roibos con la calma de quien no ha tenido un respiro en mucho tiempo.

Y por su expresión, deduzco que es exactamente eso lo que le ocurre.

—¿A qué has venido? —pregunto, sin poder evitar que mi tono de voz suene algo frío.

—La última vez que nos vimos no fue precisamente una velada maravillosa —comenta con cierta ironía.

—¿Y de quién fue la culpa? Por si te has olvidado, incluso hiciste comentarios muy fuera de lugar sobre Noelia.

Al mencionar su nombre, no puedo evitar recordar cómo entró en la cocina de la casa de campo para consolarme, dándome un apoyo que se quedó grabado en mi piel. Tengo en la memoria su sonrisa, sus gestos, la arruga que se le forma en la frente cuando está concentrada, y ni qué decir cuando se enfada. Una sonrisa

empieza a dibujarse en mis labios, pero se apaga al recordar todo lo que ha pasado.

—No quiero que discutamos otra vez. No he venido para eso —murmura y bebe otro sorbo—. He venido a pedirte perdón.

Creo haber escuchado mal, porque abro los ojos tanto que hasta ella se ríe, antes de negar.

—Siempre te he admirado, ¿sabes? Esa capacidad tuya para ver más allá de lo que tenías a tu alrededor, esa valentía para lanzarte de lleno a cumplir tus sueños…

—Para lo que me ha servido… —murmuro con amargura.

—No importa el resultado, lo que cuenta es que te atreviste —afirma, y es la primera vez que lo veo así—. Tomaste el riesgo sin importar las consecuencias, buscaste lo que te hiciera más feliz, aunque todo haya salido al revés. La tía no dejaba de hablar de lo orgullosa que estaba de ti, de cuánto le gustaba que hubieras construido un futuro distinto al suyo.

—Eso no es lo que me ha dado a entender nunca —lo interrumpo—. Cada vez que algo me iba mal, se encargaba de dejarme claro que lo mejor hubiera sido no haberme marchado jamás.

—Hablaba desde el miedo… y porque yo también tuve parte de culpa —titubea y noto cómo le tiemblan los labios—. Cada vez que iba a comer a casa, la envidia hablaba por mí. Empecé a convencerla de que la estabilidad era mucho mejor que la incertidumbre, que cuando te casas, tienes hijos o consigues un trabajo fijo, lo tienes todo. Que no importa si te conviertes en alguien que odias mientras el peligro no te aceche ni forme parte de tu vida. Carmen se pasaba días llorando después de hablar contigo, cuando le contabas que habías perdido el trabajo o que alguien te había dejado —continúa, soltando las palabras de golpe, sin siquiera respirar—. La llevé a ser la peor versión de mí misma, alimentando sus miedos. Y no sabes cuánto me arrepiento, porque siempre te he

querido, te he admirado y… te he echado de menos. Pero te odié tanto por haberme dejado sola que…

—Lo siento —susurro, y el dolor se profundiza en mi pecho, trayendo consigo unas lágrimas que no puedo contener—. Siento no haberte dado lo que buscabas, no haber estado ahí cuando necesitabas a una amiga… a tu mejor amiga.

Recuerdo las tardes que pasamos juntas, nuestras charlas interminables hasta la madrugada, incluso las borracheras cuando empezamos a beber cerveza sin medir cuántos botellines nos tomábamos.

Cristina parece recordarlo también, y me doy cuenta que sé cuál es el momento en el que rompí la relación que nos unía.

«¿Tú qué sabrás de lo que es esforzarse? Si lo único que has hecho es aceptar el trabajo que te ofreció tu marido y tener hijos con él. Que tú te conformes con tan poco no significa que yo tenga que hacer lo mismo».

Cada una de aquellas palabras resuena en mi cabeza, agrandando la herida y el arrepentimiento que siento años después. Ella me observa y parece saber exactamente lo que estoy pensando.

—Tenías tanta razón, que esa fue la semilla de mi odio —confiesa—. Y ahora Fabio y los niños también sufren las consecuencias, porque descargo con ellos la frustración de no haber cumplido mis metas profesionales.

—Todavía estás a tiempo.

—No sé yo… —Niega con la cabeza—. Ni siquiera recuerdo cómo se hace una magdalena —bromea, y nos echamos a reír.

—Seguro que no quemarías masas imposibles como hice yo en las clases de Noelia.

—Me alegra que estés con una mujer como ella. Es una estrella en Cudillero y en los pueblos de alrededor. Además de simpatiquísima, me cayó muy bien cuando vino a comer. Espero que se repita, prima —dice con cariño.

Mi semblante se ensombrece y bebo un poco de té para aclararme la garganta. El dolor perdura, como un ovillo que se ha ido haciendo más y más grande con todo lo ocurrido. Sin embargo, al mirarla a los ojos, sé exactamente lo que tengo que hacer.

—En realidad… —empiezo, pero no soy capaz de terminar la frase. Ella me observa con preocupación, sin entender qué pasa. Entonces, busco sus manos—. Tengo que contarte algo, pero esto debe quedar entre nosotras, ¿vale?



44

Tamara

—¿Cómo que era mentira? —Cristina deja la taza con cuidado sobre la mesa de centro y me mira fijamente, sin entender nada—. Pero si todos vimos lo que había, que tú y ella…

—Solo estaba fingiendo —confieso, y el nudo en mi garganta se hace más pesado—. Al poco de empezar las clases de repostería, Noelia me propuso tener una relación falsa. Yo estaba agobiada por haber vuelto y, para dejar de ser el tema de conversación principal de mi madre, acepté ayudarla.

—¿Y ella?

—Su hermana se casa el próximo domingo y llevan años buscándole pareja. Noelia no quiere comprometerse con nadie y me pidió que la ayudara. Fue un acuerdo mutuo en el que ambas salíamos ganando, pero…

—Te has enamorado de ella —afirma sin rodeos.

Tengo el impulso de responder un «no» automático, porque no me siento capaz de admitirlo. Mi prima sonríe y me acaricia la mejilla con ternura, como solía hacer cuando éramos jóvenes y me sentía perdida. Sin embargo, este gesto no me ofrece consuelo alguno.

—¿Por qué lo habéis dejado, entonces?

—Porque no sé si voy a quedarme en Cudillero —admito—. El plan es encontrar un trabajo, irme de aquí, intentar hacer lo que siempre he querido. Y, sinceramente, Noelia no estaba en mis planes.

—Enamorarse nunca entra en los planes de nadie, simplemente pasa —me dice—. Mira, si no te conociera bien, diría que la excusa que me has dado es lo que de verdad sientes, pero como sí te conozco —insinúa con una sonrisa en los labios—, estoy segura de que lo que te pasa es que estás asustada. Después de haber perdido el trabajo así, de ver cómo tu vida se rompía ante ti, de que esa hija de puta te dejara como lo hizo… tienes miedo a volver a romperte.

—Y a cagarla, como siempre —añado sin titubeos—. Es que… no sé si lo que siento por ella es real o si es solo consecuencia de esta mentira, de haber pasado tanto tiempo juntas. Es una mujer increíble, muy… espontánea. Es fácil estar a su lado y sonreír, olvidarse un poco de los momentos malos —reflexiono—. Aunque su perro Churro me odie. Bueno, odiara.

—Algo por lo que debería matarte, por cierto. Solo a ti se te ocurre tirarte en medio de la carretera para salvarlo. —Niego con la cabeza—. Muy típico de ti.

—Lo hice por impulso, como todo lo que hago últimamente… no sé, ya no tengo idea de lo que quiero en realidad.

Cristina me observa con atención.

—Yo creo que sí lo sabes, pero estás tan confundida y decepcionada con todo lo que te ha pasado que no lo ves con claridad. ¿Qué me dices de Noelia?

—¿Qué se supone que tengo que decir?

—No sé, algo sabrás de su pasado sentimental —se interesa —. De por qué crees que tampoco se quiere comprometer con nadie, por ejemplo.

En sus ojos veo esa chispa de curiosidad tan suya, y por primera vez, sonrío de oreja a oreja, porque su interés es genuino. Sincero.

—La verdad es que nunca se lo he preguntado. Su hermana mencionó a un tal José y a una tal Virginia, pero Noelia la cortó enseguida. —Me encojo de hombros y, de repente, caigo en la cuenta de algo—. Creo que ni siquiera me he esforzado en conocerla de verdad… y eso solo demuestra lo idiota que soy.

—No digas tonterías. —Cristina me da un leve empujón y luego sonríe—. Eres una mujer maravillosa, a la que admiro muchísimo. Un poco loca y estresante, pero con el tiempo, caes bien.

—¡Oye! Ahora la idiota eres tú.

Las dos rompemos a reír. El nudo en mi estómago se afloja gracias a ella y, al final, consigo terminarme el té sin pensar que estar aquí, en este pueblo y sin hacer nada, es un verdadero martirio.

Cristina me observa con dulzura y vuelve a acariciarme la mejilla.

—Sé que es difícil verlo cuando estás en esta situación, pero intenta pensar con más claridad. Busca dentro de ti y no tengas miedo a las respuestas que puedas encontrar. Al final, lo único que he aprendido es que las respuestas siempre están en nuestro corazón.

. . .

4 días después. Jueves.

La incertidumbre es lo que peor llevo. Eso de dejar las cosas en manos del destino nunca ha sido lo mío, por más que Javi tenga la firme creencia de que, cuanto más positivo sea el pensamiento, más oportunidades tienes de ganar el primer premio. Me gustaría que la

vida funcionara así, que todo se redujera a tener fe en absolutamente todo sin miedo a caer, a fracasar, a estrellarte contra una pared y romperte en mil pedazos.

Pero yo no soy así, nunca lo he sido y nunca podré serlo. A veces consigo capear el temporal, encontrar entre las grietas los colores que hacen bonito el día, esa señal que te susurra al oído: «Déjate llevar, todo va a estar bien». Pero si tuviera una baraja de cartas con la que poder adivinar qué va a pasar, no pasaría las noches en vela, ni miraría el reloj a cada hora, ni abriría el maldito Gmail compulsivamente, esperando que alguna productora me diera una respuesta.

He quedado con los chicos en el bar de don Emilio y, como era de esperar, el paseo marítimo está lleno de vecinos y algunos turistas que ansiaban la llegada de la primavera para visitar esta perla del Cantábrico. Una sonrisa fugaz se asoma en mis labios y, por un momento, deseo perderme por ahí, estar a solas conmigo misma, mirar el mar y pedir deseos, aunque no sea algo propio de mí.

—Tamara, qué casualidad —dice una voz, rompiendo el encanto del momento.

Me giro y me encuentro con Alba, la compañera de Noelia.

—Hola… Sí, iba a tomar algo con los chicos.

—Qué bien, el día está para eso. Yo tengo que volver a *Dulce Armonía*, nos hemos quedado sin avellanas y Noelia está de los nervios.

El corazón me golpea con fuerza contra el pecho, y me cuesta pensar con claridad. Porque estos días, en vez de aclarar mis ideas, sigo hecha un lío.

—¿Cómo está? —pregunto, sin saber si lo hago por verdadero interés o simplemente porque es lo que corresponde.

—Como siempre, dedicada al trabajo y deseando que pase la boda de su hermana para poder descansar un poco.

—Claro, la boda…

—Espero que cuando pasen estos días, entre en razón de una vez —suelta de repente, dejándome desconcertada.

Alba se da cuenta de que ha dicho más de la cuenta. Lo noto en la manera en que carraspea e intenta esquivar mi mirada, como si buscara una salida rápida a la conversación.

—¿Por qué tiene que entrar en razón? —insisto, incapaz de ignorar el comentario.

Ella mira a su alrededor con nerviosismo, como si temiera que alguien más pudiera escucharla.

—¿Alba?

—Pues… —empieza a decir con evidente incomodidad—. Es que va a ir a la boda con Daniela, un ligue con la que está desde hace un tiempo, y lo peor es que esa mujer tiene novia. La verdad, después de que José y Virginia la engañaran de esa manera, no sé cómo se le ocurre seguir con esto…

Alba no deja de hablar, pero no me quedo con la última frase. Lo único que resuena en mi cabeza es la imagen de Noelia con la mujer que vi aquella noche en la discoteca de Oviedo. Y mi corazón se detiene un segundo antes de que una oleada de celos me atraviese de golpe, revelando mucho más de lo que yo misma podría decir con palabras.



45

Oviedo, Asturias.
18 de mayo, 2025. Domingo.

Noelia

No debería estar más nerviosa que la novia el día de su boda y, sin embargo, aquí estoy, con mi tercera tila en la mano mientras doy vueltas sin parar por la habitación reservada para peinarse y vestirse antes del gran momento. Elvira suspira. Estoy segura de que me está mirando a través del espejo y, en cuanto la oigo relinchar como un caballo tengo claro que está harta de verme caminar.

—Si sigues así, seré yo quien se ponga de los nervios. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada, solo estoy emocionada por la ceremonia —miento—. Quiero que des el «sí, quiero» y que todo salga bien, sin que ocurra nada extraño.

—¿Por qué iba a pasar algo raro? —pregunta y le indica a la maquilladora que se aparte.

Se gira y me mira directamente a los ojos, con los brazos cruzados y ese ceño fruncido que pone cada vez que está a punto de echarme una bronca.

Le doy un sorbo a la tila y me encojo de hombros.

—No sé… A veces, en las bodas puede pasar de todo —murmuro, sin atreverme a sostener su mirada.

—Pues espero que no sea en la mía. Y, mucho menos, que tú seas la culpable, porque si no, me vas a oír —afirma con toda la tranquilidad del mundo. En serio, parece que soy yo la que vaya a casarse—. A lo mejor tienes suerte y sales con algún ligue del convite.

—Para ligues estoy yo… —bufo y echo la cabeza hacia atrás—. No quiero saber nada de relaciones.

—Que lo de Tamara no haya funcionado no significa que no puedas volver a intentarlo —comenta, antes de girarse de nuevo para que la maquilladora continúe con su trabajo—. La verdad es que era una chica increíble, pero se nota que no está a gusto en Cudillero, que tiene ganas de irse otra vez. Es normal que te sientas mal, pero no puedes luchar contra los deseos de otra persona cuando son tan distintos a los tuyos.

—Sí, supongo que sí… —susurro.

Me termino la tila, dejo la taza y me miro en el espejo. Al menos, los nervios no han conseguido arruinarme el maquillaje. Sigo con la bata blanca puesta y unas pantuflas ridículamente grandes que me acompañan hasta el sofá, donde me dejo caer. Al mirar mis pies, recuerdo con claridad el día que Tamara vino a casa y Churro se meó en sus botas. Una sonrisa se dibuja en mi expresión al instante y tengo que obligarme a apartar ese pensamiento, porque las lágrimas amenazan con arruinarme la raya del ojo.

Echo un vistazo al vestido malva, el color de las damas de honor, y después miro a mi hermana. Tiene un brillo especial en los ojos mientras deja que la maquillen, perdiendo la noción del tiempo antes de cruzar el pasillo que la llevará a prometerse con el amor de su vida.

No soy consciente del suspiro que se escapa de mis labios, ni de cómo la fuerza de mis pensamientos me atraviesa para traer de

vuelta la imagen de Tamara: tan torpe como graciosa, tan divertida como loca, tan celosa como pasional. Si cierro los ojos, casi puedo sentir el roce de sus dedos en mi piel, el calor de sus labios sobre los míos, la forma en que…

—Noelia, ¿estás bien? Te has quedado pálida.

—Creo que no ha sido buena idea venir con Daniela —suelto de repente.

Elvira me observa a través del espejo. Ya me gustaría a mí tener su calma, esa frialdad para afrontar cualquier sorpresa sin ponerse a gritar como una loca.

—Tampoco me parece tan terrible que te traigas a un viejo ligue.

—Es que no es… —Me llevo las manos a la cara y echo la cabeza hacia atrás.

Ojalá pudiera hundirme en el sofá y desaparecer. No tener que afrontar esta realidad que me carcome desde hace días. Me he vuelto más torpe, ahora incluso ¡me parezco a Alba en el obrador de *Dulce Armonía*! Y eso va a traer serias consecuencias para el negocio si no consigo centrarme. Sería más fácil ignorar todo esto, asumir la realidad y aceptar que Tamara se va a marchar —porque sé que lo hará—, facilitándome mucho más las cosas.

Pero hay algo dentro de mí, una vocecilla insistente en mi conciencia que me susurra que no la olvide, que ignore lo que me dice la cabeza, que siga mi instinto y vaya a hablar con ella. Que lo intente una vez más.

—A ver, ahora mismo vas a decirme qué te pasa —exige Elvira —. Es el día de mi boda y no tengo ganas de tonterías ni de que me saques de quicio.

La maquilladora se queda inmóvil, como si hasta respirar pudiera traerle problemas.

—¿Qué no me estás contando? —insiste mi hermana, frunciendo aún más el ceño.

«Te ha pillado», pienso. Siempre he sabido que me conoce más de lo que yo misma lo hago.

Busca una brocha de maquillaje y me apunta con ella. Si no fuera porque estamos lo suficientemente lejos como para alcanzarme, juraría que me la lanzaría a la cabeza.

—Daniela tiene novia, y la está engañando conmigo.

—¡¿Qué?!

La sorpresa la hace soltar un manotazo sobre la botella de agua que tiene en el mostrador. Ha estado bebiendo pequeños sorbos de ella, lo suficiente para no deshidratarse, pero lo menos posible para evitar tener que ir al baño en mitad de la ceremonia. El agua se derrama por la superficie y le salpica encima, lo que la hace levantarse de golpe. La maquilladora se sobresalta, suelta el pincel sin querer y le pinta una raya negra en toda la mejilla.

Joder.

Los ojos de Elvira se llenan de furia y, esta vez sí, me lanza la brocha a la cara.

—Lo siento, señorita Guerra, voy a tener que limpiar este desastre y empezar de nuevo.

—¡La madre que te parió! —exclama mi hermana y me fulmina con la mirada—. Date por muerta si no llego a la boda a tiempo.

—La tradición dice que la novia siempre debe llegar un poco tarde —me defiendo, forzando una sonrisa traviesa para evitar que me lance algo más a la cabeza.

Elvira resopla, se sienta y deja que la maquilladora haga su trabajo.

—Eso no es todo —añado y mi hermana abre la boca. Tengo la impresión de que le ha dado un infarto, porque se queda mirándome sin mover un solo músculo de la cara—. La relación entre Tamara y yo era… era… era…

—¿Qué era? ¡Por Dios, suéltalo ya! —exclama con impaciencia.

—Una mentira que me inventé para que me dejarais en paz y no me buscarais un ligue para la boda. Tamara aceptó ayudarme porque su madre no paraba de compararla con su prima Cristina, la que está casada, con un trabajo estable y dos hijos que, cuando sonríen, te los quieres comer, pero cuando no… —Dejo la frase en el aire, dándome cuenta de que he soltado la bomba sin tomar aliento.

«Ay, ahora sí que le ha dado un infarto».

—¿Elvira?

Pero mi hermana no se ha desmayado. Sino que hace lo contrario.

Estalla en carcajadas. Se ríe tan fuerte que el sonido retumba en las paredes, y las lágrimas empiezan a deslizarse por sus mejillas. La maquilladora, en cambio, resopla con frustración al ver que tendrá que empezar desde cero otra vez.

—¿No vas a decirme nada? ¿A echármelo en cara? No sé, ¿algún insulto que te parezca útil para la ocasión? —pregunto, desconcertada.

—Solo a alguien como tú se le ocurriría pedirle a otra persona que finja una relación para evitar que sus padres y su hermana le busquen pareja —dice entre risas—. Eres un caso perdido, Noelia… y por eso te quiero más que a mi propia vida.

Ahora la que va a ponerse a llorar soy yo.

—Lo siento. Es que la idea de estar en boca de todos después de lo que me pasó con… —Niego con la cabeza—. Seguro que están súper felices, comiendo perdices y planeando su propia boda.

—Pues la verdad es que no —comenta Elvira con tono despreocupado.

Me quedo boquiabierta.

—¿Cómo que no?

—Pues que Virginia le puso los cuernos a José con uno de sus amigos —añade, casi con orgullo—. Para que veas que las relaciones que empiezan con una mentira no suelen acabar bien.

—Yo misma lo he comprobado —suspiro y camino hasta ella para sentarme en la butaca a su lado—. Lo gracioso es que…

—Te has terminado enamorando de ella, ¿verdad? —me interrumpe antes de que pueda decirlo.

No necesito responder.

—Y déjame adivinar… —continúa—. Tamara está cagada de miedo.

—Juro que no estoy loca, pero cuando la miraba a los ojos, sentía que… que nuestra relación no fue del todo una mentira —susurro. La simple confesión me oprime el pecho.

—No, definitivamente no fue buena idea que trajeras a Daniela —afirma—. ¿Y cómo se te ocurrió hacer eso? Después de que esos dos te engañaran, ¿vas y te metes en un lío parecido? Formar parte del juego de otra persona… No, eso sí que no me lo esperaba de ti, hermanita —dice, aunque su mano vuela a la mía y la acaricia con comprensión—. ¿Sabes qué deberías hacer?

Niego con la cabeza. La verdad es que no tengo ni la más mínima idea.

—Echarle ovarios y hablar con Tamara. Bésala, cocínale algo… menos una tortilla, claro —bromea—. Demuéstrale que no tiene por qué tener miedo. Y si al final decide irse o alejarse de ti, al menos, lo habrás intentado.

La miro, sintiendo cómo los nervios me revuelven el estómago. En sus ojos reconozco esa felicidad, la certeza de alguien que ha tomado el riesgo de enamorarse y entregar su alma con la esperanza de que todo se mantenga en su sitio. Y entonces sonrío, asiento y le doy un beso en la mejilla.

—Primero, sobrevivamos a esta boda.



46

Tamara

—A la mierda los vestidos.

Lanzo sobre la cama cada uno de los que me he probado y no me han quedado bien. Al final, elijo unos vaqueros, un jersey y las botas, lista para ir al hotel de Oviedo donde se celebrará la boda de Elvira en apenas tres horas.

No he podido dormir. Tampoco comer. Ni siquiera pensar con claridad. Cada segundo de cada minuto, desde que Alba me dijo que Noelia iría a la boda con otra, se ha convertido en un infierno del que apenas he podido salir. Soy exagerada, lo sé. Todo el mundo lo sabe. Siempre lo he sido. Si fuera la protagonista de una novela lésbica, las lectoras pondrían los ojos en blanco y dirían: «qué pesada es esta tía». Porque me tomo todo demasiado en serio.

Y no podría quitarles la razón.

Regresé a Cudillero derrotada, convencida de que este era el último lugar al que querría volver, porque lo único que me había dado era sufrimiento. Pero la verdad era muy distinta.

Las ideas preconcebidas que tenía sobre este sitio, sobre sus habitantes, sobre mi familia y mis amigos, eran solo eso: ideas. Y ninguna de ellas definía la realidad. De hecho, nunca lo harán.

Porque he necesitado escapar de una relación falsa para darme cuenta de todo lo que este encantador pueblo puede ofrecerme.

No sé en qué momento exacto lo comprendí. Tal vez fue cuando vi a Noelia marcharse sin fuerzas para mirarme a los ojos, o cuando Churro me convirtió en una heroína digna de Marvel.

No lo sé.

Pero sí tengo algo muy claro, y es que no puedo permitir que el miedo me haga huir otra vez. No puedo dejar escapar lo único que, por primera vez en mucho tiempo, podría hacerme verdaderamente feliz.

—No. Ya no cometeré ese error —me digo en voz baja.

Me pongo la chaqueta, cuelgo el bolso al hombro y le envío un mensaje a mi madre para avisarle de que voy a Oviedo con su coche y que no intente detenerme. Pero Cudillero, en todos sus aspectos, es impredecible.

Y quien se cruza en mi camino no es precisamente cualquiera. Al cruzar la segunda calle, doña Puri me sonríe como la guardiana de los secretos ajenos que es. La directora del cotilleo local. Una mujer que, aunque a veces desespere, en el fondo es imposible no querer.

—¡Hombre, si es Tamara Orellana! Ya pensaba que te habíamos perdido —exclama con la voz de quien ha estado esperando este momento durante días—. Qué casualidad encontrarte por aquí.

—Sí, ¿verdad? Me va a disculpar, pero tengo que…

—Nos ha disgustado un poquito que lo de Noelia y tú no funcionara. Hacíais una pareja muy dulce —dice, mostrando los dientes falsos más blancos que he visto nunca.

—Ya, bueno… son cosas que pasan.

—A los jóvenes siempre os pasa algo. Si no es por el trabajo, es porque no queréis comprometeros.

Dios mío, esto parece una entrevista exclusiva para *Sálvame*.

—Debería saber que, a veces, el amor de tu vida solo aparece una vez —insiste con esos pequeños ojitos mirándome fijamente.

—Pues qué suerte, porque justo voy a buscarlo.

Doña Puri queda tan blanca como sus dientes. Hasta diría que su cerebro ha desconectado durante un par de segundos.

—¿Ah, sí?

—Voy a Oviedo, a por Noelia. Y sí, sé que me va a decir que ya tiene acompañante para la boda de su hermana, así que… —sonrío—. Debería revisar sus fuentes para que le informen mejor. —Su cara me dice perfectamente que está viviendo una escena mejor que cualquiera de sus telenovelas, por lo que me cruzo de brazos y añado—: Y, por cierto, sé que usted es la BBC de Cudillero, pero a partir de hoy dejaré de ser su mayor fuente de cotilleos, porque pienso esforzarme por mí, por ella, por mi madre, por mis amigos y… también, por este pueblo.

Una sonrisa se dibuja en su rostro arrugado y, entonces, hace algo que jamás habría esperado de ella. Levanta la mano y la apoya en mi mejilla. Es un gesto fugaz, una caricia ligera, pero a pesar del momento irónico, me llega a emocionar.

—Más te vale que tengas razón, muchacha. Porque este pueblo ya te echaba de menos.

La emoción se arremolina en mi pecho.

—Yo también lo echaba de menos.

. . .

Respiro hondo plantada frente a las enormes puertas del salón. Por supuesto, Elvira tenía que casarse en un sitio elegante y moderno, acorde con la perfección milimétrica que observé en mi primera cena oficial con Noelia y su familia. La boda se celebra en el Hotel Barceló

Oviedo Cervantes, un edificio impresionante, con techos altos, luces cálidas y una decoración que parece sacada de una revista de lujo.

No sé qué es peor: si el hecho de estar a punto de interrumpir un momento crucial o el detalle de que voy vestida como alguien que claramente no ha sido invitada a un evento de esta categoría.

Sin embargo, ya no hay marcha atrás.

Empujo la puerta con cuidado, abriéndola lo justo para colarme sin que nadie me vea. O al menos, esa era la idea. Porque en cuanto me enderezo, Churro cruza su mirada con la mía. Él, en todo su esplendor regordete, me mira desde la primera fila con esos ojos saltones y su traserito tembloroso por la emoción. Y entonces, el muy traidor decide arruinar mi entrada desapercibida.

—¡Churro, no! —mascullo, intentando que el resto de los invitados no se dé cuenta.

Pero ya es demasiado tarde.

Sale disparado como una bala de cañón, atravesando el pasillo con sus patitas resonando en el suelo brillante. Con cada metro que avanza, las cabezas comienzan a girarse una a una en mi dirección.

Trago saliva y me quedo inmóvil.

En un segundo, la ceremonia deja de existir.

Elvira, de pie en el altar con su vestido impecable, suelta un sonido entre grito y suspiro dramático. Su todavía novio pone cara de no saber qué demonios está pasando. Sin embargo, mi atención está en otra persona. En Noelia. Que me observa con los ojos muy abiertos. Y yo, atrapada en mi propia vergüenza, no encuentro otra opción que agacharme justo cuando Churro salta a mis brazos, rebosante de felicidad, como si acabara de encontrar su juguete favorito.

El salón entero me observa en un silencio absoluto. Hasta se escucha el carraspeo incómodo de alguno de los presentes.

Trago saliva.

Churro jadea entre mis brazos, restregando su cara contra la mía.

—Eres un traidor —le susurro.

Entonces, en esta fracción de segundo, mi mirada vuelve a encontrarse con la de Noelia. Me levanto, con su perro aún en brazos, dispuesta a hacer lo que nunca me atreví. El precioso color malva de su vestido resalta la expresión de desconcierto que hay en su rostro.

—Noelia —digo, y los invitados contienen el aliento.

Elvira está a punto de explotar mientras Churro se acomoda en mis brazos, como si todo esto fuera de lo más normal.

—Tranquilos, no he venido a decir que esta boda es un error —bromeo y pongo mi mejor cara de humor.

—Dios mío, menos mal —murmura alguien entre la multitud.

Otras voces suspiran con alivio.

Dirijo mi atención a Noelia y avanzo con pasos firmes por el pasillo. Mis ojos se desvían un segundo a la persona que ha venido con ella, sentada en la segunda fila.

—He venido a decirte que tenías razón.

Noelia frunce el ceño.

—¿Razón en qué?

«Vamos, hazlo de una vez».

—En que yo también quería que esto fuera real.

Parpadea sorprendida. Elvira deja escapar un suspiro digno de un culebrón.

—Puede que al principio no me diera cuenta —continúo—. Me metí en esta mentira porque me pareció divertido. Porque pensé que sería algo pasajero, sin importancia. Un pasatiempo para olvidar mis problemas y todo lo que tuve que dejar atrás.

Mis músculos están tensos. Churro sigue a lo suyo, tan tranquilo que hasta parece dormido entre mis brazos. Aunque en realidad, está atento a la reacción de su dueña.

Tomo aire y sonrío, ya sin miedo a nada.

—Pero luego empezó a gustarme que llegaras a las clases con tu mal humor, con esas tazas de café con motivos navideños en pleno agosto, con tu costumbre de tratar las masas como si la vida dependiera de ello. Me gustó tu manera de verme… de verme de verdad. Imperfecta, con un caos emocional que tú supiste ordenar, incluso cuando yo ni siquiera sabía lo que quería.

Noelia se muerde el labio, y sus ojos verdes brillan bajo las luces del salón.

—Si me detuve aquella noche… —sigo, sintiendo el calor de la vergüenza en mis mejillas—. Fue por cobardía. Porque la idea de que fueras tú quien terminara primero con esta mentira me aterraba. Me aterraba de verdad. Y aunque me vayas a llamar tonta por hacer exactamente lo mismo… lo único que sé es que quiero conocerte. Conocer quién es Noelia Guerra, y no solo quién fue mi novia falsa.

El silencio se alarga. El corazón me martillea en el pecho. Este es el momento en el que debería decir algo. Su hermana la mira. Su cuñado también. Incluso esa mujer que está sentada en la segunda fila. Miro de reojo a su madre, que tiene las manos juntas como si estuviera rezando para que Noelia hable.

Pero lo que hace, sin previo aviso, es romper a reír.

—¿Qué… qué he dicho? —pregunto, desconcertada.

Niega con la cabeza, con la risa entrecortada, como si acabara de soltar un nudo dentro de ella. Y entonces se acerca y atraviesa la distancia que nos separa. Acaricia la cabecita de Churro y, sin apartar la mirada de la mía, roza con dulzura mi mejilla.

—Solo pensaba que mi vida se ha convertido en una comedia romántica —susurra finalmente—. Y que, después de todo lo que

hemos pasado, solo alguien como Tamara Orellana irrumpiría en la boda de mi hermana para decirme esto.

—Es lo que pasa en los buenos *fake dating*, ¿no?

—Detalles —responde con picardía.

Nos miramos durante un segundo, Churro salta de mis brazos y ladra cuando Noelia se acerca a mí y me besa. Sacudiéndome los miedos, las inseguridades, el «qué pasará», cada una de las dudas que habían echado raíces en mi pecho. Noelia se convierte en el faro que brilla en las noches del Cantábrico, en un ancla de este mar que tantas veces me ha hecho naufragar. Y yo, que siempre he sido más de huir que de quedarme, por primera vez, no pienso en irme a ningún otro lugar.

Porque, a veces, las mentiras que acaban en desastre dan lugar a algo mucho mejor.

—¡Venga, que quiero dar el «sí, quiero»! —grita Elvira.

Y el resto rompe en aplausos.



EPÍLOGO

Cudillero, Asturias.
13 de septiembre, 2025. Sábado.

Noelia

Las alumnas se marchan tras dejar los utensilios en su sitio y la cocina impecable. El regreso a la rutina con el curso escolar ya en marcha ha hecho que lleguen de buen humor, y hoy nos han salido elaboraciones dignas de exhibirse en el escaparate de *Dulce Armonía*. Sin embargo, he preferido que las disfruten en casa, acompañadas de un buen café y compartiéndolas con amigos o familiares. Después de todo un verano al pie del cañón cuidando de hijos, sobrinos o nietos, creo que se lo merecen.

Como yo me merezco este sentimiento que me inunda cada vez que imparto estas clases.

Desde que tengo uso de razón, la repostería ha sido mi refugio, el lugar seguro al que siempre podía acudir cuando me sentía perdida. Y estar aquí, ahora, me demuestra que he tomado la mejor decisión. El teléfono vibra sobre la mesa del fondo, un escritorio que nunca ejerce como tal y que solo sirve de apoyo a mi taza de café, de la que doy un sorbo sin importarme que se haya quedado frío.

Al ver el nombre de quien envía el mensaje de voz, una sonrisa se dibuja en mis labios. El cosquilleo se hace presente tan rápido como el corazón empieza a golpearme el pecho. Pero lo que sin duda acentúa más mi sonrisa es la foto que lo acompaña: Churro, feliz, paseando con la mujer más maravillosa que he conocido.

Pulso *reproducir*.

—«Adivina qué —dice Tamara con su tono animado—. Acabamos de volver del centro y ya tenemos listo el equipaje para subir a ese tren que nos espera en un par de horas».

Después de mucho tiempo, voy a tomarme unas merecidas vacaciones.

Dos semanas de desconexión que van a servirme para recargar pilas y dar forma a las ideas que llevan demasiado tiempo rondándome la cabeza.

—«Y no te lo vas a creer… —continúa—. Nos hemos cruzado con doña Puri y dice que hay una nueva pareja en el pueblo que va a dar mucho de qué hablar. Por supuesto, no le he confirmado nada. Todavía sigo en mis trece de no alimentar más rumores, ¿verdad, Churro?»

El perro ladra de fondo, haciéndome sonreír.

—«En fin, espero que Esperanza no se haya quejado mucho y que siga echándome de menos. Nunca podrá superar mi tarta de Santiago. No tardes mucho en volver a casa. Te quiero».

—Mira que es sinvergüenza… —murmuro, con una sonrisa divertida.

—¿Quién?

Alba se apoya en el umbral de la puerta, con la chaquetilla manchada de chocolate y los brazos cruzados.

—Me pregunto qué pasaría si Tamara y Esperanza se enfrentaran en el concurso de repostería de la feria —pienso en voz alta.

Ella abre la boca, sorprendida, dándome la confirmación de que ha captado la idea.

—Sí, sería una locura.

—Digno de un buen reportaje, la verdad —me confirma—. ¿Ya lo tienes todo listo?

Asiento, aunque no puedo evitar torcer el gesto con preocupación.

—Tranquila, el negocio va a ir fenomenal. Además, tenemos dos manos más que lo hacen de maravilla. Ya va siendo hora de que descanses un poco.

Estiro los brazos y me desperezo, sintiendo que tiene razón. Sin decir una palabra, camino hacia Alba y la envuelvo en un abrazo que sabe a esos dulces que reconfortan en una tarde de sábado.

—Gracias por cuidar tanto de mí y por entregarte en cuerpo y alma a *Dulce Armonía*.

—Adoro este trabajo, eres la mejor jefa que una pueda tener —dice, separándose.

Después me da un manotazo en el brazo y señala la puerta con la cabeza.

—Y ahora, lárgate antes de que te lo pienses dos veces.

Le doy un sonoro beso en la mejilla, busco la chaqueta en el colgador y me quito el delantal, que dejo en el mismo sitio.

La clase vacía me envuelve con una calidez familiar, una que me devuelve a la Noelia que un día soñó con tener su propio negocio, con hacer felices a las personas mientras eligen qué dulce compartir con los suyos. Esa sensación me impulsa a seguir mejorando, a dar lo cada pedacito de mí sin preocuparme por un futuro incierto, simplemente viviendo el presente y dedicándome a lo que más amo.

El aire fresco de septiembre se cuela por la puerta, anunciando que el otoño está cerca. Al salir a la calle, veo a Churro

correr hacia mí, emocionado.

Aunque más emocionada me pongo yo cuando me doy cuenta de que Tamara está justo delante, esperándome con una sonrisa en los labios y las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de cuero.

—¿Qué haces aquí? ¿No dijiste que me esperarías en casa?

—Supongo que te mentí un poco… —responde con voz traviesa mientras se acerca—. Quería sorprenderte y volver a ver esa sonrisa de la que me enamoro más cada día.

—Eres un caso perdido. —Niego con la cabeza, aunque por dentro me derrito—. ¿Qué se supone que debo hacer contigo?

Tamara se encoge de hombros y, cuando estoy lo suficientemente cerca, desliza los brazos alrededor de mi cuello.

—Darme un beso, darme la mano mientras viajamos en tren y hacerme el amor cuando lleguemos al hotel.

—Vaya… pues sí que tienes claro lo que quieres —murmuro, rozando sus labios.

—Lo que más quiero en este mundo lo tengo justo delante.

Churro ladra, interrumpiéndonos justo cuando estábamos a punto de besarnos.

Lo miro y le guiño un ojo.

—Tú también, tonto.

El perro, contagiado por nuestra felicidad, empieza a dar vueltas a nuestro alrededor antes de pedirme con un movimiento de cabeza que le agarre la correa.

—No pienso marcharme a ninguna parte —le aseguro—. Además, me encanta la idea de ir contigo a Gijón y verte metida de lleno en el trabajo. Sabía que lo conseguirías. Estoy muy orgullosa de ti.

—Si no hubiera sido por ti, por mi madre, por Cristina y el resto… nunca lo habría logrado —confiesa, con las mejillas

sonrojadas—. Solo espero poder agradeceros la paciencia que habéis tenido conmigo. Todo el apoyo que me habéis dado estos meses no tiene precio.

—Es lo que se hace por las personas que amas, ¿no?

Llevo su mano a mis labios y le doy un beso antes de entrelazar mis dedos con los suyos.

—Detalles, supongo —bromea, y las dos rompemos a reír.

Churro ladra y nos dirigimos a casa, recorriendo las calles de un pueblo que, de una manera inesperada, ha cambiado nuestras vidas para siempre. A Tamara, dándole un nuevo comienzo. A mí, regalándome el hogar que tanto busqué.

Después de más de tres meses de esfuerzo, una productora se puso en contacto con ella gracias a la campaña que Hugo, Javi, Claudia, Esther y yo organizamos para dar a conocer su trabajo. Queríamos que su talento llegara tan lejos como fuera necesario.

Y lo logró.

La visión que tiene para captar el mundo es digna de la película en la que va a trabajar, donde, de alguna manera, también será protagonista. Pero lo que más me emociona de todo esto es que no va a tener que marcharse de aquí, y que puedo caminar a su lado, formar parte de su día a día, de sus sonrisas, de su pelo alborotado por las prisas y del aroma a quemado en la cocina cuando olvida sacar un bizcocho a tiempo.

Jamás imaginé que una mentira nos llevaría a esto, a construir una realidad infinitamente mejor. Una en la que noto sus nervios mezclados con la sonrisa que ilumina su rostro.

—Por cierto, ¿cómo le va a Cristina después de estos tres meses? —pregunta con esa curiosidad innata.

—De maravilla. No pensé que, después de tanto tiempo dedicada a las finanzas, encajaría tan bien entre dulces. Me alegra haberla contratado. Es una gran mujer.

—Y tú lo eres por haberle dado una oportunidad —dice, con ternura.

Me encojo de hombros y beso sus labios.

—Voy a tener que hacerte un contrato —comento sin borrar la sonrisa—, para que me recuerdes lo increíble que soy cada día.

—No hará falta —responde, apretando mi mano—. Eso te lo recordaré cada mañana, cuando despierte a tu lado.

Tamara entrelaza sus dedos con los míos, como si quisiera grabar este momento en su piel para siempre. La miro y sonrío. Porque, al final, la felicidad no se trata de encontrar un destino, sino de elegir, cada día, con quién quieres recorrer el camino.

AGRADECIMIENTOS

Dedicado a esas almas que sienten que no encajan, que les cuesta ver el camino, que tienen que luchar con uñas y dientes para continuar adelante.

Espero que con esta novela se os haya escapado alguna risa que otra. Mi intención no ha sido otra que entregaros unos cuantos pedacitos de buenos momentos con los que suspirar, soñar y sonreír. Gracias por la continuidad, por nunca fallar en leer cada una de mis novelas. Recordar que, a pesar de los días difíciles, siempre hay un motivo para ver el sol.

A mi mujer, por estar siempre ahí, por seguir haciéndome hueco en tu corazón. Gracias por tus consejos, tu paciencia, y por el toque creativo de mis portadas.

A los personajes de cada una de mis historias, por darle voz a los miedos y la valentía que guardo en mi corazón. A esas amigas y amigos que están pese a todo.

Gracias a mis lectoras/es porque después de todos estos años os habéis convertido en mi segunda familia. Me encanta recibir vuestros mensajes y compartir charla y risas de vez en cuando. Hacéis este camino mucho más fácil.

A vosotras, porque estáis a mi lado cada segundo.

No olvides dejarme tu reseña/opinión a través de ***Amazon*** *o* ***Goodreads****.*

Tu apoyo me ayudará a seguir creciendo como autora.

SOBRE LA AUTORA

Lorena Murién (1987). Devoradora de series, persona en proceso; empezó a juntar letras con 13 años y desde entonces lo ha combinado con su afición por el diseño y la maquetación. Su primera novela, *Verde entre las flores* (2021) es la consecución de un sueño que ha continuado con varias obras enfocadas al público general, con temática LGBTQI+ y representación lésbica en cada una de sus historias.

Puedes leer todas mis novelas publicadas hasta ahora a través de mi página de autora en **Amazon**.